

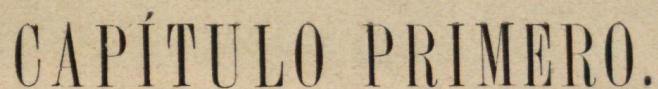
SEGUNDA PARTE.

---

EL LUJO EN EGIPTO.

---





«No es posible formarnos una idea del lujo público y privado de Egipto, si no se refiere á su fuente religiosa. Además es necesario darse cuenta exacta del estado social, político y económico de donde ha salido ese lujo.»

**P**ARECE que el valle de Sinear—el valle del Eufrates y del Tigris—fué la primera cuna de la civilización, el sitio donde la humanidad despertó por primera vez á la vida de la conciencia y de la reflexión. Sin embargo, *nosotros no conocemos civilización más antigua que la de los egipcios.*

»Si hay que exceptuar á los proto-caldeos que, á lo que *parece*, se adelantaron á los egipcios por el camino de la civilización, en todo caso ese pueblo no dejó en los fastos de la humanidad más que débiles huellas que no permiten ni escribir su historia ni la de su religión.



»Si Manethon nos ha dado listas exactas de los reyes de Egipto, y las dinastías que menciona han de considerarse de una manera general como sucesivas, el Egipto había ya alcanzado mucho antes de la fecha que la tradición hebraica asigna á la creación del hombre ese grado de cultura en las artes y en la industria cuyas producciones habían más tarde de sorprender á los persas y á los griegos. Pónese generalmente la fundación del primer imperio semítico, ó por mejor decir, mesopotamio, es decir, el imperio asirio-caldaico, en el siglo vigésimoprimerio antes de la era cristiana, y no va más allá la más antigua dinastía de los emperadores chinos. *El Egipto por ese tiempo había ya pasado el punto culminante de su grandeza.* No es posible poner los orígenes de la literatura hebraica más allá de Moisés, y los resultados de los estudios críticos más recientes hacen verosímil que no principiarán sino algunos siglos más tarde. Ahora bien, nosotros poseemos en el papiro Prisse un manuscrito procedente de Tebas, escrito bajo la décimasegunda dinastía, cuyo autor hubo de vivir por dicho tiempo, ó mejor, muchos siglos antes del nacimiento del legislador de los

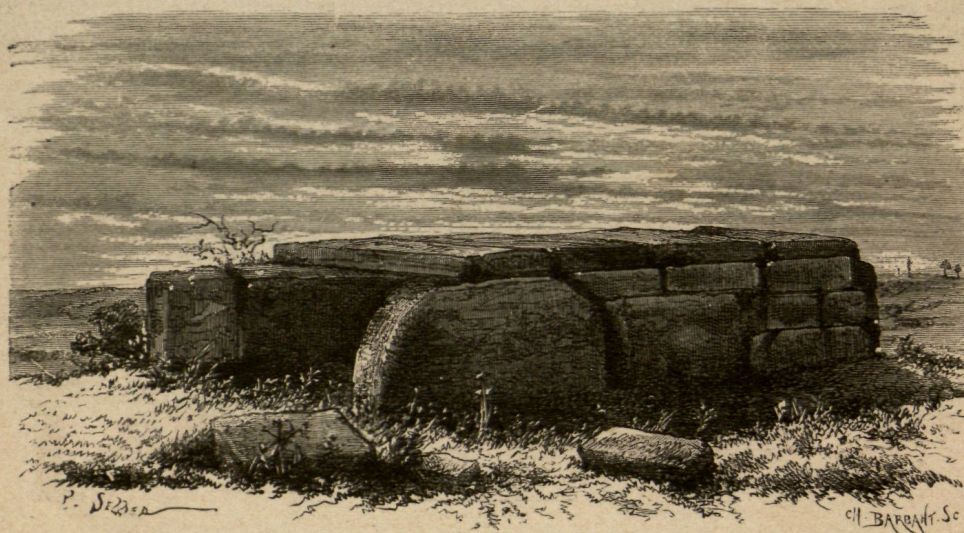


Fig. 117.—Perú:—Dólmen de Chulluc.

hebreos, y probablemente algunos pasajes del *Libro de los muertos* de los egipcios remontan todavía á una antigüedad más remota. *Una evaluación muy moderada*, la de Brugsch, hace principiar la sucesión de los reyes de Egipto, incontestablemente histórica, á cuarenta y cinco siglos antes de la era cristiana, y computando los reinados de esos reyes, como lo hizo Manethon, sacerdote egipcio que escribió la historia de su pueblo bajo Ptolomeo Soter, se llega al siglo cincuenta y uno, y aun hasta más arriba. Verdad es que se ha pretendido que varias de las dinastías mencionadas por Manethon reinaron simultáneamente. Según los documentos más recientes descubiertos, hay que admitir, por lo contrario, que sólo da las listas de los reyes que consideraba como legítimos, con exclusión de los competidores que hubiesen podido reinar al mismo tiempo sobre tal ó cual parte del país. En todo caso no se pueden bajar los principios de la historia de Egipto más del siglo cuarenta antes de Jesucristo, *pero todo clama por una antigüedad más remota.* Aun empero, en ese momento, el pueblo egipcio se nos presenta en plena madurez, pues se presenta á la escena del mundo saliendo de las tinieblas de los siglos, armado de todas armas, á manera de Minerva saliendo del cerebro de Júpiter; uno se estremece al pensar en los períodos prehistóricos incalculables de la infancia y de la adolescencia que precedieron á un tal desenvolvimiento.»



Esto escribe el prudente Tiele (1).

El malogrado Lenormant, en su *Historia antigua del Oriente*, varias veces citada, se ciñe á lo dicho por Mariette, es decir, que se atiene á la cronología de Manethon, calculando que el reinado del jefe de la primera dinastía histórica egipcia hay que ponerlo en el año 5004 antes de nuestra era. No creemos que Tiele se contente con los mil años más de vida que daban Mariette y Lenormant á los comienzos de la edad histórica del Egipto, para apagar el clamor que quiere llegar á una edad *más remota* que la de cuarenta siglos fijada según sus cálculos para Mena que es el primer rey histórico del Egipto.

Pero antes de Mena á quien llamamos el primer rey del período histórico, porque á contar de su advenimiento podemos seguir casi sin soluciones de continuidad el desenvolvimiento histórico del Egipto, existe un período histórico igualmente cuyos hechos y circunstancias entrevemos por lo que de Mena se dice, pero cuya cronología escapa á todo cálculo,

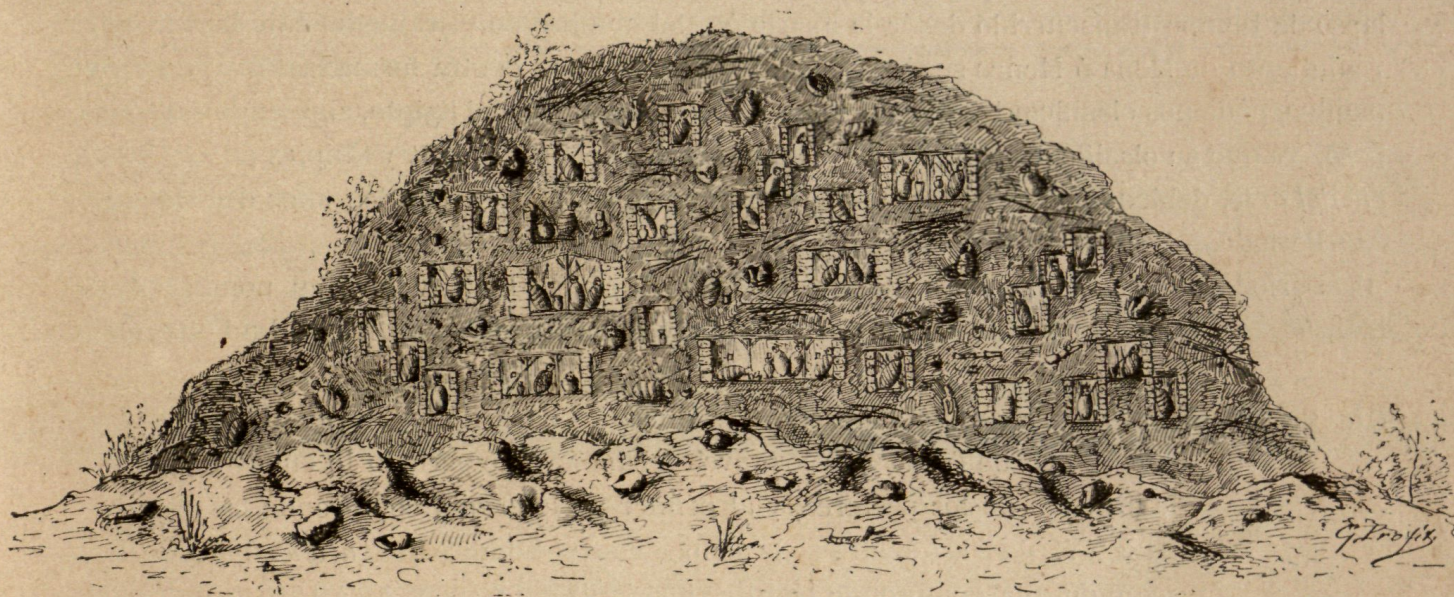


Fig. 118.—Corte de una *Imaca*.—Túmulo.

de modo que el período ante-histórico ó prehistórico no termina sino en una antigüedad tan remota que resulta imposible fijar la cronología.

Dada la posición especial de Egipto y su antiquísima civilización, se comprenderá que haya habido mucho empeño en clarear sus orígenes, que para unos vienen á desautorizar tradiciones y libros sacratísimos, y para otros á revolucionar el concepto antiquísimo de los orígenes humanos. Así es que, cuantos indicios han podido recogerse para resolver esta cuestión han sido clasificados con sumo cuidado, aunque hasta aquí poco se haya adelantado. Sin embargo, nos parece que debemos mencionar el que conocemos por M. de Mortillet en su artículo *Cronología del diccionario de ciencias antropológicas*. Pasando revista á los datos que resultan de los depósitos limonosos de los ríos y refiriéndose á las observaciones del inglés Horne, dice que;—«En el año 1850 el pedestal de la estatua de Ramsés estaba rodeado de un depósito de limón del río de 2'90 metros de alto. Pues bien, según Lepsius, el reinado medio de dicho rey resulta á 1361 años antes de nuestra era, de suerte que el depósito

(1) *Histoire comparée des anciens religions de l'Égypte et des peuples semitiques*.—Paris 1882, págs. 11 y 12.



limonoso medio no daría más que 9 centímetros por siglo, aumento que en manera alguna puede estimarse alto, y por consiguiente mucho menos exagerado. Un sondeaje practicado cerca del pedestal, y llevado hasta dar con la arena del desierto, ha probado que el depósito de limón anterior á la erección de la estatua tiene un espesor de 9'60 metros, que supone 13.496 años para la formación de la masa del depósito en cuyo fondo se encontró un pedazo de *ladrillo cocido*.» Lo que esto significa para un pueblo primitivo ya lo sabemos. La cerámica cocida nos revela un pueblo civilizado, un pueblo organizado y sometido á leyes y costumbres fijas. Pero nos equivocariámos si partiendo de este dato creyéramos al Egipto, y á los egipcios, fuera del período prehistórico por lo que á las artes de dicho tiempo corresponde. Ya hemos dicho que de los estudios de Soldi resulta que los grandes colosos escultóricos de Egipto de la época antiquísima histórica se labraban con instrumentos de piedra y no con instrumentos de bronce, y que según todas las probabilidades en los días de Mena y siglos después, sólo conocían los egipcios el bronce. Dejando, pues, á la época prehistórica todo el lapso de tiempo transcurrido desde la aparición del hombre en el valle del Nilo hasta el advenimiento de Mena ó Menes según escribe Manethon, pues la otra forma la dan los monumentos, podemos clasificar los diversos períodos de la historia del Egipto, siguiendo á M. Maspero, ya que su clasificación ha sido aprobada por los señores Perrot y Chipiez en su *Historia del arte*, debiendo advertir que combinamos su clasificación con los años de Mariette.

- I Período.—*Periodo prehistórico*.
- II Período.—*Periodo Menfítico*.—Comprende las dinastías I á X, y lleva su nombre de la supremacía de la ciudad de Menfis y de los reyes menfíticos.—De 5004 á 3064 antes de Jesucristo.
- III Período.—*Periodo Tebano*.—Comprende las dinastías XI á XX, y lleva su nombre de la supremacía de Tebas y de los reyes tebanos. Este período lo subdivide en dos la invasión de los pastores, y al primer período que comprende las dinastías XI á XVI, de 3064 á 2214 se le conoce con el nombre de *Antiguo imperio*. Y el segundo que comprende las dinastías XVI á XX, de 2214 á 1110 antes de Jesucristo, lleva el nombre de *Nuevo imperio*.
- IV Período.—*Periodo Saito*.—Comprende las dinastías XXI á XXX, y lo subdivide en dos períodos la invasión de los persas. El nombre lo toma por la supremacía que adquiere la ciudad de Sais y otras ciudades del delta. El primer subperíodo comprende las dinastías XXI á XXVI, de 1110 á 527 antes de Jesucristo. El segundo comprende las dinastías XXVII á XXX, de 527 á 340 antes de Jesucristo.



## DE LA RELIGIÓN DE LOS EGIPCIOS.

Sabemos que el hombre vive por siglos y siglos convencido de que aun muerto vive en este mundo vida corporal. Cuando se convenció de lo contrario, el hombre que, como el pájaro de la fábula, quiere volar al cielo sin perder por esto de vista la tierra, dispuso para su cuerpo una morada eterna, eterna por su duración, por su fuerza, tan convencido se demostró desde luego, por lo que llegó á adivinar de la duración de los tiempos pasados, que su reanimación había de ser, como se dice en el lenguaje de la Iglesia, el día de la consumación de los siglos, como si esta consumación no fuera propia de cada hora, de cada instante. Pero, en fin, el hombre, en los albores de su período histórico, no sabía nada de esto; creía volver y lo dispuso todo para su renovación. Claro está, pues, que los hombres primitivos habían de creer, con mayor razón que los modernos, en una justicia remunerativa que habia de dar á cada uno según sus obras; así creían igualmente los egipcios que mientras los justos gozarían de la resurrección, los malos no resucitarían, se entiende en la tierra, sino que sufrirían eternamente las penas del infierno.

Que los hombres de los primeros tiempos históricos no podían comprender la unidad de composición del cuerpo humano, dicho se está, pues aun hoy es para muchos materialismo puro, el principio fecundo de Hachel, de que «no hay cuerpo sin espíritu, ni espíritu sin cuerpo.» Desde los primeros días de la vida humana hallamos al hombre empeñado en hacer de un ser único, un ser doble compuesto de cuerpo y de espíritu. El origen de esta creencia ya lo conocemos; reléase lo que hemos dicho acerca de la teoría espiritista de los primeros tiempos, de la concepción del duplicado humano, de la sombra, y léase con atención lo que sigue sobre la concepción que del espíritu se formaron los sabios y los sacerdotes egipcios del tiempo histórico.

Entendían que el hombre terrenal es un compuesto de inteligencia y de cuerpo, esto es de espíritu y materia: por el primer principio mostraba el hombre su relación con Dios, por el segundo con la materia, participando, por consiguiente, de sus debilidades, de sus imperfecciones y vicios. ¿Por qué el espíritu, ó la partícula de espíritu divino se encarna en lo imperfecto y vicioso? Esto intentaron explicarlo los egipcios, y como hombres de buen sentido, procuraron sacar incólume el acto divino de la encarnación para que no se desacreditara ni la majestad ni el poder de Dios. Así decían que, en un principio, la partícula inteligente que constituye su ser podía correr libremente revestida de una luz sutil por los mundos todos, fecundándolos ú ordenándolos, según mejor le pareciera, pero que al entrar en un cuerpo terreno se desprendía de su aureola luminosa porque su fuego, de lo contrario, bastaría para la destrucción de los elementos impuros que entran en nuestra composición; pero aun así se introduce en otro elemento ó sustancia que, aun cuando excelente, no lo es tanto, bien que no deja de ser divino, esto es, el alma que recibe el soplo de la inteligencia. Desde este



momento la creación del hombre queda asegurada. Pero por un refinamiento espiritualista difícil de comprender, el principio pensante que acabamos de ver, distinto del principio vital, hermanándose empero con éste, de modo que la inteligencia y la vida vienen á confundirse, no rige el cuerpo, ni le impone su voluntad directamente, sino que para ello se sirve de un agente inferior, y este agente es el espíritu. Pero como el espíritu á consecuencia de su naturaleza inferior recorre todas las partes del cuerpo, penetra en las venas, hincha las arterias, se mezcla con la sangre, y en una palabra, anima el cuerpo entero; de aquí que no se puede comprender bien el papel de ese espíritu, sino considerando que entendían los

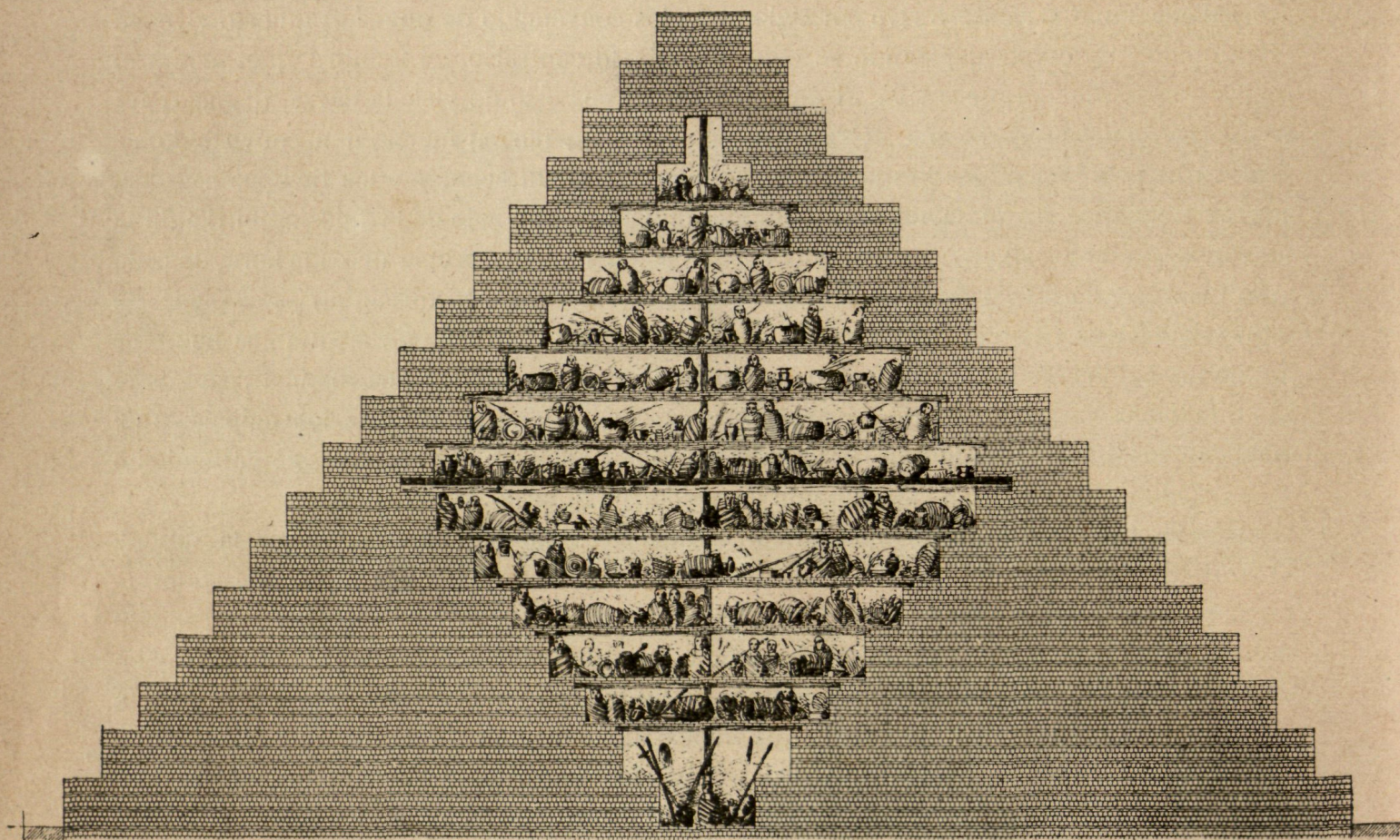


Fig. 119.—Restitución de una *lmaca*.

egipcios que la alma no estaba encerrada dentro del cuerpo material y terrestre, de modo que hay «dos yos,» el yo espíritu, que es el cuerpo sólido, material, y el yo alma, del cual aquél es una emanación y que en egipcio se llama el *ka*, palabra que M. Maspero traduce por «el duplicado,» y Lenormant creía que era lo mismo que la «sombra» ó «el cuerpo sutil,» que corresponde al *eidolon* de los griegos. En suma pues, el Alma, *ba*, es el envoltorio de la inteligencia, *Khú*, el duplicado ó cuerpo sutil; todas esas partes en su origen y virtudes diferentes, están unidas por un lazo invisible que dura tanto como la vida, formando el hombre su reunión ó conjunto.

Dicho esto de conformidad con lo expuesto por Lenormant y Maspero en sus respectivas «Historias de los pueblos de Oriente,» pidamos al insigne orientalista inglés Le Page Renouf una explicación más detallada, más precisa, para ver hasta qué punto concuerdan las



manifestaciones históricas, es decir, positivas, del hombre prehistórico, con lo que hemos deducido *à priori* respecto de las creencias del hombre primitivo por las de los salvajes, y como unas y otras conducen al lujo descubierto en las tumbas peruanas.

Además, Mr. Le Page Renouf, que no se propone demostrar lo que nosotros, pone de toda evidencia, que análoga doctrina reina en los tiempos históricos entre las más diversas razas, apartadas unas de otras por distancias inmensas, de modo que ni siquiera hay posibilidad para una suposición que venga á deducir una influencia de una raza sobre la otra, sino que desde luego hay que admitir dicho desarrollo paralelo de unas mismas creencias, como el indefectible resultado del desarrollo normal del espíritu humano.

«Cuando hablamos de un hombre de genio, dice Mr. Le Page Renouf, de un genio para la poesía ó para la guerra, ó como siendo inspirado por el genio de uno ú otro arte,

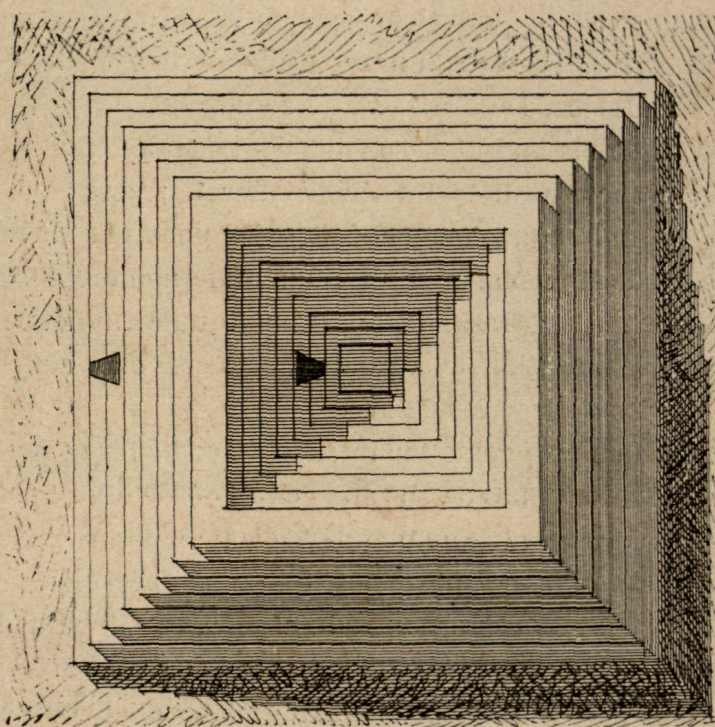


Fig. 120.—Tronco ó planta de una *Imaca*.—Restitución.

prescindimos muy á menudo del uso original de la palabra *genius*. El genio era un dios, *sanctus et sanctissimus deus*, como le llama Servio, en la religión de los romanos, en cuyo culto entraban libaciones, incienso y guirnalda de flores. Todo hombre tenía su genio particular, á quien procuraba hacerse propicio por medio de sacrificios, y así se entendía que igualmente lo tenían todo dios y toda localidad. El genio era una especie de duplicado espiritual de cada individuo. Los hombres juraban por su propio genio, por el genio de Roma, por el de los dioses, ó por el del emperador. Hechos muy similares hallamos también en las religiones de Grecia y Persia. Los Frawishis, en la religión de Zoroastro, eran tipos celestes de las cosas creadas, lo mismo de los dioses que de los hombres, montañas, ríos ú otros objetos, y formaban una sociedad divina de los ángeles guardianes, como si dijésemos, de lo bueno de la creación. Todo objeto individual daba lugar y estaba en relación con su Frawishi. En los monumentos de Persia, en especial en los de Persépolis, el rey de los Frawishis



está representado sentado constantemente junto al rey, de la misma manera está representado el *ka* real en los monumentos egipcios de los últimos tiempos de Vespasiano. La nación echó profundas raíces en todas las ramas de la familia indo-europea (1), y se ha mantenido en algunas supersticiones de la tierra, como ya lo reconoce dicho señor, y es por esto que constituye el fondo de todas las creencias religiosas. Nosotros rogamos que se fije la atención en cuanto aquí decimos, porque al hablar de otros países, sólo ligeramente ó por simple referencia haremos alusión á este orden de ideas cuya importancia y virtualidad prueban los pueblos prehistóricos, los pueblos salvajes, y los grandes pueblos históricos.

«La palabra que en egipcio corresponde al latín *genius*, es *ka*. Su significación original, como recientemente he procurado demostrarlo en una memoria leída ante la *Sociedad de literatura bíblica*, es *imagen*. El uso de la palabra griega *eidolon*, y del latín *imago*, en el sentido de espíritu es bien conocida. Las oblaciones que en las fórmulas de los funerales se hacen al *ka* al marcharse, se hacen realmente á su imagen. Tan cierto es esto que, como lo ha notado hace algunos años el Dr. Hinchs, la palabra *ka* no se introdujo en el *Suten-hotep*, plegaria que se dirige al espíritu de los muertos con dichas palabras, que principió en 980 antes de Cristo y duró 170 años, hasta la duodécima dinastía; pero la palabra misma en su significación religiosa es tan antigua como el lenguaje, pues por mucho que remontemos, hallamos siempre huellas de la misma en gran número de nombres propios de los tiempos primitivos; de suerte que, en todo caso, no se introdujo nueva práctica ó doctrina, cuando la idolatría en el más estricto sentido de la palabra, esto es, como culto de los ídolos, llevó la palabra á algunas religiosas plegarias de los egipcios.

»No puede suponerse que un pueblo tan inteligente como los egipcios ignorase lo absurdo de la propiciación de las imágenes de sus antecesores ó de ellos mismos hechos de madera ó de piedra. No es á la imagen *viviente* que se suponía residir en la madera ó piedra á la cual dirigían su culto. En el tomo I, plancha XXX de las Inscripciones egipcias de Sharpe, hay un antiguo texto que hace referencia á Ptah, el jefe de la divinidad de Menfis, á quien los griegos identificaron con Hephoestos, como el inventor de las artes, se habla indistintamente de los dioses como haciéndose, por medio de su intervención, su entrada dentro de los cuerpos en especial dentro de sus imágenes de madera ó piedra.

»Cuando Mr. H. Spencer enumera los hechos de experiencia que tienden á engendrar la creencia en una doble personalidad, habla de la sombra, la cual siguiendo al salvaje cualquiera que vaya y moviéndose como él se mueve, sugiérele la idea de su dualidad, considerándose á veces la sombra como un algo específico cuyas formas parten de él; y añade:

»Sugiérele todavía una idea más decidida de la misma clase, el resultado de la reflexión de su cara y figura en el agua, donde la ve imitada no sólo de su forma, sino en su color,

(1) «Que la idea no es propia de la familia indo-europea lo prueba el ser común de todos los pueblos primitivos todavía existentes. Recuérdase como en la novela de *Waverley*, el jefe highland vió su propio genio. El genio de las aguas en el lenguaje clásico, se llama el genio de las fuentes ó de las ondas, y esto no era una mera fraseología poética, sino la más severa prosa de la vida común. Y esta creencia no se limita á las familias egipcia é indo-europea, pues como lo hemos visto en lo dicho por H. Spencer, en todas partes hallamos viva esta creencia en el duplicado de toda persona, el cual á su muerte, este otro yo, puede permanecer en el mismo lugar donde ha vivido, ó marcharse lejos y después volver, siendo igualmente capaz como antes de ayudar á sus amigos y de perseguir y maltratar á sus enemigos.» Pero el desenvolvimiento de esta creencia entre los egipcios es en algunos de sus detalles sorprendente por su similitud con el correspondiente proceso entre los indoeuropeos.



movimiento y expresión. Cuando recordamos la general frecuencia con que el salvaje se opone á que se tome su retrato, porque piensa que se llevarían junto con la representación de sí mismo parte de su sér, estimamos como muy probable el que piense que su duplicado en el agua sea en realidad algo que le pertenezca á él propio.

»Citamos estas palabras para que despierten la clase de impresión que había de ejercer una tal creencia en un pueblo que hubo de trabajar durante un número inmenso de años antes de llegar á producir maravillas de la realidad de la vida, tales como algunos de los retratos esculpidos ya en la edad de las pirámides. El arte de la escultura estuvo íntimamente unido con su religión, y su mérito y desmérito depende de esta conexión. No es verdad, como generalmente se supone, que no fuese permitido á los egipcios, lo mismo que á los griegos, representar por medio de la escultura el movimiento y la actividad. Por lo contrario, podían y sabían hacerlo, como lo prueban de una manera maravillosa las pequeñas estatuas de que está abundantemente provisto el museo de Bulaq, aun cuando hayan perecido en gran número, lo mismo que las casas particulares á las cuales pertenecían. Mas respecto de las estatuas de los dioses y de los antecesores entendieron representarlos no de acuerdo con la concreta actividad de un simple momento, sino en la abstracción y reposo de la eternidad.

»De la misma manera que el Frawishi aranio está representado acompañando al dios persa, de la misma manera lo está el *ka* egipcio; pueden citarse gran número de representaciones de la viva y real imagen del genio. De la misma manera que el romano juraba por el genio del emperador, juraban los egipcios por el *ka* de su rey. De la misma manera que el romano apaciguaba su genio con sacrificios, vemos que el rey egipcio hacía frecuentemente lo mismo, según lo demuestran las esculturas que le presentan haciendo actos propiciatorios á su propio *ka*. Por esto vemos que se dedicaban al *ka* real exvotos en compañía de Ptah y de otros dioses. Cada uno de los dioses tenía un propio *ka* ó genio. Y así como los persas, griegos y romanos tenían sus genios locales, de igual manera los tenían los egipcios. El *kau*, igual al *genii*, *manes* y *lares*, quienes radicalmente idénticos, forman una clase completa de divinos seres, son mencionados en millares de instrumentos como «el *kau*, el cual vive sempiternamente.» Una muy conocida é interesante tablita contiene la siguiente plegaria: «Pueda yo hacer mi vía por el camino eterno en compañía de mi *kau* y glorificarlo.»

»No menos curiosa que la coincidencia entre la idea que los egipcios y europeos se formaron del genio, es el uso de las palabras *genius* y *ka* para expresar dotes mentales. La palabra *genius* no se emplea en el latín clásico en este sentido, mas por cuanto se la hace inanimado espíritu, y usándose de la palabra espíritu conforme vemos en el capítulo XI de Isaías, el espíritu de sabiduría y de la inteligencia, el espíritu de la prudencia y de la fuerza, el espíritu del conocimiento ó del temor de Dios, la palabra *genius* vino, pues, á significar un don divino. Ahora la palabra egipcia *ka*, ha adquirido esta significación secundaria como ya gozaba de ella en tiempos de Ramsés II, y aun estoy muy lejos de dudar, aun cuando no tenga de ello una prueba absoluta, que ya esta significación existía desde los más remotos tiempos conocidos por nosotros.»

Veamos ahora lo que el mismo señor Le Page Renouf nos enseña sobre lo que entendían los egipcios por almas, sombras y apariciones.

«Era la antropología de los egipcios cosa muy diferente de lo que hoy se entiende por tal en nuestros modernos sistemas de filosofía. Nosotros tenemos la costumbre de hablar del



hombre como consistiendo en cuerpo y alma, considerándose la alma como la parte inmaterial del hombre. Así nos sorprendería toda persona que considerándose como cristiana negase la inmaterialidad del alma. Sin embargo, esta creencia no fué siempre defendida por la cristiandad como una verdad incontestable. Guizot demostró en su sexta lectura sobre la *Historia de la civilización en Francia*, que los primeros doctores de la Iglesia estaban fuertemente imbuidos de la idea de la naturaleza material del alma, y que fué sólo por grados como llegó á prevalecer la opinión contraria. Entonces fué cuando se concibió á Dios como siendo inmaterial por naturaleza, siéndolo tan sólo en relación á la materia de aquellos ángeles, espíritus y almas á quienes se permitió llamar inmateriales ó corporales.

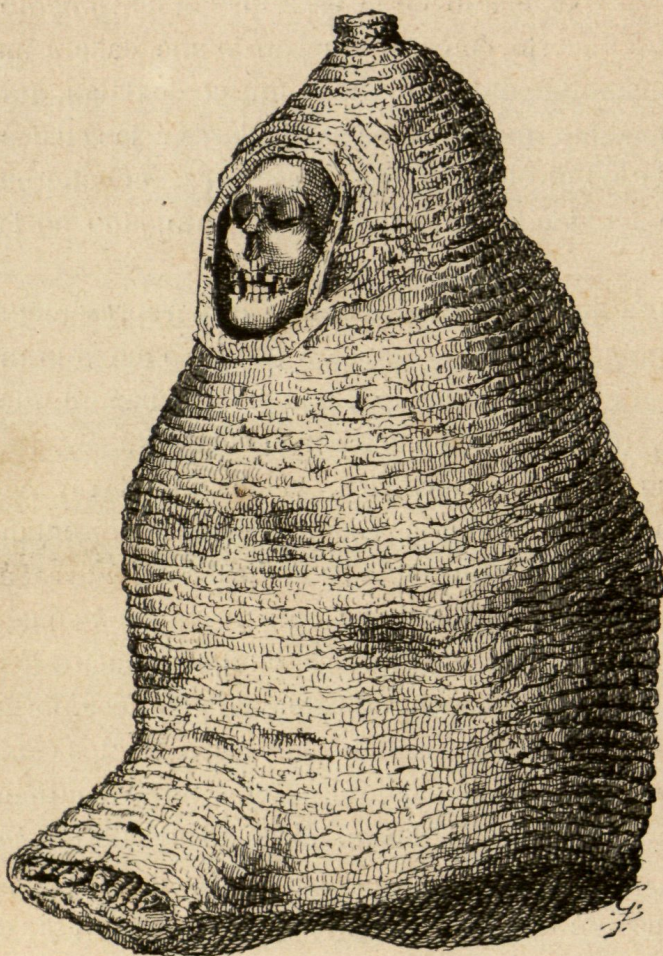


Fig. 121.—Momia llamada Aymara de la gruta de Anta.

»Sin embargo, los egipcios suponían que la desincorporada personalidad de cada individualidad iba provista de una forma material y de una sustancia. La alma tenía un cuerpo propio, y ese cuerpo podía comer y beber. Mas, aun hoy por hoy no tenemos bastantes materiales para poder determinar de una manera rigurosa las relaciones que existen entre la *alma* de un hombre y su *ka*. Igualmente se consideraba á su sombra como una parte importante de su personalidad, y como destinada también con él á una segunda vida. El «Libro de la muerte,» así llaman ingleses y alemanes al libro conocido en Francia é Italia con los nombres de «Libro de los muertos» y «Ritual funerario,» trata de las sombras como siendo algo sustancial.



»Dicho se está que ahora no nos sorprendemos dado este fondo de ideas, si hallamos igualmente la creencia en las apariciones del difunto.

»Consérvase una carta, en uno de los papiros del museo de Leiden, en la cual un hom-

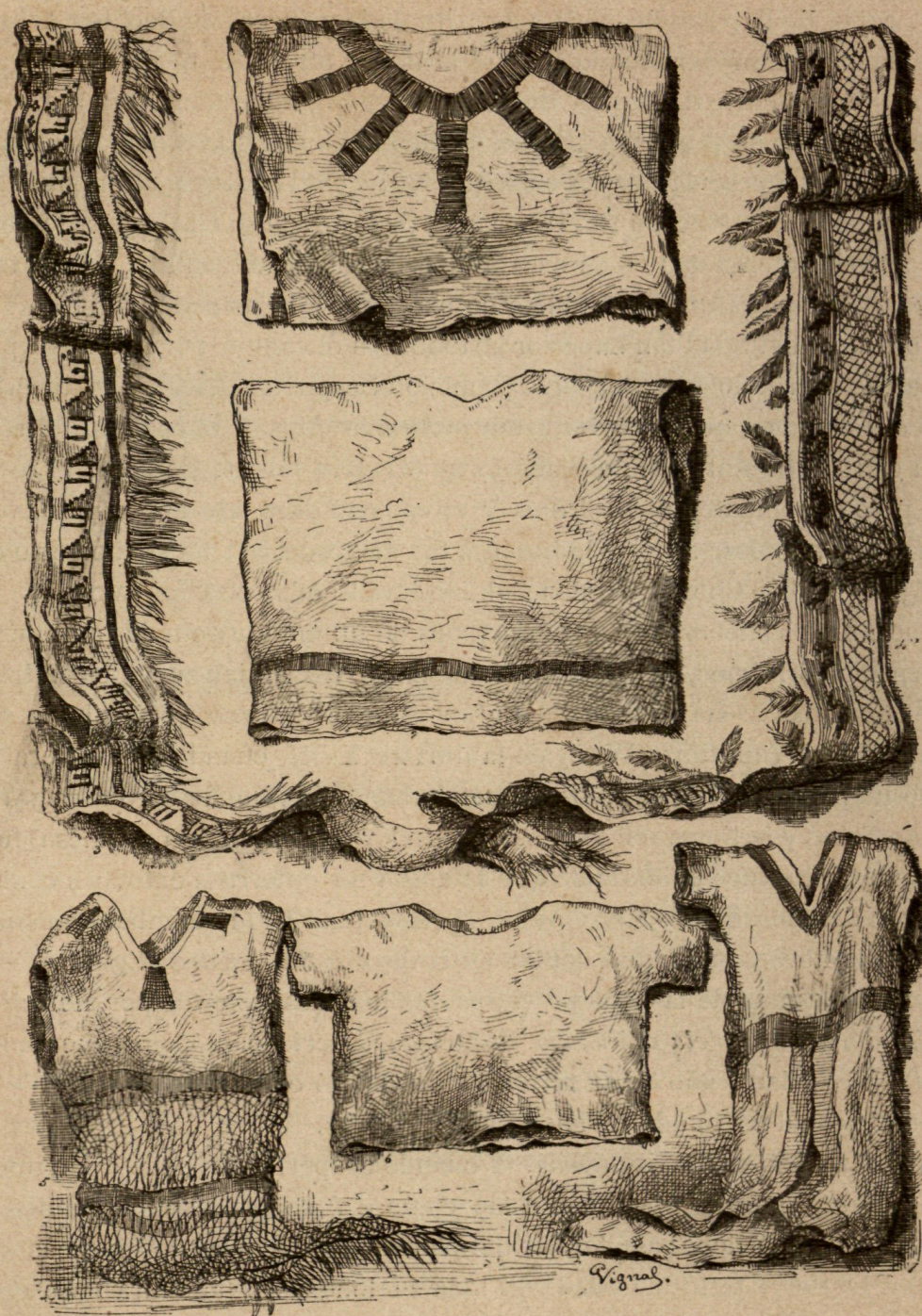


Fig. 122.—Traje de los peruanos autóctonos.

bre se queja amargamente de la persistencia de los malos tratos de que todavía es objeto por parte de su difunta esposa.

»Sin embargo, la forma más terrible del tormento que hacen sufrir los difuntos, es la causada por lo que comúnmente se llama «posesión.» Estamos acostumbrados á oír hablar de los poseídos por el espíritu del mal (endemoniados), pero esto es porque desde el punto



de vista cristiano, es necesariamente incompatible la posesión por parte de los espíritus con la divinidad de los mismos; pero el griego *daimon*, no era necesariamente un espíritu malo, de la misma manera que no lo era el egipcio *chut*. Una interesante inscripción que al presente se guarda en la Biblioteca nacional de París, y de la cual ha dado una traducción el doctor Birch, habla de la posesión por un espíritu de la princesa de Bechtén, localidad asiática que todavía no se ha determinado, y que la había atrapado mediante su matrimonio con un personaje de la corte de Egipto. Habiendo casado su hermana con uno de los reyes de la vigésima dinastía, cayó enferma, y un médico egipcio á quien mandó á llamar su padre, declaró que estaba poseída por un espíritu *chut*, con el cual era él impotente para luchar. Así se acudió al dios Chonsú (la Luna), una de las divinas trinidadas de Tebas, quién fué llevado con toda solemnidad en su arca á la princesa, acompañado de un talisman del mismo dios bajo diferente título, con objeto de exorcizar á la princesa, á fin de que el espíritu vencido por una divinidad tan superior abandonase el campo, por lo que su profeta ó sacerdote ordenó un sacrificio para hacerse propicio el espíritu. Asegura la inscripción que durante todo el tiempo en que estuvieron en presencia dios y el espíritu, el rey de Bechtén y todo su ejército se sintieron poseídos de un excesivo terror. Empero, el resultado fué satisfactorio, pero el combate entre el dios y el espíritu duró tres años, y tal vez no se le hubiese conseguido expulsar si no se le hubiese terrorificado con un sueño: esto conseguido se volvió á Egipto el dios Chonsú á quien se hicieron ofrendas de gran valor.

»La creencia en los sueños, como revelaciones de un mundo de todo punto real y al cual visitamos mientras dormimos, fué cosa corriente entre los antiguos egipcios. La gran tabla que está enterrada en la arena delante de la gran esfinge de Gizéh, recuerda un sueño en el cual se apareció dios á Tehutimes IV rey de la dinastía XVIII, cuando todavía era príncipe, y le habló como un padre habla á su hijo, prometiéndole el reino, la corona negra y la roja, con el trono de Tebas y la tierra en toda su longitud y anchura. Esta promesa fué hecha á condición de que Tehutimes cuidaría de que la arena no enterrase entonces como ahora la poderosa imagen del dios. El rey Mer-en-Ptah II (Meneptah II) fué alentado en sueños por el dios Ptah para que llevara sus armas contra los invasores del norte de Egipto.

»Muy conocida es una de las más preciosas tablitas descubiertas por Mariette Bey, en Gebel Barkal, llamada *la Estela del sueño*. Pertenece al período etiópico y cuenta lo sucedido á un rey (Nut) en el primer año de su reinado que ocurrió en el siglo VII antes de Jesucristo. Dice así:—«Su Majestad ha tenido un sueño por la noche. Vió á dos serpientes, una á su mano derecha y otra á su mano izquierda. Y cuando despertó no halló á ninguna de ellas. Luego él dijo: «Haced que me expliquen estas cosas.» Y se las explicaron diciendo:—«El país del Sud es tuyo, y tú debes apoderarte del país del Norte, y las dos coronas se reunirán sobre tu cabeza. La tierra te ha sido dada en toda su longitud y anchura.» La estela continúa luego describiendo cómo se cumplió el sueño, y de qué manera demostró el rey su gratitud por medio de espléndidas donaciones.

»En otro lugar hemos ya recordado la tabla ptolemaica que habla del cumplimiento de un sueño, según el cual el dios I-em-hotep había prometido un hijo á Pasherentah (1).»

Conocido el fondo de las creencias egipcias que naturalmente hallamos conforme con el

(1) P. LE PAGE RENOUF.—*Lectures on the origin and Growth of Religion by the Religion of ancient Egypt*.—Londres 1880, pág. 147 á 156.



desenvolvimiento del génesis de las creencias humanas, sus costumbres funerarias que tanto han llamado la atención, y que tanto se han discutido, tienen una explicación naturalísima, y por esto veremos como su transformación á través de los tiempos no es bastante á despojarle de las preocupaciones primitivas, pues lo que una vez arraiga en la alma humana, necesita de siglos y más siglos para extinguirse.

«Las inscripciones nos enseñan que una de las partes de la tumba, y aun á veces la tumba entera,»—y nosotros creemos que este caso había de ser general en los tiempos primitivos,—«se llamaba «la casa del *ka*,» del duplicado.» En los sitios, en donde se encuentra intacta, es una sala baja, ó un corredor largo y estrecho tapiado, y sin otra comunicacion con el mundo exterior que una pequeña abertura cuadrada dejada en el muro á la altura de un hombre. Detrás del muro, se hallan estatuas del muerto, á veces en número considerable. La presencia de estas estatuas se explica sin dificultad. El cuerpo que, durante la duración de su existencia terrestre, había servido de soporte al *ka*, ahora momificado y desfigurado, por grande que fuera el cuidado que se pusiera al embalsamarlo, sólo de lejos recuerda la imagen del vivo. Por otra parte, como era único, nada más fácil que destruirlo; se le podía quemar, descuartizar y dispersar sus pedazos, pero una vez hubiese desaparecido ¿qué sería del *ka*? De aquí que procurase perpetuarse en las estatuas. Estas eran más sólidas, y luego podíanse fabricar en número considerable. Un solo cuerpo no era más que una sola probabilidad para la duración del *ka*; veinte estatuas representaban veinte probabilidades. De aquí ese número, en verdad sorprendente, de estatuas que algunas veces se encuentran en una sola tumba. La piedad de los parientes multiplicaba las imágenes del muerto, y por lo tanto los soportes, los cuerpos imperecederos del *ka*, que, por este solo hecho, le aseguraba la inmortalidad.

»De esta suerte sostenido el duplicado, vivía una vida material cuyas condiciones hoy nos son conocidas. Recibía el culto de los parientes, tenía sacerdotes á quienes se pagaba para que les ofrecieran sacrificios, poseían esclavos, ganados, tierras encargadas de suministrar lo necesario á su manutención. Era como un gran señor que vivía en país extranjero y administraba su propiedad por medio de intendentes especiales. La fórmula ordinaria de las estelas, es decir, la que se lee en todas las tumbas sin excepción, nos dan á conocer la manera como se mantenían. Están concebidas de esta manera:—«Ofrenda á Osiris, ó á otro dios cualquiera, para que dé provisiones en panes, líquidos, bueyes, patos, leche, vino, cerveza, vestidos, perfumes y toda otra clase de cosas buenas y puras con que subsiste el dios, al *ka* del difunto *N*, hijo de *N*.» Las pinturas ó las esculturas que adornan la mayor parte de las estelas, ilustran de una manera clarísima los términos de la inscripción. En lo alto, se representaba al difunto seguido de su familia, presentando al dios los objetos de la ofrenda; en la parte inferior, encima de la inscripción, el muerto recibía las ofrendas de su familia. Le daban al dios las provisiones que el dios debía suministrar al duplicado. El duplicado de los panes, de los líquidos, de la carne, pasaba al otro mundo para alimentar en él al duplicado del hombre. Pero no era necesario que la ofrenda fuese real para ser efectiva; el primer venido, repitiendo en honor del difunto la fórmula de la ofrenda, procurábale por este simple hecho al *ka* la posesión de todos los objetos cuya enumeración recitaba. Es por esto que muchos egipcios hacían grabar, al lado del texto ordinario, un llamamiento á todos aquellos á quienes la suerte llevase delante sus tumbas.» ¡Oh! vosotros que subsistís en esta tierra, simples particulares, sacerdotes, escribas, oficiantes que entráis en esta capilla fúne-



bre, si amáis la vida é ignoráis la muerte, si queréis gozar del favor de los dioses de vuestra ciudad y no queréis probar los terrores del otro mundo, sino ser sepultados en vuestras tumbas y legar vuestras dignidades á vuestros hijos, ya sea que siendo escriba leáis por vosotros mismos las palabras escritas en esta estela, ya escuchéis su lectura, decid: «ofrenda al dios tal, para que dé millares de panes, millares de vasos líquidos, millares de bueyes, mi-

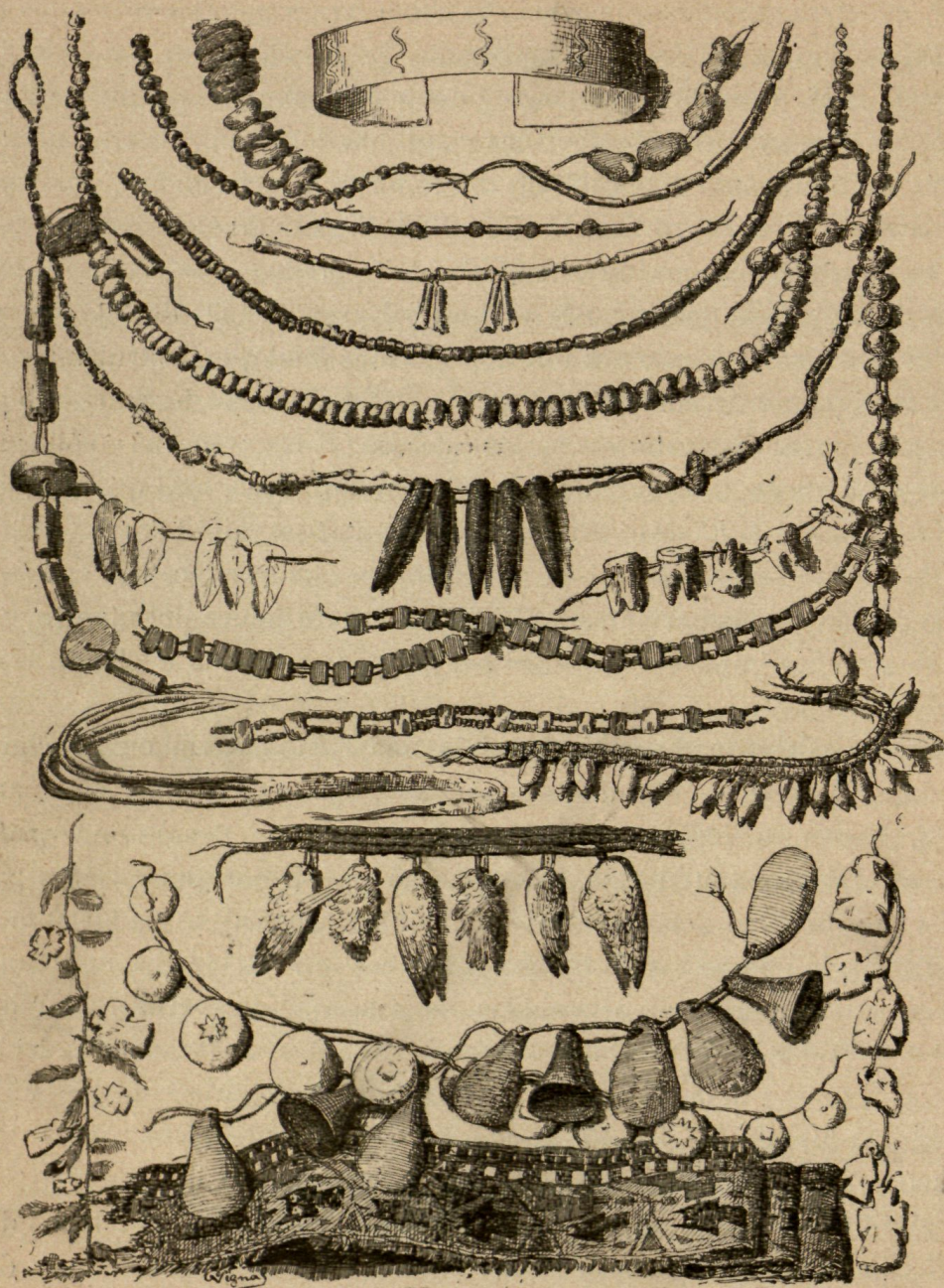


Fig. 123.—Collares de los peruanos autóctonos.

llares de patos, millares de vestidos, millares de cosas buenas y puras al *ha* del difunto N.» La estatua servía de cuerpo al duplicado, la estela le ofrecía medios de subsistencia.»

Dicho se está que todas las pinturas que decoraban la cámara funeraria estaban inspiradas por las mismas ideas. «El duplicado del muerto, encerrado en su tumba, se veía en la muralla yendo á la caza, é iba á la caza comiendo y bebiendo con su mujer, atravesando sano y salvo con la barca de los dioses las horribles regiones del infierno. El arar, sembrar



y coleccionar los frutos, eran para él cosas reales. Asimismo lo eran las figuritas fúnebres que, depositadas en su tumba, ejecutaban para él los trabajos de los campos bajo la influencia de un capítulo mágico, y se marchaban como en la balada de Goethe á la fuente del aprendiz mágico, á buscar agua, ó á transportar granos: obreros de todas clases, pintados en las murallas, hacían zapatos, ó la cocina del difunto, ó le llevaban á la caza al desierto, ó á la pesca en los cañaverales de papiros, que, después de todo, se entendía que ese mundo de vasallos pegado al muro se consideraba tan real como el *ka* ó duplicado del cual dependían: la pintura de un criado era ciertamente necesaria á la sombra del amo. Creía el egipcio, al llenar las tumbas de figuras, que con ello aseguraba más allá de la vida terrestre la realidad de todos los objetos y de todas las ciencias representadas: esto era lo que animaba á construir su tumba durante su vida.» Esto dice M. Maspero en sus *Estudios sobre algunas pinturas y textos relativos á los funerales egipcios*, publicados en París en 1880; pero lo que él no dice, es lo que revelan sobre las costumbres primitivas egipcias, esas procesiones de esclavos y criados encerrados en pintura, en la tumba del amo, para que continuaran prestándole los mismos servicios que en vida desempeñaban á su lado.

Que esas necesidades del *ka* son idénticas á las necesidades de los espíritus de aquellos pueblos salvajes que exigen hecatombes humanas, aun en nuestros días, porque los que pasen á la otra vida tengan quien los asista; que ora se trate del príncipe, á cuya suerte hay que sacrificar sus mujeres, consejeros y principales dignatarios, ó de un potentado que con sus mujeres se lleva sus esclavos para que le asistan, el hecho real, primitivo, comprobado por las costumbres vivas de los pueblos salvajes, es el hecho simbólico, representado por el arte, desde el primer período egipcio histórico, que nos recuerda también que en Egipto se encerraba en la casa del *ka* á los servidores del señor que le habían asistido en vida.

Cuándo pasaron los egipcios del acto bárbaro, cruel, sanguinario y real, al acto simbólico, no es posible decirlo; desde luego hay que suponer que ocurriría miles de años antes de la época histórica, y el inmenso progreso realizado por el pueblo egipcio, indica en las creencias del mismo una tendencia hacia el ideal que había de llevarle más tarde á la afirmación de un Ser supremo, de un solo Dios, aun cuando no pudieron concebirlo ni determinarlo fuera de los círculos mitológicos.

Siente hoy nuestro espíritu, al ver cómo se eleva el mundo de las ideas, un placer indefinible, y suspira para poder presentir siquiera cómo hubo de llegar el momento en que la costumbre y la ley prohibieran que, al morir el príncipe ó el señor, fueran á hacerle compañía en sus tumbas, sus mujeres, dignatarios, esclavos, etc.

¿Quién dijo á la mujer que no debía seguir en la tumba á su marido?

¿Quién prohibió el sacrificio del fiel ministro?

¿Quién el del pobre esclavo ó esclava?



Fig. 124.—Vanda frontal de paja.—Ancon.

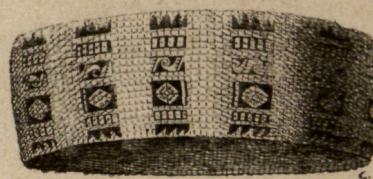


Fig. 125.—Idem, de paja de maíz.—Paramonga.



Fig. 126.—Idem, de plata.—Mocha.

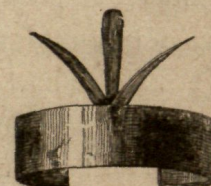


Fig. 127.—Idem de plata con plumas idem.—Viru.



¿Quién supo convencer á los sabios é ignorantes que bastaba con que las imágenes de los que en vida presentaban sus servicios al ser real, como cuerpos reales, podían luego como meras imágenes presentárselo á su *ka*, á su duplicado espiritual?

Claro está que esta transformación supone una interpretación menos positiva, menos sensual, de la vida de ultratumba del duplicado. Que ya los sueños hubieron de interpretarse en sentido simbólico, como revelaciones misteriosas de los espíritus ó de los dioses; que ya la sociedad viviría más confiada, menos temerosa de dar en todas partes con los espíritus del otro mundo; pero todas estas interpretaciones y explicaciones quedan sin puntualizar, y apenas si entre las más vagas tradiciones de los pueblos antiguos podemos entrever el héroe, si no real, legendario, de esa revolución trascendentalísima de la que hubo de guardar, por fuerza, recuerdo vivo, por siglos, el hombre del valle del Nilo.

¿Tiene, pues nada de extraño que al cabo de larguísimo tiempo divinizara el egipcio al que redimió de la muerte á tantos infelices, diariamente sacrificados á una creencia ya muerta, y que por lo tanto resultaba el hecho sanguinario, brutal é inhumano, aun cuando no lo fuera en los antiquísimos tiempos, pues que el morir no era entonces más que cambiar de estado real? Pues, dicho se está que la conciencia humana hubo de presentir que no se había llegado á una abolición tal sin luchas, y que por lo tanto tuvo la humanidad necesidad de sus mártires, pues no habían de ceder las creencias establecidas su paso á las ideas nuevas sin resistir; nada más lógico, que se revele á nosotros como dios ó héroe el que llegó á personificar el triunfo, pues como dioses ó héroes nos presenta la humanidad á sus bienhechores, y que el panteón egipcio guarde rastro de quien redimió de la muerte á una buena parte del pueblo del Nilo.

Los egiptólogos no han descubierto sus grandes bienhechores de la humanidad, imbuídos de la idea de una interpretación metafísica de los dioses y religión del Egipto; todavía no han sabido descubrir todos sus elementos reales, todo lo que se debe á las supersticiones primitivas, pero para nosotros es indudable que el día que se estudie la religión egipcia con un criterio menos metafísico, en Osiris, Horus ó Anubis se hallarán elementos bastantes, si no para determinar como personajes reales á tales ó cuales dioses, para descubrir en lo que hay de real en sus mitos, el recuerdo de esos redentores de la humanidad de sus tiempos antihistóricos.

Sin embargo, nos equivocáramos y mucho si fuéramos ahora á creer que la trascendental revolución que libró á la humanidad del sacrificio propiciatorio del hombre á los manes del difunto, atacó en lo más mínimo la creencia en sí; ésta continuó subsistiendo, conservando todos los caracteres reales allí donde la realidad no traspasaba los límites de lo inmaterial. De lo único que quedaba redimida la humanidad era del sacrificio humano. Así, vemos en las paredes el símbolo, en lo demás las realidades. En la pared la vida diaria del difunto en la tierra, cumpliéndose en la otra vida, expresada exactamente como creencia en cuadros y esculturas.

Maspero dice:—«Las cámaras de la tumba recibían muebles análogos á los que usaba en vida, sillas, mesas, camas, taburetes y también objetos de naturaleza especial, sacos, sarcófagos, cofres en forma de estatuillas, estatuas de piedra ó de madera, en suma, de lo que se trataba era de montar una casa bajo todos sus aspectos y á menudo se hacía esto hasta con lujo. Al igual del vivo, exigía la momia ropa blanca, alfombras, utensilios de tocador, provisiones de boca. Los pobres no recibían más que lo estrictamente necesario, algunos



trapos con que envolver sus miembros, y pequeños objetos sin valor. Pero para uso del rico se fabricaba en la misma casa en que había vivido todo lo que formaba el mueblaje de una persona de calidad. Una parte de las escenas de la vida civil que se ven representadas en las paredes de los hipogeos, aluden á esta fabricación... Mueblada la casa del difunto, era necesario armar al mismo difunto suministrándole los medios de defenderse contra los peligros del otro mundo. Los hipogeos de Tebas nos han guardado armas de todas clases, hasta carros enteros... Pero el carro no era bastante para el que iba á emprender un tan largo viaje. Si la barca era necesaria en Egipto, mucho más lo era en el otro mundo, pues entendían los egipcios que «el firmamento formaba como una especie de Nilo celeste en el cual navegaban los dioses.» Sin embargo, la barca también era necesaria para navegar por el infierno.

Por primera vez en la historia humana nos podemos dar cuenta de las ideas primeras del hombre sobre la otra vida, sobre las recompensas ó penas reservadas á los buenos y á los malos. Tal vez deberíamos hablar de esto en otro lugar luego de dar de la religión egipcia una idea general; sin embargo, creemos que también cabe en este punto ya que hemos llegado á la alma del *ka*, y la hallamos dispuesta para emprender la marcha de su purificación á pesar de mil peligros, que puede salvar, sin embargo, fácilmente, especie de iniciación masonica inofensiva para los ya admitidos de antemano.

Hemos dicho que podía la alma, que toma al presentarse al tribunal de los dioses el nombre de osiris, salvar fácilmente todos los obstáculos, por lo mismo que ya en vida se le enseñaba al egipcio lo que le había de pasar en el Ker-Neter, nombre mítico del otro mundo, y la manera como había de conducirse en él, y lo que le habían de preguntar los dioses y los espíritus infernales, y lo que él había de responder.

Esto aprendía en el *libro de los muertos*, libro que remonta una antigüedad extraordinaria, tanto que se cuenta en épocas anteriores que algunos de sus capítulos fueron descubiertos por reyes de la primera y de la cuarta dinastía, es decir, en cinco mil ó seis mil años antes de nuestra Era, en 4325, fecha en que se pone el advenimiento de la dinastía citada, aun cuando en esto pudo caber exageración es muy posible, pues si bien hasta hoy día no conocemos libro alguno anterior á la dinastía oncenaria que principió á reinar en 3004 antes de nuestra Era, es innegable que algunos de sus himnos remontan á mayor antigüedad.

Una vez, pues, la alma del difunto ha tomado el nombre de osiris, y esto viene de que contando las leyendas sagradas que muerto Osiris á mano de su hermano Set, ó Typhon, resucitó gracias á los cuidados de Isis, se hizo del dios resucitado el tipo de todo egipcio que había pagado su tributo á la muerte, siendo esta asimilación para él una garantía de su inmortalidad final, por cuya razón las operaciones del embalsamamiento habían de durar setenta días para conformarse á los ritos seguidos por Horus al embalsamar á su padre Osiris; la alma del difunto, pues, á la cual se daba, como hemos dicho, seguramente el nombre de Osiris fulano de tal, sufría las pruebas necesarias para su purificación recorriendo las esferas celestes de la región de las almas, en busca de la de Osiris, la cual se suponía que residía en una constelación que responde á una de las estrellas de Orión. Las paredes de las tumbas ó las viñetas del *ritual funerario* ó *libro de los muertos* se encargaban de recordar al hombre los mil tormentos que en el infierno le aguardaban si no lo aprendía de memoria para pasar indemne por los quince pilones de las quince estancias del infierno; con su conocimiento podía, pues, librarse de ser torturado, decapitado, de perderse por el desierto donde hubiera muerto de hambre y sed, sin que bastara salvarle el comer sus excrementos, etc.; pero de



la chamusquina de la purificación apenas si había una sola alma que se escapase, pues quién, si ha sido mortal, no tiene un pecado venial sobre su conciencia? ciertamente que cabía distinguir entre este fuego y el del infierno, se trataría de un fuego manso como el del limbo, pero aun así había de ser desagradable para los cuerpos que lo sufrían, pues habían ya las almas vestido de nuevo su envoltorio carnal al pasar por las quince estancias del infierno, señal evidente de que había sido absuelta de sus pecados, pues las que no lo eran perecían para siempre en una ú otra de dichas estancias, al llegar al lago del fuego.



Fig. 128. — Adornos de la cabeza empleados por los antiguos indios.

Purificada ya la alma se encuentra á orillas del río infernal que separa el infierno del paraíso, último obstáculo que ha de franquear para llegar á la mansión celeste. Si posee la verdadera ciencia no la distraerá de su camino el falso barquero que se presentará para guiarla á través del río, de otra manera el carón egipcio la llevará á la mansión de la muerte. Pero el justo sabía con sus conjuros y letanías ahuyentar el perverso espíritu y llegar al buen barquero, que, luego de interrogarle sobre el sentido místico de cada una de las partes de la barca, y recibida contestación satisfactoria, lo embarcaba y lo depositaba á orillas del valle de Aarn, cuya

topografía y geografía no describe el *libro de los muertos* con menos detalles y precisión de los que emplea la *Biblia* para describir el paraíso terrenal de Adán y Eva.

Desde luego hay una diferencia en la concepción de una y otra mansión celeste, y es



Fig. 129. — Diadema de plata.

que en el valle de Aarn se explica la fundada acusación de los egipcios, que no sabían ver en el pueblo judaico más que un pueblo de haraganes. En efecto, una vez el muerto llegaba al valle de Aarn tenía que entregarse á todas las operaciones del campo, así debía arar, sembrar, segar, cosechar los frutos, etc., pero como esto no puede hacerlo un hombre solo ni en esta vida ni la otra, el muerto se procuraba todos los operarios de quienes podía ne-

cesitar sus servicios, valiéndose de ciertas estatuitas mágicas que tomaban con él vida para ayudarle en el laboreo de la tierra mística y que al efecto se habían ya depositado de antemano en su tumba, y que él llevaba consigo á través de su peregrinación por las quince estancias del infierno. Dicho se está que esta purificación final por el trabajo obedece á un orden tan elevado de ideas que su concepción no puede corresponder á los primitivos tiempos.

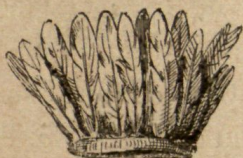


Fig. 130 — Lo mismo que la fig. 128, uno y otro adorno lo usan aun hoy los indios los días de fiestas.

Purificada la alma, como hemos dicho, por el trabajo, era conducida á través de los dedalos de un laberinto, por un hilo allí tendido bajo el cuidado de Anopu, á presencia de los dioses donde tenía que defender su pura y recta vida; justificado y absuelto iba recorriendo la alma las

moradas superiores é inferiores, visitando las varias mansiones de los elegidos y de los condenados, pero toda esta parte es relativamente moderna y son explicaciones metafísicas de la alma beata en sus diferentes grados de beatitud.

Acabamos de ver como en Egipto aparecen las doctrinas animistas en los días de su primitiva y remotísima historia; y dicho se está que esta misma antigüedad es un obstáculo insuperable para la inteligencia del desenvolvimiento de dicha teoría; así es que, á pesar



de los profundos estudios que sobre la religión egipcia se han hecho por Rougé, Lenormant, Pierret, Maspero, Ancessi, Tiele, Le Page Renouf, etc., no ha podido llegarse sobre esto á conclusión alguna, porque como ya lo hemos dicho, cualquiera que sea la antigüedad de la civilización egipcia, cuando ésta aparece en la historia se presenta constituida fuertemente, no según sus lineamientos generales, sino en el desarrollo que sólo implican instituciones desarrolladas durante el proceso histórico.

Esto hace que el estudio de la religión y sistema religioso egipcio si puede decirse cómo empieza, no puede decirse cómo va desenvolviéndose, y de aquí que se diga que no hay progreso religioso en Egipto, y que lo que podemos contar de la religión del tiempo de los últimos Faraones, pueda entenderse hasta de los días del mismo Mena, quien, como luego diremos, representa el triunfo de la sociedad civil sobre la sociedad teocrática, de modo que el progreso religioso se cumple en Egipto durante su período ante-histórico, que importa distinguir del prehistórico, pues éste más ó menos lo conocemos, y es el que va de los orígenes humanos al momento en que empieza á vivir el hombre la vida de la civilización, y el ante-histórico es para nosotros el período que va desde el día que el hombre vive en sociedades firmes y estables al de su manifestación histórica, por medio de los monumentos artísticos y literarios, período de fecunda gestación durante el cual los pueblos establecen y desenvuelven su constitución civil, política y religiosa.

Tiene el estudio de la religión del pueblo egipcio una importancia excepcional para la humanidad, pues habiendo, si no nacido, crecido y desarrollado en su seno la religión judaica, conocer la religión egipcia es conocer en el orden lógico á los autores de la religión de los hebreos, y esto explica la dura y porfiada contienda que suscitó la tesis del vizconde de Rougé, á quien debe la ciencia egipcia el primer puesto, después de Champollión, acerca del primitivo monoteísmo del pueblo del Nilo, pues, haciéndose honor exclusivo del pueblo de Moisés, y aun de éste, la doctrina monoteística, probar que la humanidad siglos y siglos antes de que apareciera el libertador de los judíos, se había elevado al conocimiento del Dios uno y todopoderoso, si no era probar que el hombre al nacer estuviera dotado de facultades capaces de inventar sus creencias y su moral, ó tuviera necesidad de recibirlas de la revelación, era de seguro probar la existencia de una gran cultura en época remotísima, pues, como hemos dicho, no se puede llegar al puro monoteísmo sino mediante una gran preparación filosófica, y sobre todo, y esto es lo único real y positivo, era dar á conocer el tronco de las religiones semíticas, del que son ramas principales el judaísmo y el mahometismo. En suma, la tesis del vizconde de Rougé consistía en probar «que la primitiva religión egipcia era un monoteísmo de todo punto conforme con el de la Biblia.»

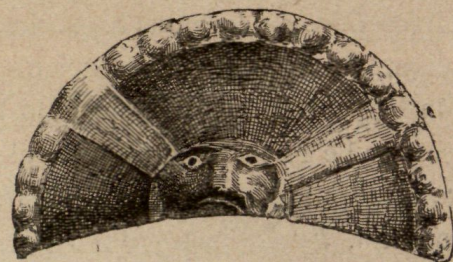


Fig. 131.—Adorno central en metal repujado de una diadema.

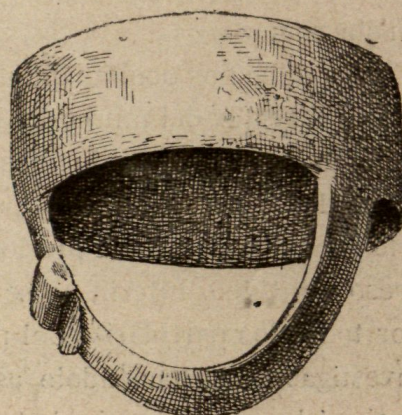


Fig. 132.—Sombrero con carrilleras.



Fig. 133.—Pié de zapato ó de alpargata.



Trece años han transcurrido desde la famosa conferencia del vizconde Manuel de Rougé: durante este lapso de tiempo la ciencia egiptóloga ha progresado de una manera extraordinaria: la colección de textos sagrados descubiertos han sido en gran número: la lectura del famoso *libro de los muertos* se ha llevado á cabo, y nada de lo que hasta aquí se ha descubierto, nada absolutamente viene á contradecir la tesis del monoteísmo primitivo de la religión egipcia. Si sobre este punto Rougé dijo la primera palabra, la última la ha pronunciado el señor Le Page Renouf, y así el autor francés como el inglés muestran su conformidad sobre este punto: luego veremos las reservas que tocante á dicha doctrina hace la ciencia moderna.

Pero si en el orden cronológico el vizconde de Rougé y el señor Le Page Renouf ocupan el primero y el último lugar, bien se nos puede permitir que pongamos al lado del autor inglés, al sabio conservador de las antigüedades egipcias del Museo del Louvre de París, pues en su *Ensayo sobre la mitología egipcia*, publicado en 1879, sostiene igual tesis, y lo que es más importante, la sostiene para toda la antigüedad egipcia. «Estoy en disposición de afirmar, escribe, que la doctrina monoteísta ha dominado el Egipto entero desde Mena á la conquista romana.»

No debemos ocultar que la opinión contraria tiene también elocuentes sostenedores. El actual director del museo de Bulacq, el señor G. Maspero, ha declarado que no le han convencido las pruebas aducidas por el señor Pierret, pero también estimamos que sea muy difícil darse por convencido por la impugnación del señor Maspero. Oponer lo que se ignora á lo conocido podrá ser prudente, pero será siempre, de seguro, poco socorrido para el progreso científico. Interin no se conozcan testimonios que contradigan los hechos presentados por todos los partidarios del monoteísmo egipcio, esta doctrina debe imponerse á todas las investigaciones; haciéndolo así es como se podrá llegar al sincromismo religioso egipcio, es decir, á la concordancia de los dioses tebánicos y menfíticos.

Tebas y Menfis fueron los dos grandes centros de la cultura egipcia: en sus suntuarios se desarrolló el conocimiento de Dios, y sin duda alguna, la mejor y más decisiva prueba que podría darse en favor del politeísmo egipcio, sería demostrar la oposición de los dioses de una y otra ciudad, y, sin embargo, sólo lo contrario es cierto, pues, lo que dicen los tebanos de Ammón, repiten los de Menfis para Phtah, sin que valga en contra de esta concordancia la sumisión que se quiere establecer de Phtah en algunos himnos, pues esto no prueba nada en contra de la oposición primera y radical que se deriva del hecho de afirmar de uno y otro dios las mismas cualidades y atributos.

Júzguese por el ejemplo:—«Salud á tí, Ammón Ra»,—dice un bello himno conservado en el museo de Bulacq, Cairo,—«señor de los tronos de la Tierra...» «el anciano del cielo, el más viejo de la Tierra, señor de todas las existencias, soporte de todos los pensamientos, soporte de todas las cosas. El uno en sus obras, único en el bien; el toro de toda belleza del cielo de los buenos; jefe de todo lo bueno; señor de verdad, padre de todo lo bueno; hacedor del hombre, creador de los animales, hacedor de las plantas, pastor del ganado, bondadoso poder del engendrado de Phtah...» «á quien lo bueno da honor. Hacedor de las cosas de abajo y arriba, luminar de la Tierra, que marchas tranquilamente por el cielo, Rey Ra, el solo triunfante, jefe de la Tierra. El más glorioso único señor del terror, *supremo hacedor de la Tierra según su imagen*.—*Chief maker of the earth after his image*,—¡cuán grandes son sus pensamientos entre todo lo bueno!



»Salud á ti, Ra, señor de la ley, cuyo sitio está oculto, señor de lo bueno; Chepra en su barca, á quien mandas que haga el bien; Atum, hacedor de los hombres.....» «autor de sus vidas...» «sostenedor del pobre en sus necesidades, benévolo de corazón cuando se le llama. Amparo del tímido contra el violento, juez del pobre, del pobre y del oprimido. Señor de la sabiduría, cuyos preceptos son sabios, á cuya voluntad desborda el Nilo; señor de mercedes, el más amante, y de cuyo—amor—viene la vida del hombre; intérprete de cada Ojo, obrando desde el firmamento, causa del placer y de la luz; de cuya bondad se regocija lo bueno; sus corazones reviven cuando ellos le ven. ¡Oh Ra! adorado en Tebas, solemnemente coronado en la casa del Obelisco»,—Heliópolis—«soberano de las vidas, salud y fuerza, soberano señor de todo lo bueno; cuyo visible arte en el seno del horizonte, regula el pasado de las generaciones y el mundo inferior; cuyo nombre se oculta á las criaturas, en su nombre que es Ammón.....»

»El uno, hacedor de todo lo que es; el único, el hacedor de existencias; de cuyos ojos procede el género humano, de cuya boca procede todo lo bueno; hacedor del pasto para el ganado (bueyes, cabras, asnos, cerdos y corderos), de fructíferos árboles para hombres de futuras generaciones; llamando el pez á la vida en la ribera; llenando el aire de pájaros, dando aliento á aquellos en los huevos; alimentador del pájaro que vuela; proveedor á la vez del pájaro que percharre, del ser rampante y del ser volador; proveedor de alimento para las ratas en sus madrigueras, y de los seres voladores en cada árbol.

»Salud á ti por todas estas cosas, el Uno.» Es pues indudable, que nos hallamos en Tebas en presencia de un dios único y verdadero, de un dios creador y anterior á la creación, que esto es lo que constituye el carácter de toda concepción monoteística, pues el dios único es el dios vencedor de la pluralidad de los espíritus de la época primitiva. Ahora bien, al lado de este dios, ¿podían existir otros dioses como no le estuvieran á él subordinados por completo, dioses reemplazados por el Cristianismo y por sus santos? Phtah, el dios de Menfis, ¿es un dios inferior ó un rival?

»El buen Phtah de Memfis, á quien las inscripciones honran con el título de «Padre de los dioses,» es el arquitecto del mundo en el más alto sentido de la palabra.....» «en las murallas del templo de Denderah se le llama expresamente «el jefe de la sociedad de los dioses, creador de todos los seres. Todas las cosas sacan su existencia desde que él existe. El es el señor de la verdad y el rey de los dioses.» En las paredes del templo de Isis en Philoe se dice del mismo dios, «que él es quien ha creado todo sér, quien ha formado á los hombres y á los dioses con sus propias manos.»—Otra inscripción del mismo punto habla del ser de Phtah en los siguientes términos: «El es el padre de los principios, quien ha creado el huevo del Sol y de la luna;» mientras que un tercer texto de Philoe, de una manera más breve pero no menos clara, le llama «el padre de todos los dioses, existiendo el primero.» El es, dice Herr Brugsch-bey, el dios creador, quien existió antes de la creación del Universo por su propia obra exclusivamente.» (1)

Si, pues, Ra y Phtah no son en puridad más que un mismo dios, si son dos dioses rivales, en cuyo caso tendríamos un verdadero caso de politeísmo, ¿cuán grande no había de ser la rivalidad entre los colegios sacerdotales de Tébas y Menfis, defendiendo cada uno á

(1) BRUGSCH.—*A history of Egypt under the Pharaohs*.—Traducida del alemán por los S. S. H. Dauby, Seymour y Smith. —Londres 1879.—Tomo I, págs. 28 y 29.



su dios, como único dios creador, «como el arquitecto del mundo en el más alto sentido de la palabra?» Pero como nosotros no podemos negar el carácter externo, politeísta, de

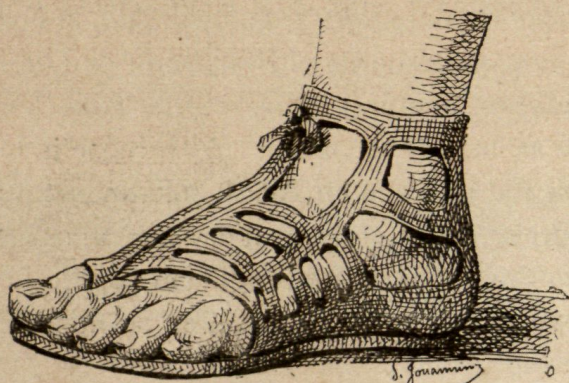


Fig. 134.—Calzado hallado en Carjamaca.

la religión egipcia, sólo entendiendo rectamente la noción del dios uno, único y creador, no tal como podía concebirlo para aquellos tiempos el hombre, sino tal como podía manifestarlo en la vida social, se pueden conciliar términos que parecen contradictorios, es decir, la creencia de otros dioses, politeísmo que los himnos é inscripciones que dejamos copiados explican en su origen y carácter.

«La doctrina egipcia, decía ya el gran Champollión, es un monoteísmo puro, manifestándose exteriormente por un politeísmo simbólico, es

decir, no admitiendo más que un solo dios, de quien todas las cualidades están personificadas en otros tantos agentes activos ó divinidades subordinadas.»

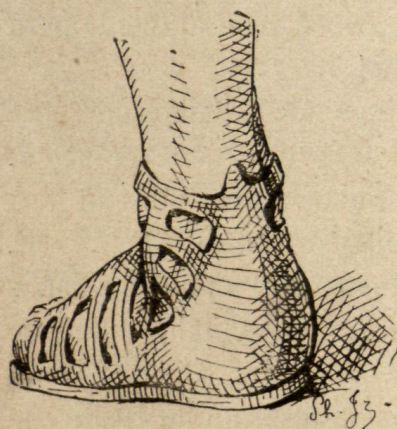


Fig. 135.—Idem de Viracochapampa.

«Ese politeísmo, añadía Rougé, lejos de ser la expresión única y suprema de las creencias del Egipto, no era más que la alteración popular de un dogma elevado, fundado sobre la noción filosófica de un dios uno, inmortal, increado, inmaterial, y perpetuándose él mismo en su propio seno.» (1)

Y este modo de ver, digan lo que se quiera, se ha de estimar exacto, ya que en la antigüedad los hombres que se preocupaban de estas cuestiones creían, como nosotros, en ese monoteísmo incipiente, pues dicho se está que nosotros no pretendemos para el Egipto una concepción de la Divinidad suprema tan elevada y pura cual la entrevió el genio de los pueblos semitas, Moisés. Y cuenta que al decir la antigüedad no nos referimos á la pura antigüedad clásica, sino que también

con ella abrazamos el período de las grandes luchas para el establecimiento de la Iglesia, cuando los Padres de la Iglesia combatían contra el espirante politeísmo, que es precisamente cuando menos venían obligados á tenerle consideración alguna; por donde no podía venir á su pensamiento el sublimar precisamente una religión cuyas últimas manifestaciones precisamente se trataba de hacer desaparecer.

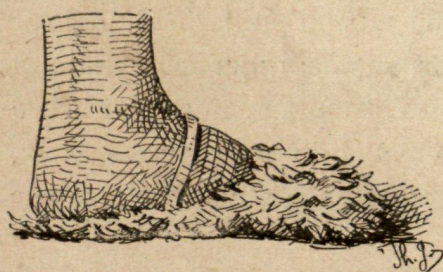


Fig. 136.—Calzado hallado en Ancón, usado todavía por los indios del cerro de Pasco.

Como fuentes de estudio de la religión egipcia por parte de los autores antiguos, sólo Plutarco profundizó el misterio con que parecían envueltas á los ojos profanos las creencias del pueblo de Ramsés; los padres de la Iglesia griega, San Clemente de Alejandría el primero, no hicieron más que escribir contra las supersticiones egipcias y sus manifestaciones exteriores,

(1) *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions.*—Paris, 1857, pág. 64.



y dicho se está que si Clemente, con ser un hombre sabio, no se elevó a mayor conocimiento de los misterios de Isis y Osiris, que no alcanzaron mayores alturas sus sucesores. Por lo demás, á los autores cristianos de la época apostólica no interesaba el conocimiento del fondo de la doctrina egipcia, pues no habían de buscar en ella pruebas en favor de la divinidad de Jesús; por lo contrario, todo lo que de ridículo y escandaloso ofrecía el culto de las divinidades egipcias les interesaba para destruir el politeísmo; de aquí la exagerada importancia que en sus obras dan al culto de los animales, que como veremos distaba mucho de tener la importancia que los padres de la Iglesia le atribuyeron.

Todavía podemos llegar al esclarecimiento de nuestro punto examinando lo que Plutarco dice acerca de las funciones ú obligaciones del sacerdote egipcio, ó si se quiere, del sacerdote isiaco, y nótese que aun cuando lo que dice no puede referirse para la época antigua, aquí es de todo punto indiferente, pues, en puridad, sólo tratamos de averiguar si el egipcio se elevó al conocimiento del Dios único, según claramente á nuestro entender se desprende del examen de los antiguos himnos.

¿Cuál era, pues, la misión del sacerdote egipcio? la del sacerdocio de todos los tiempos, la del conocimiento de Dios y de sus atributos.—Los sacerdotes de Isis, dice Plutarco, no sienten más que un deseo, el objeto de todos sus desvelos es el conocimiento del ser primero, del ser soberano, del ser que es pura inteligencia, que vive con la diosa y vive en ella, y que Isis invita á venir á buscar á su lado. «El mismo nombre, continúa, que ha recibido el templo de la diosa, anuncia con toda claridad que ella es la ciencia y el conocimiento de todo lo que es. Ese templo se llama *Iseium*, es decir, «casa de la ciencia», lugar donde se tiene seguridad de adquirir la ciencia de lo que es, si se penetra con reflexión y con el recogimiento debido en los santuarios de la diosa.»

Aquí hay ya algo más que la afirmación de la doctrina de un solo Dios todopoderoso y

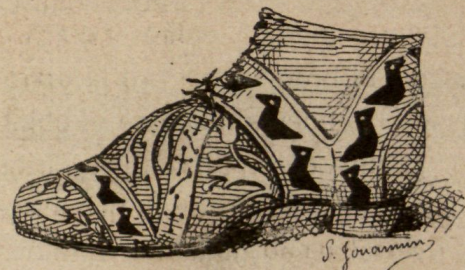


Fig. 137.—Calzado moderno de los indios ricos del norte de Bolivia, con adornos de gusto antiguo.



Fig. 138.—Trajes de los reyes peruanos indígenas.

omnisciente, hay el expreso reconocimiento de ser dios el principio de la ciencia, y de ser, por consecuencia, la investigación de ese principio la eterna ocupación de la inteligencia humana, y por tanto de una manera especial de los filósofos ó sacerdotes de la ciencia.

Que la doctrina religiosa egipcia no era una doctrina cerrada, no sólo se explica por su



desenvolvimiento, no siempre conforme con su principio, sino por la obligación explícita en que estaba el sacerdote isiaco, al decir de Plutarco, de investigar la naturaleza y caracteres de la divinidad. «El verdadero sacerdote isiaco, dice, es aquel que, después de haber recibido, por la vía legal de la tradición, todo lo que se enseña y practica respecto á sus divinidades, *somete las santas doctrinas al examen de su razón y se aplica á profundizar la verdad de ellas* (1).» Hé aquí la teoría del libre examen religioso que siglos más tarde había de renovar el famoso monje alemán, y claro está que no se puede consentir que la inteligencia humana discurra libremente sobre la divinidad, sino cuando se comprende ésta, no como el fruto de su inteligencia, sino como el objeto de la misma.

¿Equivocóse por ventura Plutarco? Jamblico, que define el dios de los egipcios, diciendo que era el primero de lo primero—¿también se equivocó?

Nosotros no podemos limitarnos á lo dicho hasta aquí; ó más bien, no podemos pasar por alto lo que sobre la religión egipcia detalla Plutarco, porque es de una importancia extrema para el desenvolvimiento general de la idea religiosa. Plutarco, escritor del primer siglo de la era de Cristo, dándonos á conocer lo que él creía sobre los misterios egipcios, y lo que enseñaban sus sacerdotes, no puede acusársele ni de sospechoso, ni imbuido por las ideas filosóficas de la Palestina, y en cambio, puede y debe estimarse su testimonio en gran manera, y sobre todo como dando á conocer si se quiere por los años de su vida el progreso realizado por el sacerdocio egipcio, dando de la fábula mitológica una interpretación racional y científica. Pero ya hemos visto que ésta no es la vía, y que, por lo contrario, la idea abstracta es la que da lugar á su representación simbólica, de donde salen todas las personificaciones.

Plutarco, siguiendo las enseñanzas de los grandes genios de Grecia, fué también á Egipto á buscar la luz del saber, que se suponía ó creía inextinguible en el santuario menfítico de Isis. Allí iba para alcanzar el conocimiento de Dios, la verdad, porque—aspirar á la verdad es aspirar á la condición divina.—Esa condición divina no es otra que la inmortalidad, y—ese divino privilegio consiste en eso, en saber que nada de lo que es escapa al conocimiento de Dios. Si no lo supiera todo, si no fuera la razón misma, su inmortalidad no sería una existencia: no sería más que una duración en el tiempo (2).

Aun cuando no creemos que en toda mitología no deba verse más que un lenguaje alegórico como quieren los filólogos, sino que en el fondo hay una doctrina real de las cosas animadas cuyo origen conocemos, estimamos, sin embargo, exacto que en el proceso histórico la antigua y primitiva teoría se transforma, ó mejor, se explica por las alegorías y metáforas del lenguaje, tan pronto el progreso de la cultura humana no consiente ya la divinización y antropomorficación de los fenómenos y objetos naturales cuyo conocimiento se ha alcanzado. Esto presente, nosotros no vemos contradicción ni en las explicaciones de los sociólogos ni en las de los filólogos, pues entrambos no nos dan más que momentos parciales y particulares del desenvolvimiento de la idea religiosa y conocimiento de Dios.

Esta explicación filológica de las divinidades mitológicas era ya corriente en tiempo de Plutarco no sólo en Grecia y Roma, sí que también en Egipto, como puede verse en el párrafo II de su tratado *De Isis y Osiris*.

(1) PLUTARCO.—*Œuvres morales et œuvres diverses*, traducidas en francés por Victor Bétoland.—Obras morales y varias.—París, 1870.—Tomo II, pág. 226.

(2) *Idem, idem*, pág. 224.



«Todas las veces, dice, que oigáis lo que la mitología egipcia cuenta de los dioses, que han vagado errantes; que han sido hechos pedazos, ó que han sufrido un gran número de malos tratos, acordaos de lo que ya tenemos dicho, y confesad que nada de lo que se cuenta ha sucedido tal como se dice. Así, pues, no dan ellos propiamente á Mercurio el nombre de perro; sino que como aprecian la buena guardia que hace este animal, su vigilancia, la sagacidad con la cual, para emplear los términos de Platón, distingue los amigos y los enemigos, por ese mismo hecho que conoce los primeros y no los segundos, los egipcios personifican esas cualidades atribuyéndolas al más inteligente de los dioses. Tampoco suponen que el sol niño recién nacido haya salido del seno de un lotus; esto no es más que una manera de figurar la salida de dicho astro y de hacer comprender que la actividad de los rayos está mantenida por los vapores húmedos. Asimismo, el más cruel y temido de los reyes de Persia, aquel que cometió tan gran número de muertes, y acabó por degollar al buey Apis, que sirvió á sus amigos en un banquete, Ochus, fué llamado por los egipcios «espada» y aun hoy día se le designa con ese nombre en la lista de los reyes. No ciertamente porque ellos quieran designar de esta suerte su sustancia, sino porque comparan su inflexibilidad y su inhumanidad á un instrumento de sangre.»

De modo que el culto de los animales nace pura y simplemente, según Plutarco, de atribuirse á los hombres ciertas cualidades de los animales, ó bien de darles el nombre de uno de ellos, pues fácilmente se comprende que á Ochus en vez de «espada» hubieran podido llamarle «tigre, león ó pantera», acabando por identificar el nombre con la cosa y por creer en la realidad del rey tigre, león ó pantera, pues no es posible negar que, si éste no lo era, en tiempos del rey persa, no pudiera serlo en los primitivos tiempos de la historia egipcia. Esto es lo que precisamente opina Mr. Herbert Spencer:—«Los egipcios, cuyas costumbres son muy persistentes, y entre quienes el culto á los antepasados estaba extendido, nos ofrecen todos los resultados de estos defectos de interpretación, precisamente tal como lo podíamos expresar. Ellos tenían tribus en las cuales los animales sagrados eran diferentes y trataban á los animales sagrados de los demás como objetos de horror y como enemigos. Este hecho nos indica una época primitiva en la cual estos animales daban sus nombres á los jefes de las tribus enemigas. El hábito de dar nombre de animales, el primitivo uso, tal cual nos es indicado por estas costumbres, se perpetuó hasta las épocas próximas al fin de su historia. Cuando los reyes de Egipto tuvieron nombres propios, continuaron con todo añadiéndoles nombres de animales. Los egipcios tenían animales sagrados, y algunos nombres de estos animales eran idénticos á los que se les daba como títulos honoríficos. Los egipcios embalsamaban á los animales como á los hombres, tenían dioses-animales, los tenían mitad bestias, mitad hombres, tenían figuras compuestas de otros seres.»

En Egipto tenemos que el buey Apis ó el buey Mnevis eran objeto de un culto extraordinario, pura y simplemente porque se identificaban con Osiris. Osiris, personaje real ó mitológico identificado con el Dios supremo que se engendra á sí mismo, dice el ritual funerario, y engendra á los demás dioses, por lo que se le llama en el mismo libro y en multitud de himnos el «toro», el «fecundador», sería para Mr. Spencer un personaje primitivo de la historia, que entre sus nombres tendría el de Toro, entre los filólogos sería una representación simbólica del poder fecundante del Sol, con quien también se identifica Osiris, cuyo nombre significa «casa, habitación del Sol.» Entre una y otra teoría media, al parecer, un abismo, y nosotros ya hemos dicho la única manera de franquearlo. El culto del Apis apa-



rece con el período primitivo histórico del Egipto, y en este supuesto podríamos consentir la teoría herbertiana, sí como tantas veces hemos dicho no nos encontraríamos con el primer período histórico del Egipto que conocemos nos presenta ya una sociedad completamente organizada, sabia, artística, etc. Es, pues, de todo punto imposible la solución del problema histórico del origen del culto de los animales, y de no querer convenir las partes en una conciliación histórica eternamente estarán frente á frente sin convencer más que á sus partidarios, pues nunca tendrán á su lado los hombres de razón á los hombres sistemáticos en el bueno y riguroso sentido de la palabra. Precisamente Plutarco (1) dice:—«El buey que se cría en Heliópolis, y que se llama Mnevis, está consagrado á Osiris, y algunos hasta lo creen

padre de Apis.» Este pasaje, en el que no se han fijado ni sociólogos, ni filólogos, ni egiptólogos, ni los fundadores de la novísima ciencia de la religión, es para nosotros sumamente interesante, y puede autorizar la concordancia que pregonamos.

En efecto, Apis es el buey de Heliópolis. Ahora bien, el centro más antiguo religioso del Egipto fué Heliópolis, la ciudad del Sol, y en donde tomó cuerpo y sistema la religión egipcia. A Heliópolis sucedió en importancia Menfis, pero el buey de Menfis se llamó Apis. Como el culto de Menfis era el de Heliópolis, y Menfis se levantó en las inmediaciones de aquella ciudad, de la que hubo de considerarse hija, tanto que los sacerdotes de Menfis podían serlo de Apis y vice-versa, tenemos que esta relación de parentesco lejos de representar

una fábula, de la que Mnevis engendró á Apis, no representa sino un hecho real y positivo, la derivación de Menfis de Heliópolis. Esto explica la existencia del culto del toro en Heliópolis y Menfis (2), pero no explica su origen, es cierto. Pero de la misma manera que descubrimos la relación verdadera que Plutarco no comprendía, la relación de familia Mne-



Fig. 139.—Posición de los indios sentados como explicación de la de las momias y de la forma de ciertos vasos peruanos.

(1) Obra y lugar citados, pág. 253.

(2) C. P. Tiele, hablando del culto de los animales dice que «fueron los más célebres el de Apis en Menfis y el de Mnevis en Heliópolis. El hecho de que la misma persona pudiera ejercer el sacerdocio de Apis y de Mnevis .. prueba que no eran rivales, sino símbolos diferentes de una sola y misma idea. Mena ó Mnevis, símbolo del Sol volviendo á la vida...» «Hapi por lo contrario, Ptah (el Dios supremo de Menfis) vuelto á la vida...» pág. 66, *Histoire comparée des anciennes religions de l'Égypte et des peuples sémitiques*.—*Trat. de Collins*.—Paris 1882.—Historia comparada de las antiguas religiones de Egipto y de los pueblos semíticos. —«No tiene fundamento alguno lo que dice el sabio profesor de la Universidad de Leyde Apis y Mnevis no son más que un mismo símbolo de una sola y misma idea del dios primordial, del Sol, su manifestación.—El dios abstracto se manifiesta por el Sol, que á su vez se convierte en el dios que se engendra á sí mismo, como dice el *Libro de los muertos*, y engendra los dioses destinados á personificar sus fases engendrándose á sí mismo para perpetuarse, esto es lo que los textos expresan de una manera enérgica, diciendo que es el toro el fundador de los dioses y el fecundador de su propia madre. A mi entender, en esta imagen es en donde hay que buscar la explicación de Apis y de Mnevis. Esos toros sagrados de Menfis y de Heliópolis simbolizan en la doctrina esotérica la facultad de un dios único de multiplicar sus formas, y la doctrina esotérica enseñaba al vulgo por la boca de sus sacerdotes, y de ello sacaban grandes ingresos, que la divinidad se encarnaba en los animales. Si el culto de Apis no hubiese sido más que el de un toro pura y simplemente, ¿por qué se daría á ese dios tan á menudo representado por un hombre con cabeza de toro?»—Paul Pierret.—*Le Panthéon Égyptien*.—Paris, 1881.—Páginas 1 y 2.



vis y Apis, esto nos autoriza para concluir en favor de la tesis de Spencer, que no es más que la renovación evemeriana, la doctrina impía de la edad mitológica.

Como la curiosidad humana es tan grande que la obliga á querer dar razón de todo, los egipcios pretendían saber cuándo y de qué manera había principiado el culto de los animales resultando de sus investigaciones, que Kakán (Kaiechos) fundó su culto. Pero desde luego se comprende que si algo puede haber exacto en esto es la suposición de haber autorizado Kakán el culto, pero de ninguna manera el haberlo impuesto, pues con razón Tiele dice que no hay rey, por poderoso que sea, capaz de imponer tales costumbres como no estén ya arraigadas en las costumbres nacionales. «Sin embargo,» continúa Tiele, «toda esta relación nos parece sospechosa. Mena, Kakán, Reimter, no son, en mi opinión, más que reyes de pura invención: son los principales animales consagrados ellos mismos, los símbolos de los genios y de los espíritus de los dioses, de quien se han hecho reyes. Desde el momento que fueron considerados como reyes, en virtud de una tendencia común á todos los pueblos de la antigüedad de pasar á la historia las relaciones mitológicas según un procedimiento que Evhemero elevó á la altura de una teoría, pero de la que no es su inventor, se difundió la opinión de que ellos habían introducido el culto de los animales en Egipto (1).» Tiele, pues, lleva el origen del culto de los animales á la época animista, que es precisamente donde debe ponerse, pero claro está que cuando vemos tantos y tantos animales simbolizando á otros tantos dioses en Egipto, que no es posible referirlos todos á la época animista, y que en éstos hay que ver un desarrollo del culto simbólico, y si esto no explica nuestra doctrina no entendemos qué otra demostración ni otra explicación puede darse del culto de los animales, en el que nos hemos detenido algo, porque de momento parece una singular aberración del espíritu humano, y por cierto que es chocante ver á todo un San Clemente de Alejandría burlarse con donaire de los dioses animales del Egipto, cuando no databa sino de ayer la libertad de los cristianos de poder adorar á Cristo en persona, pues antes no podían hacerlo, como de ello dan fe las pinturas de las catacumbas, sino mediante los símbolos mismos de que tanto se mofaba el elocuente padre de la Iglesia cuando los veía adorados por los egipcios fieles á la religión archisecular de sus padres, y á la que tantos siglos de gloria y de prosperidad debían. Mas dejando este punto para su lugar, aquí bastará hoy decir que el cordero, como símbolo de Cristo, es objeto de adoración en todas las iglesias y, sin embargo, lo cierto es que nadie entiende dar culto á un cordero.

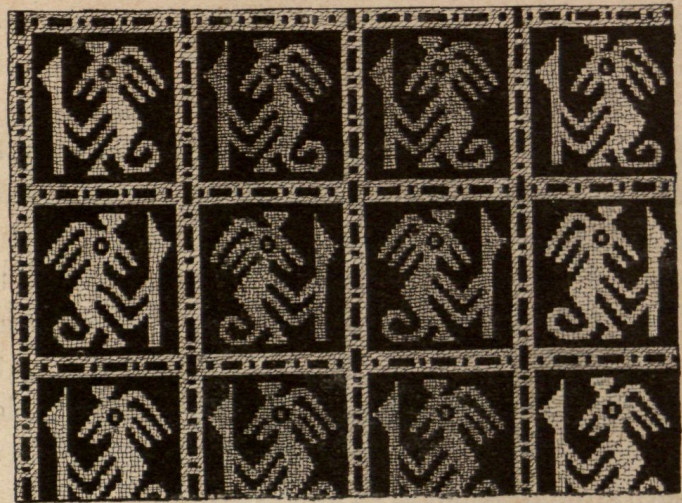


Fig. 140.—Lienzo peruano.



Fig. 141.—Cerámica peruana.—Vaso peruano.

(1) Obra y lugar citados, pág. 66.



Explicado el culto de los animales, y habiendo visto que si éste en un principio pudo derivar de una familia de dioses animales, luego no eran adorados éstos sino como símbolos, lo que aquí interesa advertir es que el símbolo animal no era tan puro como el de los pueblos cristianos, es decir, que no eran meros símbolos, ya que, como sabemos, pretendían los sacerdotes egipcios tener poder suficiente por medio de sus encantaciones para llamar á los dioses y obligarles á residir en los animales, y esto explica las grandes ceremonias que se celebraban á su muerte y el ser embalsamados al igual de los cuerpos humanos, y por cierto que merece ser conocida la singular opinión de los sacerdotes egipcios acerca de la duración ó vida de los dioses-Apis, pues si éstos vivían más de veinte y cinco años les daban muerte ahogándoles en una fuente consagrada al Sol. Igual preocupación ha reinado durante siglos y siglos sobre la duración de los pontificados de los papas, pues antes de Pío IX se tenía por artículo de fe el que papa alguno pudiese reinar más allá de los veinte y cinco años que reinó San Pedro, pero Pío IX, como los bueyes de la dinastía XXII, demostró que las preocupaciones de los hombres nada pueden contra las leyes de la naturaleza. Por fortuna, nosotros tratamos mejor que los sacerdotes egipcios á los representantes de Dios en la tierra, pues Pío IX pudo llegar al término natural de su vida y pontificado sin temor de la fuente del Sol, á que acudían los Egipcios por no verse desmentidos (1). Esta manifestación sensualista, si podemos llamarla así, de la divinidad y de las cualidades y funciones de la divinidad, es evidentemente lo que no deja ver claro en la concepción de Dios por los Egipcios; sólo cuando convencidos de que esas representaciones groseras no son más que imágenes representativas para uso de un pueblo sensualista y enemigo de las ideas abstractas, es cuando aparece el principio monoteísta informando la religión egipcia, y nosotros tenemos por seguro que los grandes misterios religiosos del Egipto, cuya iniciación era tan larga y tan difícil, no tenían otro fin que el reconocimiento de la existencia de un Dios uno, único y todopoderoso.

Véase sino lo que dicen los himnos de todos los centros religiosos de Egipto de un Dios principal. De Tum, el Dios de Heliópolis, dicen los teólogos heliopolitanos:—«Yo soy Tum, un ser que es único.»—«Yo soy Ra en su primera potencia.»—«El Creador de su nombre, el Señor de todos los dioses, el único que no depende de los otros dioses (2).» La religión de Thinis Abydos (Teni-Abet), que disputa su antigüedad á Heliópolis, tanto que se ha podido tomar por el mismo Tiele, como el primero y más antiguo centro de religión y de la literatura sagrada del Egipto (3), dice de su dios principal, de Osiris que es «El señor de los señores.»—«El señor de la eternidad.»—«Príncipe de la eternidad.»—«Protector de los dioses.»—«Eres

(1) La duración de su vida no podía exceder de un cierto número de años fijados por las leyes religiosas: si pasaban los veinte y cinco años los ahogaban los sacerdotes en una fuente consagrada al Sol. Esta regla en vigor á la época romana no existía aún, ó no se aplicaba rigurosamente en los tiempos faraónicos, pues dos Apis (Hapis), contemporáneos de la dinastía segunda vivieron más de veinte y cinco años.—AUGUSTE MARIETTE.—*Renseignements*, tomo I, págs. 94 á 100.—MASPERO.—*Historia*, etc., pág. 49.

(2) Tiele, comentando este pasaje:—«Eso no hay que entenderlo en el sentido del monoteísmo: eso significa tan sólo que Tum es el ser que existía *antes de la creación*.»—Pág. 55 *loco laudato*.—«Todo el ser» dirían los filósofos modernos, ó mejor aún, el *Ser*. Aquí hay una afirmación de la doctrina monoteísta, tal como sólo puede afirmarla la filosofía científica de nuestros días, pues precisamente la doctrina de la unidad del ser «engendrándose á si mismo,» como decían ya los egipcios de sus dioses, ó de su dios principal, es la doctrina del puro monoteísmo. Identificado por los Egipcios el Dios supremo con el Sol, sus varias manifestaciones toman distintos nombres. «Así es Ammon al salir de Nubia, Ra al elevarse en el Heliópolis, Tum al ponerse en Abydos, y Shon al reaparecer. Por esto se dice «Sha, hijo salido de Tum,» en las inscripciones.

(3) En la edición holandesa de su obra, en la traducción francesa revisada y corregida por él, advierte su error en la página 31.



tú quien eres el señor, no hay otro señor que tú.»—«*Lo que es, así como lo que no es, depende de ti* (1).»

Inútil nos parece continuar probando como son unos solos los atributos del Dios principal, cualquiera que sea el santuario, pero si creemos que es útil, como lo ha hecho Mr. Pierret, resumirlos y reunirlos todos para hacer más patente la demostración.

La idea, pues, que conforme vemos por los textos se formaban los Egipcios del Ser supremo era la siguiente:

*Dios es el creador*.—«Todo lo que vive ha sido hecho por el mismo Dios. Él ha hecho los seres y las cosas. Él es el formador de todo lo que ha sido formado; pero él no ha sido formado. Él es el creador del cielo y de la tierra. Es el autor de lo que ha sido formado; en cuanto á lo que no es, él oculta el retiro. Dios es adorado como el eterno suministrador de almas á las formas.»

*Dios es eterno*.—«Él atraviesa la eternidad, él es para siempre. Señor de la infinita duración de los tiempos, atraviesa millones de años en su existencia. Él es el señor de la eternidad sin límites.»

*Dios es inasequible*.—«No se le puede prender por los brazos, no se le puede coger por las manos.»

*Dios es incomprensible*.—«Es el prodigio de las formas sagradas que nadie comprende.»

*Dios es infinito*.—«Su extensión se dilata sin límites.»

*Dios está en todas partes*.—«Él manda á la vez en Tebas, Heliópolis y Menfis.»

*Dios es omnipotente*.—«Lo que es y lo que no es depende de él. Lo que tiene en su puño, lo que no está á su costado.»

Ese Dios creador, eterno, inasequible, incomprensible, infinito, ubicuo, invisible y omnipotente, «se oculta á los hombres y á los dioses. Se oculta, no se conoce su forma. Los hombres no conocen su nombre. Oculta su nombre. Detesta que se pronuncie su nombre (2).»

¿Cuándo llegó el Egipto á esa teoría de un Dios único y creador?—Mr. Maspero en la *Revisita* antes citada, dice:—«La unidad del poder político que, á pesar de la organización feudal del país, se impuso á contar de Mena, entrañó la unidad de concepción política. Las diversas escuelas establecidas en Sais, On (Heliópolis), Mennofu, Abud, etc., formaron, probablemente sin tener conciencia de ello, una especie de sincretismo, en el cual se hizo entrar de grado ó por fuerza casi todas las concepciones existentes sobre la superficie del país. El devoto de Man-nofu (Menfis) viajero en On, ó el devoto de On viajero en Man-nofu, y luego los teólogos de una y otra ciudad reconocieron que el dios de uno de una y el dios de uno de

(1) PIERRET.—*Le Panthéon Egyptien*, etc., pág. 108.—Textos.

(2) PIERRET.—*Le Panthéon Egyptien*, etc., págs. VII y VIII.—Nosotros hemos tomado, y seguido á Mr. Pierret, aquello y en aquello que ha convenido á nuestra tesis y cuando no nos contradecía, pues nosotros estamos lejos de dar nuestra conformidad á su teoría, pues no admitimos que la religión entera del Egipto parta de una concepción monoteísta, pues creemos, y lo repetimos por última vez, que el Egipto llegó al conocimiento de un solo Dios, único y creador, en el trascurso de su evolución histórica. Lenormant, después de haber examinado la teoría de Mr. Pierret, dice:—«Hay mucho de verdad en esta manera de ver, y, sobre todo, yo creo que se puede afirmar que en cierta época del desenvolvimiento culminante de sus especulaciones, los teólogos sacerdotales de Egipto profesaron una tal concepción de la religión de la cual eran ministros. Pero es muy difícil admitir que en la realidad de su evolución histórica haya esta religión salido de un monoteísmo formal, concebido desde el origen de una manera consciente, y formado los cuadros de su panteón de una manera tan sistemática, tan singular y tan sabia. Me parece que la teoría del sabio conservador del museo egipcio del Louvre no toma bastante en cuenta ciertos hechos que hubieron de ejercer una poderosa influencia en las primeras fases de la formación del sistema religioso de los egipcios, que toma por punto de partida lo que no fué, en realidad, más que un progreso del pensamiento metafísico y teológico.»—*Histoire ancienne de l'Orient*, tomo III, págs. 175-76.



la otra presentaban, después de todo, un número mayor de rasgos comunes que no de semejanzas, y los identificaron mutuamente con algunas reservas.» De suerte que, para Mr. Maspero, el primero de los reyes históricos de Egipto, á quien dan por un personaje real todos los egiptólogos, y á quien niega toda realidad van Tiele, como hemos visto, identificándolo nada menos que con el Mnevis de On, consiguió ya reducir á sistema la anarquía religiosa de los varios centros de la civilización del Egipto.

## ESTADO SOCIAL POLÍTICO Y ECONÓMICO DE EGIPTO.

Como en nuestros días cien publicaciones de carácter popular y científicas han difundido entre todas las clases el conocimiento de la antigüedad egipcia, y el teatro ha llevado hasta las últimas capas sociales modernas una idea de su cultura y constitución, lo que hemos dicho acerca de la religión egipcia habrá de seguro bastado á racordarles la *Aida*, y por la *Aida* esa inmortal creación del maestro Verdi, aquel lujo de ornamentación en la cual se mezclan como si no bastaran de por sí los elementos fitarios y zodarios, unos con otros, para producir esa ornamentación y decoración típica en la que hay que contar siempre que ha de aparecer lo animal compuesto con lo vegetal, y la imagen ó el tipo de un dios cualquiera ó de sus símbolos. Pero si esto basta á caracterizar el estilo, no hay duda que el estilo egipcio brilla por otra cualidad que, en los tiempos antiguos, sólo reaparece en Grecia en el gran siglo de Pericles. En efecto, si las palabras tranquilo, sereno, apacible, suave, y otra cualquiera que exprese el reposo de una alma feliz y satisfecha, despiertan en nosotros la



Fig. 142.— Cerámica peruana.

sensación de esa que podríamos llamar beatitud mundana para no equivocarnos, dénse por todos como aplicadas para explicar el efecto que en nuestro espíritu causa esa bellísima sencillez de la ornamentación egipcia, emblema ó símbolo á la vez, sin ninguna clase de duda, de un pueblo tranquilo, pacífico, suave, dulce y feliz, pues, si se recuerdan por ejemplo los enérgicos festones y fuertes molduras de la época romana y ojivales, no hay duda que aun el espíritu más prevenido contra esas relaciones entre el

arte y el estado social, político ó religioso de un pueblo, deducirá la oposición en que están las civilizaciones de la Edad media con la del Egipto. Y esto se hace tanto más notorio cuando se reflexiona sobre la permanencia de dichos caracteres á través de la civilización milenaria del Egipto, cuando apenas transcurre un siglo en las naciones europeas, sin que sus variaciones religiosas, sociales y políticas dén á sus artes motivo para correspondientes variedades. Esto nos dice que en Egipto existe una armonía cabal, profunda y



perpetua entre el suelo y el pueblo, entre el pueblo y la religión, entre el pueblo, la religión y el arte. Conviene, pues, ver esto con cuidado, ya que por primera vez hemos de ver realizadas todas las armonías, y esto ha de darnos la explicación única posible de la fijeza de los principios artísticos de los egipcios y por consiguiente de la fijeza de los elementos característicos de su lujo. No hay quien ignore que el Egipto es la obra del Nilo. A una y á otra orilla se extiende una banda de tierra vegetal, que fecundiza de una manera prodigiosa con sus crecidas anuales. Aquí es posible la vida, fuera de estas breves fajas no se encuentra más que la muerte, es decir, el desierto. El desierto, lo mismo á la derecha que á la izquierda, de suerte que puede considerarse al Egipto como un oasis en el desierto. ¿De qué manera había de afectar la imaginación popular ese tremendo contraste entre la vida lujuriosa de las márgenes del Nilo, y la soledad, la desolación y la muerte del desierto?

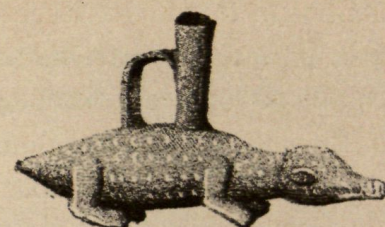


Fig. 143.—Cerámica peruana.—Vaso en forma de animal.

¿Cómo el Egipto sentía ese contraste? Los ditirambos entusiastas por su Nilo sagrado no bastan á imponernos del efecto que en su ánimo ha de producir un río encargado de preparar las tierras para una cosecha que apenas si puede faltar por accidente alguno, pues su mayor ó menor abundancia depende casi en absoluto de la altura de las aguas; ni su horror por el desierto nos puede explicar las ideas que el desierto despierta con su inmovilidad eterna y su quietud sepulcral, y el continuo avance de las arenas que sepultan indiferentemente la casa del pobre, el palacio del rico y el templo del dios. Todas estas impresiones de cuyo conjunto está formado el carácter del pueblo egipcio han tratado de darnoslas á conocer, y de hacérselas sentir, los grandes literatos y arqueólogos que han visitado las pirámides de Gizeh, pero es innegable que lo que en su cúspide han sentido, se resiente de su ilustración y carácter europeo, que no han sorprendido, en su casi totalidad, el momento psicológico que puede ser común á todos los hombres delante de un fenómeno de la naturaleza.

Entre los que nos parece que mejor han sentido en su ingenuidad el efecto del desierto, contamos á Mr. Perrot: «Regresaba en 1862, dice éste, de Asia menor con Mr. Edmond Guillaume y Jules Delbet, el arquitecto y el médico de la misión que nos había llevado á Ancyra, y habiendo tomado el camino más largo, pasamos por Siria y Egipto. En el Cairo, Mariette, después de habernos abierto el museo de Bulacq, quiso hacernos los honores de su Serapeum, y al efecto nos llevó á dormir á su casa del desierto, para enseñarnos, iluminadas con antorchas, las vastas galerías de la tumba de los Apis. Pasamos la tarde en compañía del maestro inspeccionando las excavaciones que por su orden se ejecutaban en esta necrópolis de Saqqarah, de la que han salido tantas maravillas, en las que se empleaban los brazos de cuatrocientos niños ó adolescentes que la prestación personal había traído por quince días, de no recuerdo qué distrito del medio Egipto. Al ponerse el sol, todos esos jóvenes obreros abandonaron el trabajo, y vimos como se iban agrupando por pueblos, sentándose sobre aquellas arenas todavía calientes. De una pequeña banasta, donde llevaban sus provisiones para dos ó tres semanas, sacaron cada uno de ellos una galleta seca; los hijos de los padres acomodados, aquellos que pueden regalarse, añadían una cebolla ó un puerro crudo. Aun para estos golosos, la



Fig. 144.—Cerámica peruana.—Vaso en forma de animal.



cena no era larga. Terminada ésta, se charlaban un rato, y luego se acostaban; los mayores, los más fuertes, se apoderaban de las grutas, de los sepulcros abandonados; los otros se tendían por la desnuda tierra, pero antes de dormirse, se ponían á cantar, formando dos coros, que alternaban respondiéndose, hasta una hora bastante adelantada de la noche.

»Jamás olvidaré el encanto de esta noche pasada en el desierto, ni el extraño y fantástico aspecto que toma, iluminada por la luna, ese mar de arena. Uno no sabe dónde se encuentra, ni lo que representa la uniforme y vasta blancura de esa sábana horizontal. Si no fuese porque las estrellas no se reflejan en aquella inmensidad, y que los rayos no centellean como lo hacen en el agua, aun en la más tranquila, me hubiese creído en pleno Océano. El sueño vino lentamente, mientras estaba aún escuchando como iban muriendo esas voces que iban debilitándose, apagándose unas tras otras; y pensando con lo poco que necesitaban sus padres para vivir felices y alegres, para dormirse cantando, sin pensar en la víspera, ni en el día siguiente... (1).»

Cambiamos de decoración, y pasemos del desierto al oasis, de la muerte á la vida; y veamos todo lo que el Egipto debe al Nilo.

«El Egipto es el Nilo, dice Mr. Marius Fontane. El gran río no sólo ha «hecho el país,» sobre todo ha formado el espíritu de los hombres, dando tormento á su razón y estimulando su curiosidad. Fué la gloria y la desgracia de los Egiptos, esta miraculosa fertilidad de las tierras regadas por el «río Rey.» Los más audaces egoísmos no dejaron jamás de estar excitados tras ese «color africano,» cuya simiente da cien veces lo que se le pide. Es necesario ver el río delante de Menfis, delante de Tebas, delante de Filæ, y, sobre todo, delante de Ibsambul, para comprender todos los atractivos del Egipto, para experimentar la fascinación del Nilo.

»Cuando los Griegos hacían del Nilo «El Júpiter egipcio,» expresaban perfectamente bien la idea del temor que asalta el espíritu, cuando en el luminoso silencio de las pesadas jornadas egipcias, el hombre, ya sea persa, griego, romano ó bizantino, ve bajar y deslizarse lentamente, pero de una manera inevitable, ese río magnífico que en sí lleva la riqueza del país. Tal déspota podrá decretar la destrucción de los templos, el azote del pueblo, la confusión del país; el Egipto sabe que el Nilo vendrá á la hora fijada y que se le devolverá la tierra como si el despotismo nada hubiese hecho. El Egipto aprendió, por el Nilo, á saber esperar; cuando sufre, cuenta con «el grande amigo» para consolarse.

»La constante regularidad con la que desde tantos siglos cumple el Nilo sus bondades, fué para el hombre objeto de grande asombro. El Egipcio no podía prever las leyes científicas que debían explicar un día ese fenómeno. Por esto creía tanto en la intervención de un señor, ser desconocido que «creaba» el río y lo enviaba, como en la inteligencia de ese mismo río, que obrando por su propia voluntad, venía al Egipto resueltamente.

»Desde millares de años sabía que el mismo día que corresponde al 16 de Enero del calendario gregoriano principia «el período del Nilo.» Desde este momento, hasta el fin completo del fenómeno, el Egipcio no tiene otra preocupación que la de interrogar las aguas del río. El calendario copto, que ha quedado como testimonio persistente y curiosísimo del pasado del antiguo Egipto, da para este día la siguiente efeméride: «La bendición del cielo baja por las aguas del Nilo.»

(1) *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, etc.—Egipto, pág. 43 y 44.



»El «libro» copto, que no comprenden los que hoy le redactan, fija bien en su día el principio del prodigio que se cumple, no en Egipto, sino en el centro del continente africano. Los vientos que generalmente reinan en la meseta central del África interior, vienen del Este, inclinándose ora hacia el Norte, ora hacia el Sud, según la marcha del sol. Esos vientos arrastran del Océano indio vapores intensos que se resuelven en lluvia en los valles, ó bien se condensan en nieves en las alturas. El punto central hacia el cual las nubes indianas parecen de ordinario dirigirse, es el Unyamnesí, nombre del país que Speke ha traducido por «tierra de la luna;» singular comprobación que viene á arrojar una luz franca de realidad sobre las fábulas que la antigüedad nos ha legado respecto de los orígenes de las «fuentes del Nilo (1).»

Esas lluvias se convierten en verdaderos ciclones allá por el mes de Febrero, á causa del calor abrasador del sol que por este tiempo alcanza en aquella parte del continente africano gran fuerza. Las nubes que los ciclones del mar de las Indias arrojan sobre el centro de África, las rompe el sol en terribles cataratas que hinchan los lagos, los ríos se desbordan, los torrentes se transforman en ríos, y por todas partes se forman estanques y pantanos, lagos inmensos aparecen aquí y allá para desaparecer al cabo de algunos meses; es un espectáculo mágico, á propósito para impresionar la imaginación del hombre, y para favorecer todos los delirios de una imaginación joven. Pero luego todas estas tempestades se regularizan, á los terribles choques de los primeros días sucede la calma de nuestras lluvias de invierno, pausadas pero abundantes, y bajo su acción los torrentes y los ríos salen de su cauce de una manera ordenada, hasta el punto de que habiéndose llenado los depósitos de donde normalmente arranca el Nilo, éste sale engrosado por las aguas y comienza su marcha majestuosa hacia el Mediterráneo, llevando en el limón de sus aguas la vida, la felicidad de los pueblos de sus valles. En un principio, las aguas de la crecida son fatales. Las aguas que durante días y días, ó mejor, durante meses, se han ido depositando en el suelo africano formando estanques y lagos, que acaban por reunirse formando verdaderos mares, enterraban masas enormes de vegetales y miles de animales, de modo que las aguas se corrompen y toman ese color verdoso y esa apariencia gelatinosa que indica cuán peligrosas son para beber. Estas aguas se dejan ver en el Cairo por primera vez hacia el día 6 de Junio, anunciando para dentro pocos días la presencia de la agua pura que viene á arrojar esa agua venenosa y perjudicial para la salud pública. Pero por momentos el color de las aguas se hace más claro, sus aguas más transparentes, y los correos que antes habían anunciado la aparición de las aguas verdes, dicen ahora que las aguas fecundantes han pasado ya por Khartum el 27 de Abril, y por Dongola el 16 de Mayo; un mes después, el 17 de Junio, aparecen en el Cairo, y hoy, como miles de años atrás, á pesar del profundo cambio de las creencias y de conocerse las leyes científicas de las crecidas del Nilo, egipcios y europeos celebran con entusiasmo indescriptible en el mencionado día «la noche celeste,» es decir, la «gota» que, cayendo del cielo, ha purificado las aguas del Nilo. Este Nilo rojo y fecundante, se ve pintado en todos los monumentos del antiguo Egipto. En fin, la crecida alcanza su máximo en el Bajo Egipto, en el Cairo, el 26 de Setiembre; á partir de este día, las aguas van bajando. Los miles de canales que los egipcios han abierto para llevar las aguas á sus tierras se van desecando, pero ¿qué ha de suceder en ese Egipto que no conoce las lluvias, si el Nilo no

(1) MARIUS FONTANE.—*Les Egyptes*.—Paris, 1882.—Págs. 4 á 6.



ha alcanzado una altura suficiente para que sus aguas fecundicen una extensión territorial suficiente á las necesidades del Egipto? La hambre. Uno de estos casos conoció el José de la Biblia. Por esto, hasta tanto que el nilómetro señala los 48 codos, todo es ansiedad, pues sólo á esta altura da el Nilo una buena cosecha; si llega á los 13 hay para vivir, pero nada más.

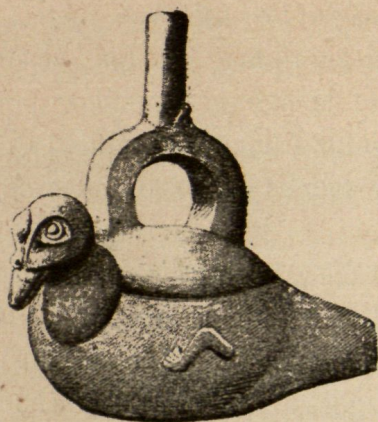


Fig. 145.—Cerámica peruana.—Vaso en forma de animal.

De aquí que mientras dura la crecida del Nilo ofrezca éste el espectáculo más alegre que pueda presentar la naturaleza.

«Un día tras otro, dice Osbrun (1), una noche tras otra, su agitada corriente rueda y avanza majestuosamente por encima de aquellas secas arenas de tan inmensas soledades. Casi de hora en hora, mientras remontábamos lentamente empujados por el viento del Norte, oíamos el ruido producido por la caída de algún dique de lodo; veíamos, por el movimiento de toda la naturaleza animada en el sitio en donde había sonado el ruido, que el Nilo había franqueado un nuevo obstáculo, y que sus saltadoras aguas iban á difundir la vida y la alegría en medio de otro desierto. De cuantas impresiones he recibido,

ninguna recuerdo que me haya causado un placer tan vivo, como la de la vista del Nilo en su primera invasión, por unos de esos grandes canales abiertos para su desbordamiento anual. Toda la naturaleza da gritos de alegría. Hombres, niños, rebaños de bueyes salvajes, saltan llenos de júbilo por entre esas frescas aguas; las dilatadas olas arrastran bancos de peces cuya luciente escama despide chispas de plata, mientras que aves de plumas de todos colores se reúnen en nubes sobre sus aguas. Y esta fiesta de la naturaleza no lo es sólo para los órdenes superiores de la creación. En el momento en que la arena se humedece al aproximarse las fecundantes aguas, se anima literalmente, y bullen millones de insectos.»



Fig. 146.—Cerámica peruana.—Vaso en forma de animal.

El entusiasmo que siente el Europeo sabio por estas manifestaciones de la vida de la naturaleza, no puede compararse con el que sentía el egipcio por su Nilo divino, por su Nilo dios, por ese Nilo misterioso que les daba la vida, y cuyos orígenes eran desconocidos. De ese entusiasmo dan testimonio centenares de himnos que han llegado hasta nosotros escritos en los papiros y en las paredes de los templos.

Cuando tan fácil se presenta la vida, no hay para qué esperar organizaciones sociales complejas y robustas hijas de un largo trabajo de emancipación, es decir, de un largo trabajo industrial: de esperar es, que en la institución fundamental, en la institución de la familia veamos esa flojedad en los vínculos familiares que vemos en el trabajo, y aun sería de esperar, de haber conservado las pirámides de Gizeh, en sus paredes interiores, la historia de la familia egipcia, que la hallaremos por aquellos tiempos tan viva en su forma rudimentaria como la hallamos hoy en la Polinesia.

Sabido es que donde se manifiesta más claramente el estado social de un pueblo, y por consiguiente su grado de cultura ó de civilización, es en la organización de la familia, y en

(1) *The Monumental History of Egypte* —Tomo I.—Londres, 1876.—Págs. 13 y 14.



particular en las relaciones entre los dos sexos. Cuanto más elevada sea la posición que la mujer ocupe en la familia, tanto más elevado será el grado de cultura en un pueblo. Y aunque ahora al tratar del Egipto pueda parecer nuestra conclusión falsa, dado lo que de su constitución sabemos, nosotros recordaremos cuán necesario es tener presente siempre lo que debe entenderse por pueblo civilizado, á fin de no vernos sorprendidos por el rápido decaimiento y destrucción de pueblos que creíamos imperecederos, sólo porque brillaban en las artes y las letras, y que en un momento han desaparecido del rango de los pueblos soberanos é independientes de la tierra.

Sobre este particular, como si los egipcios hubiesen participado de la egoísta doctrina que quiere que la familia sea una cosa sagrada que hay que sustraer á las miradas de los extraños, no debiendo reinar en la misma más que su jefe, ora de una manera más ó menos despótica, ora más ó menos constitucional, lo cierto es que de la organización de la familia egipcia poco ó nada sabemos, y hasta hace poquísimo tiempo poco ó nada sabíamos de lo que es la base de la familia, de la base matrimonial. Siglos y siglos hemos vivido sabiendo de este particular tan sólo lo que nos conservó Diodoro, á saber que entre los egipcios, los sacerdotes no se casaban sino con una sola mujer, pero que el resto de los ciudadanos casaban con cuantas querían. Los padres estaban obligados á mantener á sus hijos, á fin de aumentar la población, que se consideraba como lo que más contribuía á la prosperidad del Estado. Hijo alguno no era reputado ilegítimo, ni aun en el caso de que naciera de madre esclava; pues según la creencia común el padre es el autor único del nacimiento del hijo, á quien la madre sólo da el alimento y la habitación (1). «Resultaba de este relato una sociedad polígama en el verdadero sentido, pues la ley permitía que un hombre pudiese tomar mujer cuantas veces quisiera, dando á todos los hijos iguales derechos en la familia, cualquiera que fuera su lecho. La posición triste y rebajada que implica para la sociedad egipcia, el que los hijos lo sean sólo del padre y no de la madre, nos enseña que en otro tiempo fué todo lo contrario. Y de este otro estado social primitivo, algo nos enseña uno de los príncipes de la tragedia griega, y por cierto para un periodo anterior al que puede referirse Diodoro, pues vemos en Eschylo y en su tragedia *Las Suplicantes*, á las hijas de Dánao, llamar incestuosas y abominables nupcias las que se celebren entre primos hermanos. Esta repugnancia, llevada al extremo de huir de Egipto para no verse obligadas á tales enlaces, mientras de un lado demuestra el horror y asco con que veían los griegos las uniones consanguíneas en tiempos de Eschylo, nos enseña, por lo que sabemos de otros pueblos, y lo que ya veremos también para el Egipto, que esas relaciones incestuosas entre parientes eran todavía más crecidas en los tiempos primitivos, pues no se llega al matrimonio entre primos hermanos sin haber pasado antes por el de los hermanos.

Lo que merece fijar la atención es que esta clase de matrimonios no son potestativos, es



Fig. 147.—Cerámica peruana.



Fig. 148.—Cerámica peruana.

(1) Diodoro.—80.



decir, hijos de la libre voluntad de las partes contrayentes; los parientes varones tienen derecho á casarse con sus parientas, y éstas no pueden sustraerse sin quebrantamiento de las leyes á sus deberes conyugales. En esto se ve precisamente un rastro vivo de esa sociedad comunista de los primitivos tiempos, de esa sociedad en la cual hombres y mujeres tienen un mismo deber superior, su aumento, y por ella llegamos á las sociedades en que la promiscuidad de los sexos era la ley. Esta obligación la vemos clara en lo que dicen las hijas de Dánao: «¿Y quién ha de querer comprar con su dote un pariente para haber de servirle después?» — «Así se acrecienta entre los mortales el lustre y fortuna de una casa,» responde el rey. — «Y así, á lo menos, fácilmente se remedian los que no son bien heredados;» replican las hijas de Dánao, ó, si se quiere, el revolucionario Eschylo (1).

Pero si de los tiempos primitivos tenemos tan escasas noticias directas, que no sabemos dónde ir á buscar otras después de las que dejamos aquí apuntadas, para la época de la dominación de Egipto, de los sucesores de Alejandro tenemos, si no abundantes noticias sobre la organización familiar, datos bastantes para conocer su estado. Pero, se dirá, ¿cómo es posible que puedan dar idea de un estado social primitivo histórico instituciones ptolemaicas, cuando esta dinastía comienza en los años 305 antes de Cristo? Pues aquí es de ver que, si para tiempos tan bajos hallamos constituida la familia de un modo que recuerda viva la sociedad primitiva familiar, toda la sucesión de los tiempos, los millares de años que van de Menes á Ptolomeo I, hanse empleado en modificar las primitivas relaciones de los sexos hasta darles la forma legal que nos revelan los contratos de matrimonio que de dicho tiempo conservamos, contratos hoy tan monstruosos á nuestra vista, tan inexplicables para los brillantes tiempos faraónicos, que el primero que los descubrió y publicó, Brugsch Bey, que dió uno de ellos como ejercicio de traducción en su *Gramática jeroglífica*, no supo ver en ellos más que un contrato de compra de una mujer, á pesar de que claramente se ve que es un contrato matrimonial. Calcados todos bajo un mismo formulario, damos á continuación, por ser más claro, el primero de los publicados por M. Eugenio Revillout.

«El año 33 de Yoiak del rey Ptolomeo, hijo, el dios, siendo Actus, hijo de Apollonio, sacerdote de Alejandro y de los dos hermanos, siendo Demetria, hija de Dionisia, canefora delante Arsinoe Filadelfa, el pastoforo de Ammón Api, de la parte occidental de Tebas Ja... hijo de Pehelchons, cuya madre es Tabet, dijo á la mujer Tantesu, hija de Relu, cuya madre es Taneseru. *Yo te he aceptado por mujer.* Yo te he dado 1 argenteus, en sekels 5, 1 argenteus en todo por tu dote de mujer. Que yo te doy: 6 óbolos, son mitayes 3, hoy día 6, por mes 3, por doble mes 6, 36 por un año (equivalente á) 1 argenteus y 1 quinto, en sekels 6, 1 argenteus y 1 quinto en todo, por tu tocador de un año. Además un décimo de argenteus, en sekels una mitad, en argenteus un décimo, para tu dinero de bolsillo por mes, lo que hace un argenteus y un quinto, en sekels 6, un argenteus y un quinto, para tu dinero de bolsillo de un año. Tu dinero de bolsillo de un año, es aparte de tu dinero de tocador. Que yo te lo daré cada año. A tí te pertenece exigir el pago de tu dinero de tocador y de bolsillo, que deben correr á mi cargo. Que yo te daré todo eso. Tu hijo mayor, mi hijo mayor, será el heredero de todos mis bienes presentes y futuros. *Yo te estableceré como mujer.* Que yo te repudie, que yo tome otra mujer que tí, te daré 20 argenteus, en sekels 100,

(1) *Las siete tragedias de Eschylo.*—Traducidas por D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra.—Madrid, 1880.—Página 290.



en todo 20 argenteus. La totalidad de los bienes, cualesquiera que sean que yo tenga ó poseyera, quedan en garantía de todas las palabras arriba dadas, hasta tanto que yo las cumpla, segun su tenor. No tengo ni palabra ni acción ninguna á hacer valer contigo (contra ti). Los escritos que me ha hecho la mujer Tahet, hija de Teos, mi madre, sobre la mitad de la totalidad de los bienes que pertenecen á Pehelchons, hijo de Pana, mi padre, y el resto de los contratos provenientes de ella, y que están en mi mano, te pertenecen, lo mismo que los derechos que de ellos resulten. A ti todo esto, así como lo que yo justificase en su nombre. Hijo, hija, que de mí provengan, que vengan á inquietarte sobre eso, te darán 20 argenteus, en sekels 100, 20 argenteus en todo. Él te los abandonará totalmente sin oposición alguna. Ha escrito el escriba de los hombres de... sacerdote de Ammón, Hospueta, hijo de Smim.»

Además de este contrato, cita M. Revillout otros varios de la misma época, ofreciendo todos los mismos elementos. Estos elementos del contrato matrimonial egipcio los descompone dicho señor de esta manera:

- «1.º La *aceptación* por la mujer.
- »2.º El dote nupcial.
- »3.º La pensión anual prometida á la mujer, pero en particular para el primer año.
- »4.º La declaración que el hijo mayor de los dos esposos será el heredero de todos los bienes del marido.
- »5.º La promesa formal (de ordinario repetida dos veces) de que el marido *establecerá* como mujer á la prometida.
- »6.º El abono de daños y perjuicios para el caso en que el marido tome otra mujer.
- »7.º La indicación de los objetos moviliarios, ó de otra clase, que lleve la mujer.
- »8.º En fin, la hipoteca muy explícitamente especificada, como garantía para la mujer en el papiro de París, y que parece da á entender también la intervención de los parientes del marido en el acta de Turín, y en su contrato de Leiden, redactado en Memfis.»

Desde luego se habrán notado dos elementos, el primero y el quinto, algo difíciles de comprender y de compaginar.

¿Cuál era el sentido y el alcance de la *aceptación* por parte de la mujer? ¿Cuáles sus derechos en este caso, y cuáles sus derechos sobre su marido y los de éste desde el momento de *establecerla* como mujer? Nota M. Eugenio Revillout que la *aceptación* está siempre en tiempo pasado, y el *establecimiento* en tiempo futuro. ¿Qué quiere decir esto? M. Robiou lo dijo en términos muy poco adecuados para no dar lugar á falsas interpretaciones, pues no se han de usar para actos morales y legales expresiones que despiertan ideas á ellas muy opuestas. La explicación se ha buscado en un papiro griego, el de número 13 que conserva igualmente el Louvre, y que dice así:

«A Polidonio, jefe de la guardia y estratega, de la parte de Ptolomeo, hijo de Amadoco, tracio. Mi madre Asclepias, habiéndose unido á un cierto Isidoro, del burgo de Pita, en virtud de un contrato de *homología* que aquél le dió y por el cual se reconocía, entre otras cosas, haber recibido de ella el dote de dos talentos de cobre por ella llevados, y se comprometía á casarse con ella dentro de un año. Entretanto, ellos habían de tener *sunonoia* juntos como marido y mujer, ella, Asclepias, siendo la señora en común de los bienes. Si él no hacía lo que se había escrito, debía Isidoro devolverle inmediatamente su dote con una mitad más. Pero habiendo en el intervalo muerto Asclepias y heredando de sus derechos,



pues también ha muerto Isidoro, ciertas gentes llamadas Antibios, Isidoro y Eudemos, se precipitaron sobre los bienes que habían dejado, y aun hoy, habiéndose apoderado de ellos, los poseen sin devolver la dote. Te suplico, pues, si esto está demostrado, que obligues



Fig. 149. — Cerámica peruana.

á los dichos á que me hagan justicia, tanto sobre esta cantidad como sobre aquellas que yo pueda fácilmente probar mi derecho, por el interés de los talentos, es decir, primero por 450 dracmas, después (un nuevo) interés de 83 dracmas sobre las cuales he probado igualmente (mi derecho) delante Nicanor, el epistato del burgo. Esto hecho, habré obtenido justicia. ¡Felicidades!»

Es innegable que este papiro nos pone al corriente de lo que debemos entender por *aceptación* y por *establecimiento*, y sobre la naturaleza de estos estados matrimoniales, descubriéndose ya en el hecho, ni singular ni fortuito, de hablarse siempre de la aceptación en pasado, y del establecimiento en futuro. Hase querido sostener el contrato de aceptación como un contrato de esponsalicios, pero entonces, dice con razón Mr. Revillout, «¿por qué hablar con tanto interés del hijo mayor?» Esto no hay duda, que queda explicado en el papiro antes citado y que no hay más remedio que confesar lo que en él se dice, por más que repugne á nuestro sentido moral moderno, así hemos de empezar protestando de lo que dijo Mr. Robiou de una prostitución legal, que con ser legal y constituir el vínculo matrimonial no merecía el nombre de prostitución, sino de acto ó ayuntamiento conyugal, que no hemos de dar nombres modernos á actos que tienen también los suyos en nuestras costumbres.

También rechazamos lo que dice Mr. Revillout «que, á lo menos para ciertos casos, la aceptación iba acompañada de la co-habitación,» ¿cuáles son los casos? ¿dónde se han visto



Fig. 150. — Cerámica peruana.

estas excepciones? Estas reservas no tienen nada de científicas; del matrimonio á prueba, como se le ha llamado en son de burla, á esta forma matrimonial en uso, como sabemos, entre ciertos pueblos salvajes, no se podía esperar hallarlo en tiempos tan bajos, en la época tolemaica, en Egipto, tres siglos antes de Cristo; pues bien, el caso está que estas costumbres, cuyo origen sabemos, se mantuvieron en el mismo Egipto, muy entrada la época cristiana. Véase en prueba la traducción del contrato-copto que aparece en el papiro número 105 del *British Museum*, hecha por dicho Mr. Revillout.

«Yo escribo á mi madre, Elisabeth, hija del difunto Epifanio y cuya madre es María y el marido Abraham. Después de la muerte de mi padre Lula, en el presente año (séptimo de los Sarracenos), he estado en justicia contigo, mi querida Elisabeth, ante los ilustrísimos Atanasio y Víctor, los *lachnes* del burgo, y eso en el santuario del victorioso mártir San Ciriaco, situado en esta ciudad. En presencia del muy reverendo apa Víctor, el sacerdote Archimandrita, tú me has satisfecho con tu juramento prestado delante de San Ciriaco, y yo he partido con vosotros todas las cosas que tenían que ver con la sucesión de mi bienaventurado padre Lula, en oro, plata, vestidos, bronce y toda clase de objetos, ya sea por lo que toca al dote nupcial, ya sea por el dote, ya sea por el año de alimentos, y para todo cuanto pertenezca á toda esta sucesión de mi bien-



aventurado padre Lula, y de mis abuelos Epifanio y María. Yo no puedo decir: yo tengo algún negocio con vosotros, ó yo no poseo cosa alguna en vuestra casa, ni yo, ni hermano, ni hermana, ni primo, ni primo en segundo grado, ya sea por parte de mi padre, ya sea por la de mi madre, y eso (dirigiéndome) á vosotros, ni á hijo que sea vuestro, ni á hermano, ni á hermana, ni á primo, ni segundo primo, ni á pariente, ni á aliado, ni á extranjero, ni á hombre de la casa, ni á cualquier otro que obre en vuestro nombre en modo alguno y bajo ningún pretexto. No puedo entrar en litigio con vosotros, en modo alguno, ya sea ante el Tribunal, ya sea fuera del mismo, ya sea en la ciudad, ya sea en la noma, ya sea en alguna asamblea de la ciudad, ya sea en el pretorio, (en virtud de) constitución alguna variable (imperial) ó *precepción* (proveniente), sea de la autoridad (?), sea de una ordenanza sagrada, sea de alguna orden poderosa y general (de magistratura). Pues yo he partido con vosotros respecto cuanto provenía de mi bienaventurado padre Lula y de mis abuelos llamados Epifanio y María, tanto por lo que hace al oro, como por la plata que depende del dote nupcial, del dote de la mujer, del año de alimentos, del interés, por todo, en fin, lo que yo os he reclamado. Si en tiempo alguno oso, ya sea yo, ya sea alguno de mis hijos y de mis herederos, etc., disputar con vosotros por alguna de las cosas que están comprendidas en las que he enumerado precedentemente, ó por algún objeto precioso ó ínfimo, así se trate de un terrón de cerámica ó de un cordón de sandalias, que desde luego no le aproveche al reclamarte en lo más mínimo su reclamación, sino que, según la disposición anterior, se le tenga por extranjero en la santa adjuración, es decir, en el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que luego, por razón de multa, pague doce holocots de oro puro...»



Fig. 151. — Cerámica peruana.

No podemos, pues, dudar de que la misma forma y costumbre matrimonial de la época ptolemaica vivía en la época cristiana, pues vemos que el dote nupcial que implicaba la aceptación, el dote de la mujer que implicaba el establecimiento de la mujer como esposa, y el año de alimentos relativos al noviciado conyugal subsistían completamente. Esta persistencia de la antigua costumbre, de la antigua ley, nos autoriza á pensar que la inmovilidad egipcia perpetuó hasta muy entrada la época histórica egipcia la organización de la sociedad familiar primitiva. También nos enseña como el cristianismo, que es cosa muy distinta del catolicismo, para poder vivir y establecerse tuvo que transigir con las más repugnantes costumbres, y en verdad, según un oportuno recuerdo de M. Revillout, que «esta transacción, y por igual motivo no la pasó el cristianismo sólo en Africa y en Egipto, sino que vivía en Escocia, en las fronteras de Inglaterra, pues allí la *unión de las manos*, con una muy real cohabitación, precedía al matrimonio; y éste no se celebraba sino al cabo de un año y un día de este noviciado (1).»



Fig. 152. — Cerámica peruana.

Podríase esto explicar diciendo que el cristianismo tardó mucho en entrar en Escocia é Irlanda, y que Inglaterra no estaba muy cristianizada en los primeros siglos de la Edad me-

(1) Pág. 277.



dia; en cambio, el Egipto abrazó muy pronto y hasta con gran fervor el cristianismo y la Iglesia tuvo que pasar por la dura obligación de dar la bendición á unas uniones indignas de los pueblos africanos más abyectos; de todos modos lo que esto prueba es hasta qué punto las costumbres y los hábitos pueden resistir las ideas nuevas, por elevadas y morales que sean, y que no basta predicar un principio religioso para que la sociedad se transforme por arte de encantamiento en un minuto á su imagen, sino que en esto, como en todo, el progreso debe realizarse lentamente, de suerte que lo mismo Dios que los hombres, para vencer, tienen necesidad de transigir con lo establecido. Si esto recordaran nuestros demagogos, no tendrían tantas pretensiones, ni pretenderían reformar la sociedad á su imagen. Dicho se está, pues, que si el cristianismo no pudo acabar con un matrimonio que tan descaradamente mantenía vivas las relaciones primitivas de los sexos, el desenvolvimiento de la religión egipcia sólo pudo lograr que el régimen de la promiscuidad se trasformara en un régimen poliándrico más ó menos extenso, como dice Diodoro, que se redujeran las uniones consanguíneas, como lo da á entender Eschylo; pero lo que no pudo lograr el progreso egipcio, fué emancipar á la mujer de ese rebajamiento de su dignidad y de su valor, que la entregaba á un hombre por un año, reservando á éste el derecho de separarse de ésta con tales ó cuales perjuicios materiales de la doncella que fué si así le acomodaba. ¿Puede adivinarse siquiera el valor que á los ojos de los egipcios tendría la virginidad dada tal costumbre? Pues aquí viene lo realmente incomprensible, pues mientras de un lado parece que la habían de tener en poca estima quienes tan fácilmente podían abusar de ella, del otro tenemos ejemplos repetidos de que la falta de la virginidad implicaba la nulidad del matrimonio. ¿Era esto efecto del alto concepto que nos merece á nosotros la virginidad, símbolo de la pureza del alma, con serlo sólo en realidad del cuerpo? ¿O es que el egipcio, como los pueblos salvajes de que antes hemos hablado, repudiaba á la mujer impura, no por su impureza, sino por haberle robado lo que era suyo? Difícil es formar concepto sobre este particular. Los sentimientos de los egipcios sobre materias tan delicadas, no los dan á conocer sus tratados morales, ni sus novelas, pero éstas nos ponen de manifiesto una sociedad tan sensual y tan poco delicada, que esa prostitución de la mujer, como dice M. Robiou, tal vez respondía á los sentimientos, si no libidinosos, sensuales del pueblo egipcio. Tal vez se trataba solamente de un refinamiento sensual á costa del pudor de la mujer, pero no divaguemos y dejemos que los documentos hablen por nosotros.

Resulta, pues, que al cabo de un año de la aceptación ó esponsalicios, venía el establecimiento de la mujer como esposa definitiva. Hasta aquí hemos considerado el contrato de aceptación que podemos considerar como instituyendo un matrimonio interino, si estamos en lo justo dicho se está que había de celebrarse nuevo contrato el día que la mujer fuese definitivamente establecida como esposa. Pues bien, la suerte ha querido que también llegasen á nuestras manos documentos de esta clase. Sir Gardner Wilkinson, hizo donación precisamente del papiro que confirma plenamente todo lo dicho. Dice así:

«El año 17 Phamenoth, del rey Ptolomeo hijo de Ptolomeo y de Assinal, los dos hermanos mientras que Mennas, hijo de Menetios, era sacerdote de Alejandría, de los dos hermanos y de los dioses Evergetes, y Cleonica, hija de Atis, canefora ante Arsinoe Philadelfa. El escriba... Panope, llamado Petkeck (?)... dijo á la mujer Tuchons (?), hija de Amenhotep: Yo te he establecido como esposa. Yo te cedo tu derecho de esposa. No tengo más palabra que darte respecto de este derecho de esposa. Toma acta de ello. Te reconozco ante todo el mundo.



Nada más tengo que decirte (respecto de este punto). Tú eres mi esposa, yo soy el que se llama tu marido... Toma acta de eso, que yo paso á ser tu marido...» Luego siguen varias fórmulas litúrgicas y donaciones á la esposa.

No se ha tenido la suerte de dar con otro contrato análogo, el citado es único en su género, pero basta para dejar en su puesto lo que hemos dicho, de que al establecer la prometida esposa como esposa definitiva, procedía un nuevo contrato, mejor, una acta explícita de su reconocimiento como esposa.

Ahora hemos de confesar que no sabemos hallar motivo para ver lo que M. Revillout dice en el siguiente comentario:

«La mujer no quedaba por ello entregada al capricho libidinoso de un marido de circunstancias. Tomaba sus precauciones por adelantado, pues tenía que salvar su dignidad y su independencia, en vez de entregarse á la fuerza brutal. Igual al hombre, podía pesar las condiciones de su pacto matrimonial. No se la compraba en el bazar para abandonarla luego, sino que se le daban prendas de fidelidad de las que podía usar con libertad, puesto que, casada ó no, vemos que en los contratos se le adjudicaba la propiedad real y la disposición entera de sus bienes, sin fiscalización alguna. Sin duda, el matrimonio, considerado de esta suerte, parece un contrato bilateral, ¿qué digo? la mujer desempeñaba en él el principal papel: ella dictaba su voluntad á la cual suscribía el marido sin que á ella se le impusiese cosa alguna, y así recibía el dote nupcial, la pensión y la multa, caso que hubiese lugar (1).»

Esta libertad, esta independencia por parte de la mujer egipcia en punto á la libre elección de su esposo, deducida de que para el esponsalicio era necesaria su aceptación, vale tanto como la libertad é independencia en que está la mujer moderna para decir delante del juez ó del sacerdote «sí» ó «no». Admitamos desde luego una cierta libertad de elección, pero ¿podremos suponerla más amplia de la que disfrutaba la mujer de hoy día? La educación, el respeto de la voluntad de los padres, las conveniencias de las familias ¿no obligaba á la mujer egipcia tanto como á la moderna? Pero, se dirá, al fin y al cabo la egipcia podía decir «acepto» ó «no acepto», cosa que ni en Grecia ni en Roma llegó á comprenderse jamás, pues siempre se consideró á la mujer como la mitad del género humano sujeta á la otra mitad, á la mitad fuerte. En esto el Egipto había realizado un progreso, y no hay duda que si hubiese sabido emancipar á la mujer de su sujeción al matrimonio interino, pasara á la posteridad el egipcio como el pueblo emancipador de la mujer. Pero no fué así, y la egipcia continuó hasta su muerte sujeta al matrimonio por aceptación.

Raciocinando como hubiera podido hacerlo una egipcia ó un egipcio en el periodo en que dicha fórmula matrimonial encarnaba con el estado social del pueblo egipcio, sin duda la mujer se defendía de los instintos libidinosos del hombre. Pero en verdad, no hacía más que hacerse pagar sus favores y prevenirse contra sus consecuencias. La mujer se entregaba á condición de que la mantuvieran durante un año, le dieran tal ó cual dote, y se reconociera al hijo que resultara de aquella unión temporal como el legítimo heredero de los bienes de su padre. Si durante el año de la aceptación nacía un hijo podía ser esta circunstancia motivo para pensar en la conveniencia del repudio de la madre. Pero si no había ha-

(1) EUGÈNE REVILLOUT.—*Sur les contrats de mariage égyptiens. Journal asiatique.*—Serie 7.—Tomo X.—Paris, 1877.—Pág. 279.



bido fruto matrimonial, ¿qué consideración podía retener al marido? Ciertamente ninguna, y en este caso ¿cuál era la situación de la mujer? Dentro de nuestro sentido moral hoy reinante, su situación era sumamente vergonzosa. Pero nosotros no tenemos derecho á considerarla así, á lo sumo podríamos decir si se reprochaba á la mujer el no haber sabido imponerse, ó conservar su marido. Pero en lo que atañe al fondo de la cuestión, ésta siempre se presenta bajo el mismo aspecto, el de la estima que los egipcios hacían de la virginidad é inocencia de la mujer. Dicho se está que si la mujer repudiada, despues de un año de cohabitación podía ser considerada como una prostituta legal, su situación había de ser trisísima, pero esto no es dable suponerlo, porque el día que así se viéran las cosas, había de

ser precisamente el día en que acabase el matrimonio per aceptación y establecimiento. Y sin embargo, esta fórmula matrimonial, que desde luego se comprende que, en un principio los padres ó los ancianos de la tribu «aceptarían» en lugar de la mujer, se mantiene á través de millares de años, á través del tiempo, y á través de los cambios de ideas que el tiempo impone. Puede muy bien concluirse de todo esto, que el Egipto no se elevó nunca á la concepción superior del cristianismo, causa de su triunfo y de su estabilidad, á la concepción de una mujer igual al hombre en dignidad, simbolizada ésta en la pureza corporal de la mujer. Nosotros sabemos que las sociedades á medida que van progresando en cultura progresan en pudor, y los positivistas y materialistas han creído decir algo de extraordinario, diciendo «que el pudor no era en el ser humano una cualidad innata, sino un resultado de la educación.» Y así es, en efec-

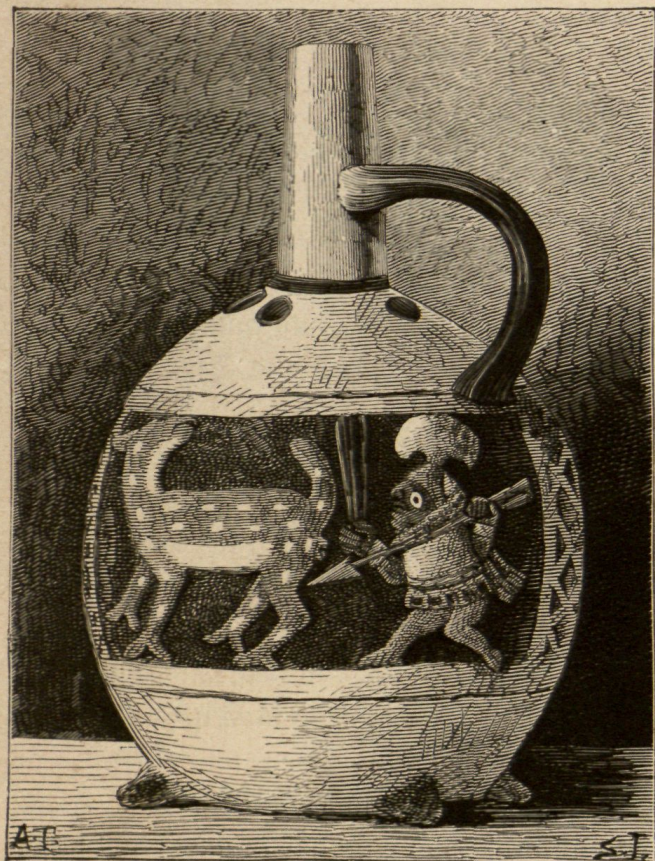


Fig. 153.—Cerámica peruana.

to, y así había de ser, que el ser humano no puede tener conocimiento innato del mal, pues él es, como su sustancia, «bueno», por esto, á medida que se sabe cómo se pierde la pureza del alma sube el carmín al rostro.

Claro está que hemos de sentir muy mucho que tratándose del pueblo que abrió á la humanidad los caminos de su emancipación, no podamos precisar para el transcurso de su desenvolvimiento los diferentes estados ó grados de su emancipación. Hubiésemos querido poder decir, cómo, cuándo y quién convirtió la entrega de la mujer al hombre por su padre ó jefe de tribu en contrato matrimonial; cómo, cuándo y quién sustituyó á la voluntad de los padres la voluntad de las partes contratantes, y notar como á cada uno de estos grandes pasos dados por el camino de la redención de la mujer, sucedía en la familia un nuevo estado de organización que, al elevar á la mujer, elevaba al hombre, despertando en él la idea del amor y del respeto por las cualidades propias de la mujer. Entonces habían de nacer



esos sentimientos caballerescos que tanto ennoblecen al hombre, porque entonces comprendió éste que lejos de haber nacido para dominar á la mujer, había nacido para ser su compañero y protector. Por esto creemos nosotros que se hubiera dicho mejor, diciendo que Dios crió primero á la mujer, y que al verla débil y sola crió al hombre para que le hiciera compañía y la amparara y protegiera; lo contrario es un contrasentido moral y científico, porque se saca precisamente de un ser fuerte un ser débil, cuando había de ser todo lo contrario, pues si no, hay que confesar que en las manos de Dios mismo degeneró la naturaleza humana.

¿Guardó el Egipto rastro en su organización del trabajo en lo que es propio de las sociedades primitivas, ya que en el otro factor de la vida social, la familia, hemos visto vivas todavía en plena época cristiana costumbres propias de las sociedades semi-salvajes? Sin ser tan precisos ni importantes, en efecto rastros quedaron profundos del estado social primitivo en la organización del trabajo.

Véase, como ejemplo, las instrucciones que un jefe de obras públicas dió al encargado de vigilar los trabajos de construcción del palacio del rey Ra-mes-su Mi-amon, que tradujo el infatigable Sr. Maspero y publicó en su libro sobre el *Género epistolar entre los antiguos Egipcios*.

«Has de saber,—le decía,—que el número de hombres puestos á tu disposición está dividido en tres escuadras, teniendo cada una de ellas su capitán, seiscientos hombres en todo, ó sea doscientos hombres por escuadra.

»Hazles arrastrar los tres grandes bloques de piedra que están á la puerta del templo de Mut, y que no se les deje de dar ni un solo día sus raciones de trigo y aceite.

»Recuerda siempre que el número de hombres de que dispones, de repartirlos de una manera conveniente, multiplicarás su fuerza.»

En la larga epístola de la cual hemos tomado las dos recomendaciones anteriores, ni una sola prevención se hace sobre el cuidado de las caballerías, máquinas, etc.; siempre se trata de hombres y no más que de hombres, que nadie esté sin trabajar, que no hagan unos la tarea encargada á otros, que no se ponga á los enfermos en la descarga de las piedras cuando llegue la chalupa que las traiga, etc.

Estas recomendaciones, por otra parte, nos advierten que la organización del trabajo bajo un sistema militar había de ser extremadamente dura, porque la benignidad ha estado siempre reñida con las costumbres militares, y aun cuando creemos que en el caso anterior se trata de verdaderos esclavos, del examen de los documentos resulta que el trabajador, en general, vivía en una semi-esclavitud, pues parece que trabajaba por cuenta de un amo á quien había de entregar parte de los provechos de su trabajo. Si sobre este particular no tenemos noticias concretas y terminantes, como sucede para otros países, tenemos de la condición del trabajador egipcio una pintura exactísima, una pintura que sube acerca de cinco mil años antes de Cristo, un poema, el primer poema del trabajo, una de las obras más antiguas de la literatura egipcia, debido á un escritor de la dinastía duodécima. En nuestro libro este primer canto del trabajo tiene



Fig. 154. — Cerámica peruana.

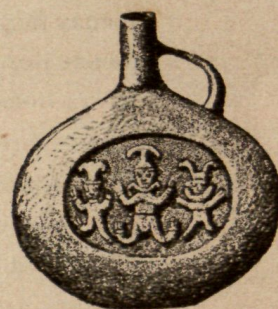


Fig. 155. — Cerámica peruana.



naturalmente un puesto preferente, así lo transcribiremos por entero en aquello que hace á nuestro propósito, tomándolo de Maspero quien pudo vencer las innumerables dificultades que para su inteligencia se presentaban á causa de su antigüedad; luego ya vendrán las explicaciones y comentarios.

Así dice el primer canto del trabajo humano :

- »Yo he visto al forjador en sus trabajos
- »á la boca del horno,
- »sus dedos cual la piel del cocodrilo
- »y apestando como huevo de pescado.
- »¿Tiene todo artesano en metales
- »más reposo que el labrador?
- »Sus campos propios, es la madera; sus útiles, el metal.
- »La noche, cuando podría creerse libre,
- »aun ha de trabajar después de cuanto han sus brazos hecho,
- »aun de noche trabaja á la luz de una antorcha.
- »Busca trabajo el cantero
- »en toda clase de piedras duras.
- »Cuando ha terminado sus tareas
- »y sus brazos están rendidos, descansa;
- »pero como desde que sale el sol está en cuclillas,
- »rotos están sus brazos y espinazo.
- »Afeita el barbero hasta la noche;
- »y sólo cuando se pone á comer se apoya reposando sobre su codo.
- »Va de grupo en grupo de casas en busca de sus parroquianos;
- »se rompe los brazos para llenar su vientre,
- »como las abejas que se comen sus propias obras.
- »Desciende el barquillero hasta Ni-adha para ganar su salario.
- »Cuando ha acumulado trabajo sobre trabajo
- »y ha dado muerte á los patos y á las flamantes, que ha sudado su trabajo,
- »apenas llega á su huerto,
- »apenas llega á su casa
- »que ya tiene que volver á salir.
- »Yo te diré de qué manera al albañil
- »las enfermedades consumen;
- »pues está expuesto á las ráfagas
- »construyendo penosamente, colgado de los capiteles en forma de flor del loto de las casas
- »para alcanzar sus fines.
- »Sus dos brazos se aniquilan trabajando,
- »sus vestidos están desordenados,
- »se corroe á sí propio,
- »y no se lava más que una vez por día.
- .....
- »Cuando tiene pan, entra en su casa
- »y bate á sus hijos.
- »El tejedor en el interior de sus casas
- »es más desgraciado que una mujer.



»Sus rodillas están á la altura de su corazón,  
»no goza del aire libre.  
»Si un solo día deja de fabricar la cantidad de tela reglamentaria  
»se le ata como el loto de los pantanos.  
»Sólo sobornando sus guardianes con dones de pan  
»logra ver la luz.

.....  
»El correo, al marchar á los países extranjeros,  
»lega sus bienes á sus hijos  
»por temor de las fieras y de los asiáticos.  
»¿Qué le sucede cuando está en Egipto?  
»Apenas llega á su huerto,  
»apenas llega á su casa,  
»ya ha de marchar de nuevo.  
»Si marcha, su miseria le atormenta;  
»si no se va, se refocila.

»El tintorero, cuyos dedos huelen  
»el olor de los pescados podridos;  
»sus dos ojos están rendidos por la fatiga;  
»pero su mano no para.  
»Pasa su tiempo cortando harapos;  
»los curtidos le dan ascos.

»Muy desgraciado es el zapatero  
»eternamente mendigando;  
»su salud es la de un pescado reventado;  
»roe el cuero.»

Aun cuando todo lo que antecede no sirve sino de proemio para encarecer el estudio de las letras:

«Yo he visto las artes en acción,  
»y te hago amar la literatura, tu madre;  
»yo presento sus bellezas delante de tí.  
»Ella es más importante que todas las artes,  
»ella sola no es una vana palabra en esta tierra.  
»El que procura desde su infancia sacar provecho y honra,  
»se le envía á desempeñar comisiones.  
»El que de ella participa no vive en la miseria.»

Pues en efecto, el hombre que sabía leer y escribir podía llegar á sacerdote, general, cobrador de contribuciones, gobernador de una ciudad ó distrito, ingeniero, arquitecto, ventajas todas debidas á la posesión de un conocimiento que ya era difícil de adquirir por sí solo, por lo que daba autoridad á quien lo poseía, y hasta hace bien poco tiempo en la misma Europa el saber leer y escribir y contar era una aspiración de las clases obreras y medias, pues la capacitaba para multitud de funciones, y hoy que tan difundido se halla este grado de instrucción, no produce las ventajas inmediatas que en aquel entonces, cuando tanta y tanta gente no sabía leer y escribir, pero no por esto deja de ser una aspiración



general y un deber que se impone todo gobierno; y no es menos cierto que en el caso anterior no se trata de un hombre que no sepa más que leer y escribir, pues el escriba sería un *omni scientia* en Egipto; aun en este caso, aun tratándose de levantar la profesión literaria sobre la servil, no sabemos ver en los versos citados la exageración de que parecen impregnados á los ojos de ciertos egiptólogos; antes al contrario, entendemos que es una descripción naturalista de la vida industrial egipcia. Las callosas manos del forjador, devorado por el fuego de un horno, y por la de un sol implacable como el de Egipto; el duro trabajo del labriego, de día en el campo y de noche en casa; la triste y penosa vida del cantero y del albañil hasta nuestros días entregados á una muerte casi segura en temprana edad, verdaderos proveedores de la tisis, y hoy sólo llevadera gracias á la asociación y á la gran rebaja de horas de trabajo, pues los primeros sólo labran durante siete horas, cuando



Fig. 156.—Cerámica peruana.

no hay quien no les hubiese visto picar piedra de sol á sol; la horrible vida del tejedor encerrado igualmente de sol á sol en húmedos subterráneos, es cosa que nuestro siglo lo ha visto en todas las regiones industriales de Europa, y más adelante se verá comprobado, y aun hoy puede verse aquí y allá donde los obreros tejen con telares de mano en sus propias casas, y esa que puede tomarse por licencia práctica, esa aspiración á ver la luz del sol, la luz del sol, la ha tenido el obrero del siglo XIX, ¡qué mucho, pues, que en el siglo XIX antes de Cristo fuera una realidad, si cuarenta siglos más tarde aun lo era! No, no hay exageración en el cuadro del escriba Duau-se Kharda á su hijo Papi,

aun cuando su objeto no fuera otro que excitar á su hijo al estudio por el porvenir de miserias que le esperaba de descuidarlo; la vida del industrial egipcio tal como resulta de lo dicho, es un cuadro exacto de la vida del industrial español en general, hasta el año 1868. Los egiptólogos á quienes hubo de parecer exagerado, desconocerían seguramente las condiciones á qué ha estado sujeto el trabajo industrial hasta nuestros días.

El gran elogio dado al trabajo literario, es á nuestros ojos un ditirambo escrito en favor de la instrucción, una excitación á la juventud egipcia para que salga de la ignorancia y del embrutecimiento de los siglos pasados, para que se ponga en condiciones de poder cuidar de sus intereses y de los intereses públicos, porque es de ver que en Egipto si bien la población estaba dividida en clases según resulta de lo dicho por Herodoto y Diodoro, que no concuerdan ni en el número, ni en las clases, y por cierto, que las que citan unas parecen el resultado de una estadística de profesiones y no otra cosa, y esto es lo que nosotros creemos, los egipcios no nacían sujetos, adheridos á la clase, de la que no podían salir, y en la que nacían y morían, condiciones éstas de la verdadera clase, de modo que, en rigor, todo encomio de la instrucción era una excitación revolucionaria que hallaría seguramente eco en las clases superiores y libres, sin que por esto dejase de producir sus efectos en las bajas de donde irían saliendo los más aptos, ni más ni menos como ha ido sucediendo hasta nuestros días.

Así, pues, ora se trate de Duau, ora de Amonem-Apt á su discípulo Pen-ta-ur, nombre célebre en la historia literaria, nosotros, repetimos, no vemos más que discursos como los que en nuestros días han hecho los adeptos de la democracia en favor de la instrucción del pueblo. Amonem-Apt escribía á Pen-ta-ur:



«Cuando hayas recibido esta carta, que tu corazón no revolotee como una hoja azotada por el viento; que tu corazón no descuide lo que es bueno que un hombre haga; que tu corazón no persiga más los placeres de la ociosidad.

»Que no brilla el que hace los trabajos manuales de un jornalero; pues no inspira respeto. Haciendo trabajos manuales, se hace uno servidor de los magistrados establecidos encima suyo; haciendo trabajos manuales, no puede manifestar uno su valor. Sus trabajos son desagradables; no tiene criado que le lleve su agua, ni criada que le lleve su pan. Los otros descansan á su voluntad, pues sus criados les ayudan.

»El hombre que no tiene corazón se ocupa en trabajos manuales, fatigando en ellos sus ojos. Pero el que comprende el mérito de las letras y se ejercita en ellas, se levanta por encima de todos los poderosos y de todos los cortesanos de palacio. No lo olvides.»

Como se ve, si hay verdadera afectación en rebajar los trabajos manuales para enaltecer el del escriba, no se comprende que se depriman tanto y tanto por hombres de letras, á quienes no se podía ocultar la injusticia social cometida con el trabajador. Por alta que fuera la posición y condición del escriba, no lo era tanto que pudiera mostrar tan solemne menosprecio por las artes industriales, pues la clase de los escribas precisamente no podía recoger nuevos adeptos sino en la de los artesanos. Esto no le quita ni un ápice á la desconsideración con que miraba la sociedad egipcia primitiva el trabajo manual, pues si éste ha llegado hasta nosotros punto menos que infamado, si hoy por hoy la suprema aspiración de la clase artesana es hacer de sus hijos hombres de carrera, sustrayendo así á los que pudieran heredar las aptitudes del padre al trabajo manual para hacer de ellos «señores», como vulgarmente se dice, y en rigor «esclavos de la levita», ¿cómo este horror y asco por el trabajo manual no había de existir en una sociedad primitiva, en una sociedad fundada sobre la fuerza, mantenida por la fuerza, y sin otro culto que la fuerza?

Pero no podríamos tener exacta cuenta de las condiciones del trabajo en Egipto, si no nos hiciéramos cargo de las condiciones económicas en que hubo de desenvolverse.

Atribúyase al horror del pueblo egipcio por las expediciones navales la causa que se quiera, lo cierto es que el egipcio no gustaba de otra navegación que la del Nilo. Verdad es que en los tiempos de su mayor profundidad, cuando después de la expulsión de los Chetas ó Pastores, fué á vengarse de éstos en su propia patria, aparecen por primera vez las armadas egipcias en el Mediterráneo, pero esto sucede cuando ya los Kefat ó Fenicios lo han recorrido llevando á todos lados los gérmenes de la civilización fénico-egipcia, pero antes de este periodo cabe asegurar que el egipcio no se alejó mucho de sus costas, en suma, el egipcio se nos presenta desde luego tal como hoy es, un pueblo anti-comerciante.

Nosotros creemos que el comercio egipcio hubo de ser siempre muy pequeño, pues salvo de metales ¿de qué podía estar escaso un pueblo á quien su sagrado suelo daba el bendi-

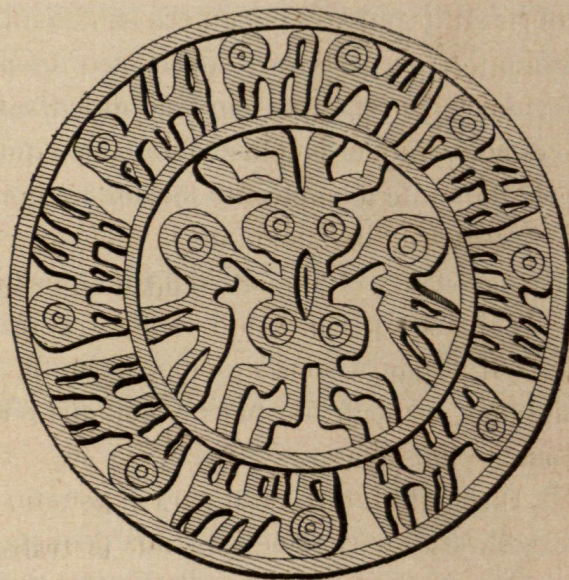


Fig. 157.—Disco de bronce peruano.



to pan en abundancia para sostenerse, y el limpio y blanco lino con ~~no~~ **menos** abundancia para vestirse? Pudo el Egipto desde muy pronto establecer un comercio serio con los pueblos del Asia menor, trocando con éstos sus productos industriales por sus primeras materias, es decir, por las que podía necesitar la industria egipcia, y lo que prueba que este comercio cuando se estableció no partió de la iniciativa egipcia, es que tan pronto lo hallamos establecido reviste todos los caracteres asiáticos. En efecto, cuando el comercio se presenta bajo su forma comercial, como contrato de compra y venta, y no como un cambio, nos da á conocer una invención que habia de revolucionar el mundo, la invención de la moneda. Esta es una invención asiática del Oriente ó del Occidente, cuya concepción primitiva los documentos egipcios nos permiten establecer, y que vienen por su parte á confirmar el sistema monetario de la inmóvil China.

Imagínese por un momento cuál habia de ser la condición del trabajo durante los siglos ó centenares de siglos en que no recibía por su trabajo más premio ó precio que tal cual cantidad de víveres para su manutención y la de su familia, y tal cual cantidad de tela para cubrir su desnudez. Imagínese con cuánta dificultad habia de poder colocar el trabajador su sobrante para procurarse otra clase de productos, como no se los suministrara igualmente el amo, y con cuántas mayores dificultades habia de luchar si quería economizar por las dificultades inmensas é insurmontables que le ofrecía el almacenaje de granos, etc., por la imposibilidad de disponer de locales apropiados y convenientes á dicho objeto. Por esto hay que estimar la invención de la moneda como una de las más fecundas para el progreso de una sociedad y el fomento del lujo, pues permite acumular el superfluo, pues la invención de la moneda permitiendo cambiar el trabajo, no en especies, sino con una especie general de fácil y segura conservación, permitía la economía y el ahorro, permitía la formación de capitales, es decir, de fuerzas con que poder levantarse y levantar á los hombres de su prostración y miseria.

Un punto interesante para el estudio del primer estado social humano que en Egipto nos es dable estudiar, tiene sólo una pequeña nota en Herodoto, nota que podríamos llamar la primera en punto á la estadística del trabajo ó á su distribución. Hoy que vemos como las naciones más ilustradas se empeñan tenazmente en arrancar á las mujeres del trabajo fabril, y de todas aquellas otras ocupaciones contrarias á su sexo, y á los miramientos que á éste se deben, hoy podemos estimar como el país más culto y más ilustrado aquel en que la mujer se libre sólo á ocupaciones propias de su sexo y bajo las condiciones de moralidad y respeto que á la mujer se deben, no por preceptos urbanos que el hombre está siempre dispuesto á romper cuando no le acomoden, sino porque no deben depositarse en el seno de la mujer más que aquellos altos sentimientos y aspiraciones de que deseamos sean modelo nuestros hijos y que deben beber con su jugo alimenticio. Esta condición ha de predominar por encima de todas, y á su lado nada significa la del peligro que quiere la renovación de la población de estar la mujer constreñida á un trabajo que aniquile sus fuerzas, pues aun cuando dicho está, no sería posible dicha renovación de una manera conveniente á la especie humana, si la mujer cargara con el peso absoluto de los trabajos pesados, y ésta es tal vez la principal razón, ó á lo menos con la de las subsistencias una de las principales del escaso incremento de la población de los pueblos salvajes; la humanidad preferirá siempre una *mens sana* á un *corpore sano*, pero como precisamente esa su suprema aspiración de unir una *mens sana in corpore sano* no se realizará jamás en las condiciones actuales de los pue-



blo salvajes, de aquí que por todos los pueblos cultos se procure no sólo robustecer el cuerpo de la mujer, sino su espíritu, y en verdad podría decirse que la historia de la emancipación de la humanidad es la historia de la emancipación de la mujer. Por lo demás, nosotros tendremos ocasión de ver demostrada esta verdad en el curso de nuestro trabajo, y entonces veremos como en el orden social, ó humano, todo progreso definitivo coincide con un grado de la emancipación de la mujer.

Hemos visto anteriormente, al tratar de los pueblos salvajes, como en todas las latitudes el hombre ha empleado su fuerza en someter á la mujer á las más rudas ocupaciones, hasta el punto de que tenemos pueblos que nos ofrecen el ejemplo de hombres entregados á las ocupaciones caseras interin las mujeres se libran al trabajo del campo. Hemos visto también á la mujer convertida asimismo en acémila cuando la tribu levanta ó traslada á otra punto su campo, en fin, hemos visto al hombre solo guardar para sí la caza, la pesca y la guerra, junto con la confección de los útiles y armas necesarias para ello, abandonando por entero las demás ocupaciones á la mujer. Y también hemos visto como á medida que la tribu progresa, progresa el estado social de la mujer, notorio en una más justa distribución de las cargas del trabajo, ó sea entregándose el hombre al trabajo industrial. Cuáles sean las razones ó leyes naturales que determinan este primer estado social las hemos señalado, y por consiguiente, de ellas hemos de ver rastro forzosamente en las primeras manifestaciones históricas de los antiguos pueblos, so pena de que con razón puedan tacharse de falsas nuestras conclusiones.

Así vemos á Herodoto (1) notar con gran sorpresa una que le parecía singular costumbre entre los egipcios, y era la de que mientras los hombres se quedaban en casa tejiendo, las mujeres se entregaban á todas las operaciones del comercio. Esta particularidad es un resto evidente de aquel primer estado en que la mujer había de cuidar de todo mientras el hombre atendía á los asuntos domésticos, y esto nos dice que de habernos conservado los antiguos historiadores mayores noticias del estado social de los egipcios, viniéramos en conocimiento de cómo se va transformando el estado primitivo semi-salvaje. Esto sabido, nosotros estaremos muy lejos de ver contradicción entre Herodoto y Diodoro, cuando éste nos dice «que en Egipto la mujer domina al hombre.» Diodoro no podía darse cuenta ni adivinar el porqué de este predominio de la mujer, y así vió la causa de ello en la «costumbre que en Egipto, al revés de lo que sucede en otras naciones, consiente el matrimonio entre hermanos; ejemplo el de Osiris y de Isis. Esta en efecto, habiendo cohabitado con su hermano Osiris, juró, después de la muerte de su esposo, no consentir que la tocase hombre alguno, persiguió al asesino, reinó según las leyes y colmó á los hombres de grandes bienes. Todo eso explica por qué la reina tiene más autoridad y goza de mayor respeto que el rey, y por qué entre los particulares la mujer domina al hombre, y por qué entre los casados se estipula, conforme á los términos del contrato dotal, que el hombre obedecerá á la mujer (2).» Lo que se estipulaba y lo que significaban les bases del contrato matrimonial ya lo sabemos por detallado, y sabemos que Diodoro no comprendió su naturaleza. El predominio de la mujer en la casa, efecto de dichos contratos, nacía de la propia naturaleza del contrato matrimonial, pues desde el momento en que éste podía romperse más ó menos según el capri-

(1) HERODOTO.—Historia.—Libro II.—Pág. 25.—Edit. del *Panthéon littéraire*.

(2) DIODORO.—*Biblioteca histórica*.—Libro I, págs. 1, 27, etc.



cho del marido, la mujer había de precaverse contra sus veleidades y devaneos. Por esto es de sentir que ni los documentos, ni los autores, nos hayan conservado detalladas noticias de la lucha sostenida por la mujer en Egipto para su emancipación, pues es indudable que supo resistir valientemente, como lo indican los dichos contratos matrimoniales, pues si no pudo ó no supo sustraerse á los instintos libidinosos del hombre, supo reservarse el



Fig. 158.—Trabajo en hueso.

respeto de su condición, y esto le dió una cierta consideración que, andando el tiempo, fué desarrollándose hasta obtener un puesto distinguido en la sociedad egipcia, á pesar de haberla rechazado de las funciones sacerdotales que siempre guardaron como privilegio exclusivo del hombre, pero aun cuando esto sea exacto, tampoco es esta la razón que muchos autores dan y últimamente ha reproducido M. Rene Menard (1), de llevar los hombres preferentemente el nombre de la madre.

La filiación materna, cuyo origen hemos indicado, se mantiene casi constantemente en virtud de las costumbres matrimoniales, pues aun cuando sea exacto que las mismas reservas de la mujer dejaban en su puesto la filiación paterna del hijo, como quiera que estos seguían á la madre, como hemos visto, el nombre de la madre era el que debía prevalecer, por causa de su origen y de la costumbre.

Cierto que para las épocas posteriores de Egipto tenemos abundantes detalles, suministrados por sus cuentos, novelas y demás documentos literarios y litológicos acerca de su estado social, pero el Egipto de este período ya no nos interesa. Ya no es el Egipto, cuya influencia en la civilización es decisiva; por el contrario, el Egipto está abierto á todas las influencias extranjeras, y su estado social, su cultura, todo se extranjeriza hasta el punto de olvidar su antigua y pintoresca escritura jeroglífica, lo que no tiene nada de extraño dado el progreso de los tiempos, sino lo que es incomprensible, su lectura, de modo que antes de desaparecer el antiguo Egipto bajo la cimitarra de los árabes, hacía ya siglos que los Egipcios habían dejado de leer sus antiguas inscripciones, esperando un Champollión para que

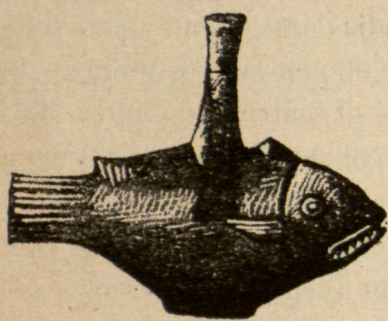


Fig. 159.—Cerámica peruana.

les diera á conocer su lengua y su misteriosa clave. Y como por este tiempo ya no es el Egipto, ni en Europa, ni en África, ni en Asia, un foco de civilización, las singularidades de sus costumbres no trascienden, cualquiera que sea la persistencia del tipo egipcio, del tipo físico y moral, sobrenadando siempre por las aguas, ora tolemaicas, ora romanas, árabes ó turcas.

Con sentimiento, pues, hemos de abandonar ese campo de observaciones y declarar que nada sabemos, no del origen de la prostitución, que éste es conocido, sino de la condición legal de las prostitutas, cortesanas ó como quiera llamárselas, punto sumamente interesante para explicar el desarrollo de la civilización antigua, y del influjo de la mujer en la Sociedad. Verdad que para una época en la que aun la Grecia vivía en la edad prehistórica, cuando ni aun se podían presentir las Lais, las Aspasia, etc., el Egipto tiene ya un código

(1) *La vie privée des anciens.—La famille dans l'antiquité.*—La vida privada de los antiguos.—La familia en la antigüedad.—Pág. 4.—París, 1881.



de máximas morales, el del escriba Ani, dirigida á su hijo Khous-hospu para su gobierno, en el que le previene «que se guarde de la mujer forastera, desconocida en la ciudad. No la frecuentes, le dice, pues se parece á todas las de su condición; no tengas tratos con ellas. Son como una agua profunda, cuyas vueltas son desconocidas.» Pero esto no nos ilustra sobre lo que más nos interesa, esto es, sobre su importancia social, sobre su acción en la vida del pueblo Egipto: pues aun cuando no creemos que desde luego tuvieran las cortesanas de Menfis y de Tebas el brillante séquito de las griegas, aquí el problema social que pide su resolución, el de esas brillantes meretrices á cuyo alrededor giraban los grandes hombres de la antigüedad, se presenta complicado, si no con la concurrencia de las mujeres abandonadas por sus maridos, por la sociedad que éstas habían de formar precisamente, ya vivie-

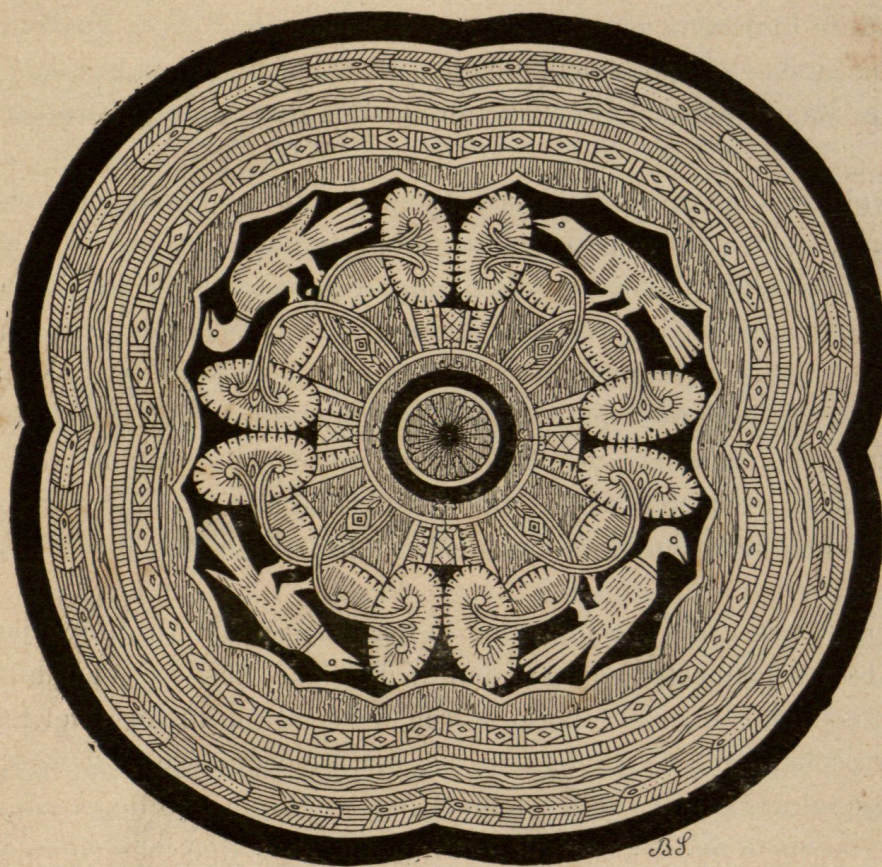


Fig. 160.—Taraceado de cobre sobre una calabaza.

ran libres en su estado de repudiadas, ya recatadas guardando la fidelidad de su primer amor, del respeto de sí mismas, ó bien con su decoro y dignidad las de sus hijos.

Dejando, pues, este punto para más adelante, que será cuando podamos autorizar nuestras conclusiones, desde luego podemos decir que en Egipto no encontraba la mujer galante teatro á propósito para su vida, pues la naturaleza del lazo matrimonial creaba á su lado forzosamente, aun cuando nada sepamos de ello con certitud, una clase de mujeres ilustradas, y capaces de disputarles la dirección del espíritu público; porque, digámoslo desde luego para que nadie se asuste ni se escandalice, que la prostituta se llame Safo ó María de Magdala (Santa Magdalena), lo que la constituía con su carácter propio en la antigüedad no era el vicio sensual, único principio de los lupanares de la Edad Media y modernos, sino su superior ilustración sobre el común de las mujeres de su tiempo, y su condición de mujeres



libres en medio de una sociedad que tenía relegada á la mujer en el fondo del gineceo, sin más derechos que el de tejer el lino y bordar, y dar hijos á su esposo y amo, viviendo así en una condición de inferioridad absoluta, de la que las redimió en parte el republicano romano, pero de la que no las redimió en absoluto sino el fecundo cristianismo.

Esto dicho, creemos ya haber ganado la confianza de nuestros lectores, que con nosotros verán la vida de Egipto transcurriendo tranquila y dulcemente, no por cierto exenta de grandes perturbaciones, pero sin que jamás esas grandes perturbaciones afecten el interior de las cosas, de modo que las grandes revoluciones que implica el hecho de pasar la capitalidad del Egipto de una ciudad á otra, son puramente externas, las instituciones políticas, el modo de ser del país debía ser y continuar forzosamente siendo el mismo.

Precisamente el único gran movimiento que hubo de afectar poderosamente la situación política é interna de Egipto, ocurre al apuntar el período histórico. Es Mena el primer rey del Egipto, el que funda el Estado laico, digámoslo así, porque por lo que sabemos y podemos rastrear, antes de Mena estaba el Egipto sometido á la dirección política de un cuerpo sacerdotal.

Que esta revolución fué extraordinaria y grande, nada nos convence tanto de ello como la oposición franca, clara y categórica con que se presentan enfrente de Mena las tradiciones sacerdotales y las tradiciones populares. Y merece á este fin notarse dos cosas; primero, que todas ellas concuerdan con presentarlo como un rey enérgico, emprendedor, activo, dispuesto siempre á realizar grandes obras y cubriendo el Egipto entero de templos, canales, diques y toda clase de construcciones útiles; segundo, que esta esplendente civilización en los albores de la historia nace ya con la maldición de los vencidos, de los moralistas-sacerdotes, pues es para los hombres á quienes enseñó Mena á no moverse del lado del dios á quien se habían consagrado, obra de la depravación de las costumbres, obra *del lujo*.

No queremos que se crea que forzamos la máquina; es decir, que forjamos los hechos para que encuadren con nuestra teoría ó punto de vista. Máspero, el hombre más competente, como hemos dicho, en todo cuanto se relaciona con la historia del Egipto faraónico, nos justificará, y probará que desde *illo tempore*, para cierta clase de gentes, la civilización con todos sus esplendores no ha sido en todo tiempo más que lujo depravado y abominable.

«Mena, dice, tal como nos lo presenta la tradición, es el tipo más completo del monarca egipcio. Es á la vez constructor y legislador: funda el gran templo de Phtah en Menfis, y organiza el culto de los dioses. Es guerrero y conduce expediciones militares fuera de las fronteras de Egipto. La historia sacerdotal, severa para el hombre que había rebajado la autoridad de los sacerdotes, atribuye un fin desgraciado á una vida tan brillante, pues hace morir á Mena bajo los dientes de un hipopótamo, después de haber reinado sesenta y dos años.

«La leyenda se apoderó muy pronto de su nombre. Se contó que había perdido á su hijo único en la flor de su edad: con ese motivo el pueblo compuso un canto fúnebre intitulado Meneros, cuya música y palabras se fueron transmitiendo de siglo en siglo. Hízose de Mena un rey amigo del lujo: atribuyósele la invención del arte de saber servir una comida, y de haber enseñado á sus súbditos la manera de comer tendido en un lecho.» (1)

(1) MASPERO, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*.—París 1876, págs. 55 y 56.



En efecto, esto es lo que dice Diodoro en su *Biblioteca histórica* I-XLV, pero aun dice más, pues añade á la mesa y al lecho la «introducción de ricos tapices, en una palabra, el lujo y la suntuosidad.» No hemos, pues, inventado nada cuando asegurábamos que en la historia de Egipto aparece el lujo con todos sus esplendores con los principios de su monarquía histórica, junto con las maldiciones de los sacerdotes vencidos y destituidos, convertidos en órganos de la moral pura é intransigente.

De las instituciones políticas de Egipto durante las primeras dinastías, sabemos poquísima cosa, pues la historia de tan remota época ha llegado hasta nosotros en estado muy fragmentario, y hasta reducida á meras indicaciones. Pero merece notarse una invención sacerdotal posterior al reinado del sucesor de Mena y que nos da en un símbolo la historia primitiva de Egipto, y á la vez el de la entera historia del pueblo faraónico. Decían éstos, según Aeliano, que en el primer año del reinado de Teta, hijo y sucesor de Mena, apareció en Egipto una grulla con dos cabezas, «presagio de larga prosperidad.» Esta invención, símbolo de la alianza del sacerdocio con la monarquía, es todo lo que sabemos de la historia de Teta. Además se le atribuyen á él y á sus sucesores la construcción de grandes monumentos: el palacio de Menfis, las pirámides de Ko-kome, etc. Lo más notable de la segunda dinastía, de cuyos reyes apenas sabemos otra cosa que sus nombres, implica una de tantas revoluciones como sufrió el Egipto, parecidas en su proceso á una tempestad dentro de un vaso de agua, por no conocerse sus detalles. Pero, no hay duda que lo ocurrido durante el reinado de Bainouterou el Binothis de los griegos, fué de lo más trascendental, pues se concedió á las mujeres de sangre real el derecho de sucesión al trono, «obligados á ello, dice Maspero, por razones religiosas y políticas. En Egipto, no era el Rey como en otras partes un hombre encargado de gobernar á los otros hombres. Sucesor y descendiente de las divinidades que habían reinado en el valle del Nilo, es la manifestación viva y la encarnación de Dios: hijo del Sol (*Se Ra*), como cuida de proclamarlo muy alto donde quiera que ponga su nombre, la sangre de los dioses circula por sus venas y le asegura el soberano poder. Claro está que en tanto la posteridad de varón no faltó á los reyes, las hijas, relegadas al gineceo, no tuvieron derecho alguno á la corona. Cuando faltó la línea masculina, antes que dejar caer la monarquía en manos de una familia humana, acordaron que las hijas también podían perpetuar la raza solar, y se les concedió el derecho de sucesión. Desde entonces, cuantas veces una dinastía estaba á punto de perderse, el fundador de la nueva dinastía, cuyo mayor cuidado se fundaba en adherir la antigua á la nueva familia divina, se casaba con las princesas de sangre real, ó las daba por mujeres á sus hijos. Esta unión reanudaba la cadena un momento interrumpida de las dinastías solares, legitimando de esta suerte la usurpación.» (1).

El Egipto es, pues, desde un principio una monarquía absoluta y teocrática, como no se haya visto jamás otra igual, y como en ningún otro país se haya presentado jamás tan persistente en el curso de su historia.

Esta unión del rey con el sacerdocio se selló el día en que éste consintió en que sólo el monarca pudiera entrar en el santuario del Dios, porque en una época en que el oráculo divino tenía tan grande importancia, la tenía grandísima el que fuera el rey quien recibiera solo ante Dios la comunicación de su voluntad. Así se aseguraba el secreto de lo que no convenía que se hiciera público, y así se podía sermonear al rey sin mengua de su dignidad.

(1) MASPERO.—*Idem idem*, págs. 57 y 58.



Aun cuando no está probado que este privilegio fuera exclusivo en todos los santuarios, el hecho de serlo para los más célebres é importantes indica para nosotros que el rey dejó á un lado aquellos que tenían escasa significación ó influencia. Este privilegio debía naturalmen-

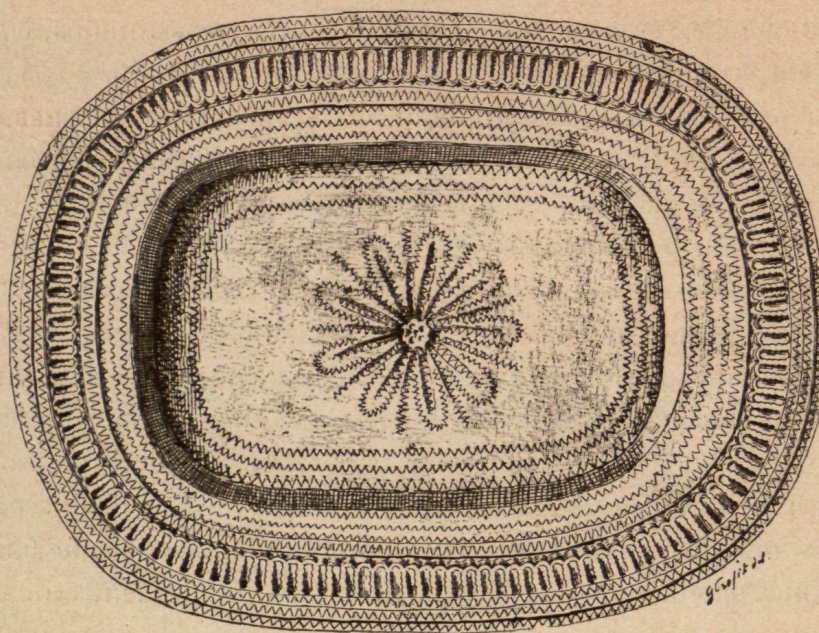


Fig. 161.—Plato en piedra moderno de Ayacucho.

te, á la vez que le abría las puertas del santuario del Dios, abrirle las de la divinidad. Y así era en efecto. Apenas moría un rey, ya era declarado dios, y como tal tenía culto y clero. Esto nos dice cuán grande no había de ser la legión sacerdotal que desgranaba las doradas

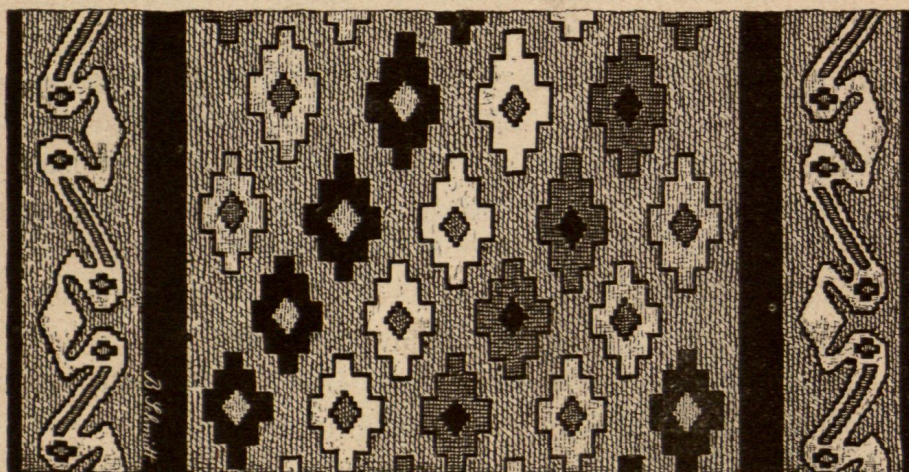


Fig. 162.—Mortaja de una momia de Paramonga.

espigas del pobre agricultor egipcio en provecho propio, y cuán abundantes no serían los santuarios consagrados á tantas y tantas divinidades.

Divinizado el rey, el esplendor de su corte y de todo cuanto rodeaba á su persona era forzoso que tuviera algo del esplendor divino, y desde luego se comprende que esta concepción de la monarquía había de ser para el Egipto una inagotable fuente del lujo cuyas aguas corrían con mayor ó menor pureza, según salieran de la fuente. Esto explica por qué es casi



imposible distinguir en las representaciones del fausto en Egipto las propias de la autoridad civil ó real, de las de los dioses. Dios viviente en la tierra, tiene derecho lo mismo que el del cielo á una igual adoración. Y en efecto, las pinturas de los templos y palacios nos presentan á los súbditos del faraón ante éste en la misma postura en que los vemos ante los dioses. Además, los atributos de la divinidad son los mismos que usan los reyes en vida, ¿y cómo no si, sobre ser de su misma sangre, tendrán luego que ser representados forzosamente como el sol al dejar de existir en la tierra?

Imagínese ahora un orden de ideas tal hasta qué punto había de afectar las relaciones sociales del pueblo egipcio y su modo de ser, ¿pues no habían de gozar de cierta veneración los que estaban en contacto continuo con los semi-dioses que gobernaban el Egipto? El ceremonial civil, lo mismo que el religioso, comunes en su esencia, sellaban todas las relaciones de la sociedad egipcia con un tono de respetuosa adoración ó sumisión á la autoridad, sea la que fuera, que había de producir un formalismo exigente é imperante del que no se podía salir, no sin desdoro de la etiqueta y de las conveniencias, sino sin desdoro de la misma autoridad por consideración á su origen.

Conservaron además los reyes, independiente de todo otro poder del Estado, la autoridad política, y ésta hubo de ser la revolución acaudillada por Mena; y disponiendo de ella en absoluto, la paz y la guerra, es decir, la felicidad y la desdicha de sus súbditos estaban en manos exclusivas del rey. Como jefe político de la nación, aparecía en todas partes como jefe semi-divino, y por consiguiente, lo mismo en el ejército que en el tribunal, era el dios vivo el que se presentaba ante los generales y los soldados lo mismo que ante los jueces. El ceremonial, pues, el culto de lo divino, en la encarnación humana del rey, se introducía en todas partes y bajaba á todas las jerarquías. Semi-dios el gran magistrado, el simple alguacil participaba en algo de ese elemento de lo divino que por todas partes se encontraba. ¿Cómo, pues, no había de vivir tranquilo y sosegado el pueblo egipcio cuando dios mismo se tomaba el encargo de dirigir personalmente los negocios del Estado?

Resultaba además, como cosa propia de la cortesanía en todos tiempos y en todos los países, que los allegados al monarca procuraban imitar á éstos en cuanto podían, y por lo que antes dicho queda, el fausto y boato de la realeza no sólo se hacía sentir en las personas y casas de los magnates, sino en lo que podríamos llamar su vida externa. «Sacerdotes de primera categoría, generales y oficiales del ejército, grandes funcionarios civiles, sin pretender rivalizar con el esplendor de los monumentos reales,

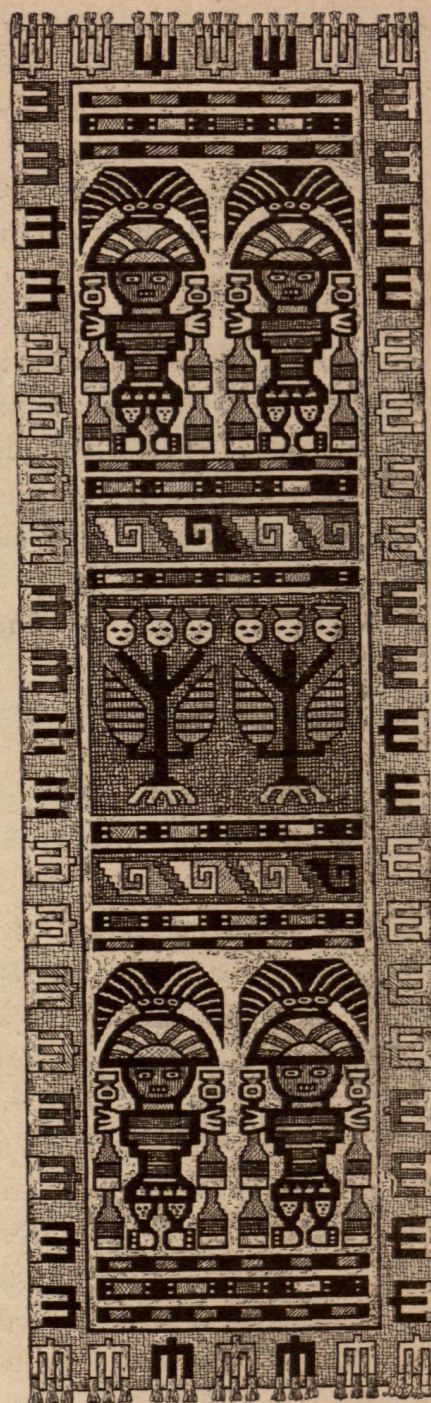


Fig. 163.—Mortaja de una huaca del Gran Chimú.



consagraban, también ellos, estelas é imágenes de la divinidad, capillas erigidas á su costa: pero era sobre todo por el lujo de sus tumbas»... (1) en lo que más se distinguían.

¿Se comprende ahora con cuánta razón se dice que el arte, que el lujo egipcio tiene un carácter esencialmente religioso? Cuando á todo toca la influencia de lo divino, cuando todo está impregnado de su esencia, ¿qué tiene de extraño que los símbolos religiosos del Egipto, que todo lo más característico del arte religioso, se refleje ó se encuentre en los monumentos civiles, y en las obras de las artes bellas industriales? El rey, con ser rey, era también dios: ¿podía dejar de recordar á sus súbditos en todas las circunstancias ese carácter primordial? ¿Cómo, pues, no habían de aparecer aquí y allá sus símbolos, es decir, los símbolos de esa divinidad espiritual y real que tenía en sus manos los destinos del pueblo egipcio? Hemos, sin embargo, indicado, y aquí lo repetiremos, que después de las observaciones técnicas de Soldi sobre la escultura colosal de los primeros tiempos, que esa influencia teocrática ó sacerdotal no la consideramos nosotros desde el punto de vista en que hasta hoy se ha hecho y continúa haciéndose por eminentes historiadores del Arte. Nosotros creemos con Soldi que esa forma rígida, ese envaramiento de la escultura colosal en piedra del Egipto, y su figuración, es un resultado de la técnica: que luego la religión consagrara é impusiera los tipos creados por el Arte, nada más natural dentro del orden de ideas lógico del desenvolvimiento del sentimiento religioso. Aquí conviene no olvidar que lo que en Egipto se llama influencia sacerdotal, tiene el mismo nombre en Grecia, y en todas partes: esto solo nos debe poner alerta, y no dejar que el error se apodere de nuestro espíritu. La escultura hierática no tiene por base la imposición sacerdotal, la imposición de una idea, sino las exigencias de una técnica atrasada y defectuosa. Es á la material imposibilidad en que en un principio se encontró el artista egipcio de despegar la estatua de la masa, á lo que se debe que sus estatuas colosales aparezcan pegadas en su mayoría á un plano. Más tarde esto es la excepción. Y es la excepción cuando se principia á labrar las estatuas con útiles de acero. Por la misma causa los miembros del cuerpo humano no se despegan del cuerpo; y con sólo observar que las estatuas de madera de la misma época se mueven á todos lados con la misma libertad, había, á nuestro ver, motivo más que suficiente para dudar de la razón con que se atribuía á una influencia extraña al artista lo que es evidentemente un resultado de la técnica.

Si se recuerda lo dicho, se adivinará la sorpresa que ha de causarnos á nosotros la que afectan ciertos panegiristas del Egipto al ver que el arte egipcio sube como D. Juan Tenorio á los palacios, y como él desciende á las cabañas. Ya hemos dicho la íntima y estrecha relación que une á todos los órdenes sociales del Egipto. Y si nada hemos indicado hasta ahora del elemento militar, es que éste se presenta en Egipto, digámoslo así, como una especie de guardia civil aristocrática. «Vivía el soldado y el oficial á expensas del Estado en el territorio de su guarnición, en donde se le daba para su sostenimiento una cierta extensión de tierras que hacía cultivar, pues le estaba severamente prohibido todo ejercicio mecánico, y cuyos productos ó frutos no pagaban nada al fisco. Esa aristocracia militar contaba, según Herodoto, cuatrocientos mil individuos, es decir, cuatrocientos mil hombres pudriéndose en la holganza y fomentando el vicio. Sin embargo, el lujo y el arte no tomaron como en la Edad media cristiana un tinte militar. Los soldados egipcios participaban demasiado de los defectos y virtudes del pueblo del Nilo, para diferenciarse en lo más mínimo. Es por esto que

(1) PERROT y CHIPPIEZ.—*Histoire de l'Art Egypte*, etc., pág. 35.



confundido el elemento militar con los demás elementos directivos del Egipto, contribuye á que el arte y el lujo descendan hasta las últimas capas, presentándose vivo en todas partes.

»El arte egipcio, fiel espejo de la sociedad, concede una larga parte á la representación de esta actividad fecunda que había creado y sostenido la riqueza de Egipto; así no olvida ni los juegos, ni los placeres, á los cuales pedía ese pueblo laborioso un descanso y refección del todo necesarios. El rey conserva siempre el primer puesto en él, por la importancia de los monumentos religiosos y funerarios que levanta, así como por el número y dimensiones de las imágenes destinadas á conservar su fisonomía: pero por lo menos sus efigies y cuadros al decorar dichos edificios nos lo presentan bajo diferentes oficios y aspectos cuya variedad corresponde ciertamente á las diversas fases del genio nacional, y á las diferentes manifestaciones de su fuerza y de su vida. Además, en el rico conjunto de figuras aisladas, y de grupos ó escenas que nos ha dejado el antiguo Egipto, vemos aparecer también, ora al lado del rey, ora lejos de él, á todos aquellos que, cada uno según su rango, concurren á la obra no interrumpida de la prosperidad común, desde el buey del labrador atado á su arado y el campesino que lo guía, hasta el escriba sentado á la oriental sobre una estera: desde el pastor que guarda sus rebaños en el prado, y el cazador que dirige su barca á través de malezas de papiros, hasta á los intendentes que dirigen los grandes trabajos públicos, hasta á los principes de la sangre que gobiernan los territorios conquistados y que cubren, al frente del fiel ejército, las fronteras del reino.

»Como el arte griego, aun cuando por otros medios y con otro estilo, tiene el arte egipcio, pues, ese raro mérito de ser un arte completo, que todo lo ve y todo le interesa. Es sensible á la gloria militar, y no se complace menos en retratar los pacíficos trabajos de la vida rústica. Traduce con toda sinceridad el sentimiento monárquico en lo que tiene de más exaltado y entusiasta; pero al mismo tiempo que pone á los principes por encima y casi fuera de la humanidad, no olvida ni desdeña á los humildes ni á los pequeños; los pinta con toda la ingenuidad de sus actitudes perfeccionales, cada uno con su aire propio, con las posturas inmutables y distintas que la práctica de tal ó cual oficio acaba por imprimir al cuerpo y á toda la fisonomía. Así es que, gracias á este aspecto, tiene algo de popular y de verdaderamente humano, y casi podríamos decir de democrático, si no pareciera extraño á propósito de la monarquía más absoluta que jamás haya existido el uso de tal palabra.

»Y esto es así, porque, por sí mismo y por sus agentes, el poder real, aunque ilimitado, no parece haber sido, por lo general, ni opresivo ni duro» (1).—Y no lo fué porque las clases libres estaban contentas con su suerte, y lo estaban porque la extremada facilidad de la vida material embrutecía su espíritu; y no ponía en su ideal más que el inmoderado afán de poseer en la otra vida, en la vida de ultratumba, precisamente, el máximo de las delicias que á los habitantes del Nilo procuraba el abundante y rico río. Esto es, por último, lo que explica el carácter eminentemente sensual del arte y del lujo egipcio. Hasta dónde llegaron uno y otro lo veremos muy pronto.

---

(1) PERROT y CHAPIEZ.—*Historia del Arte*, etc., págs. 37 y 38.